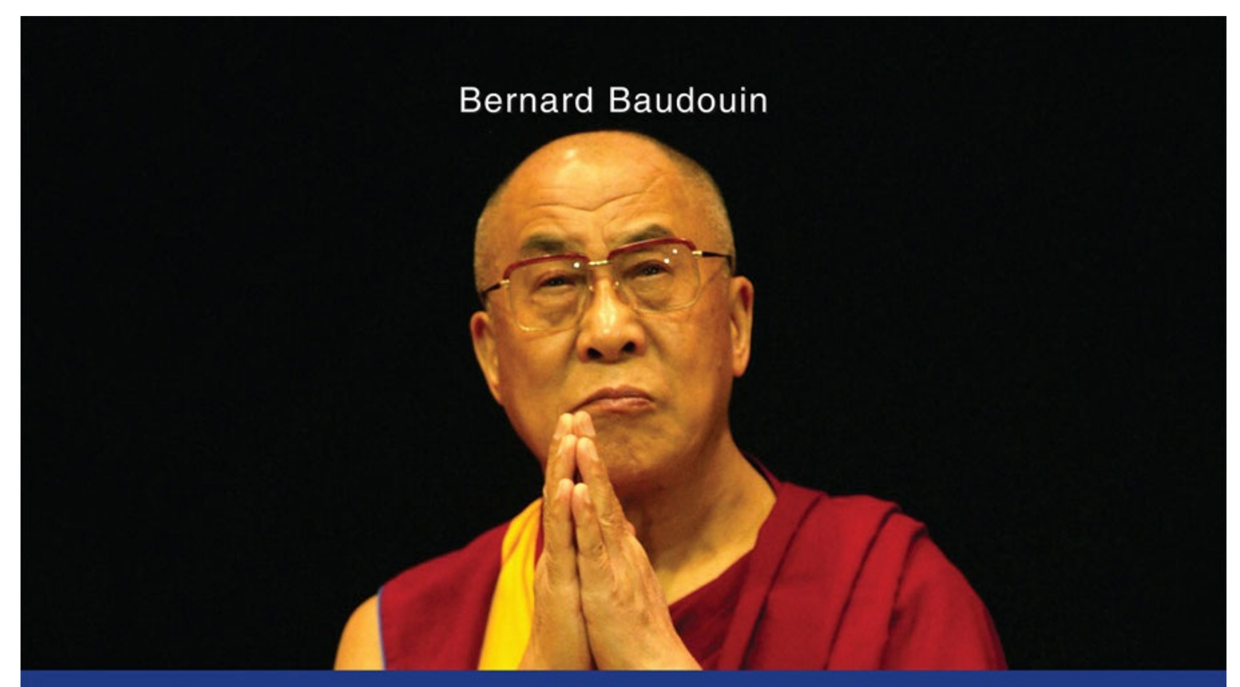
Bernard Baudouin



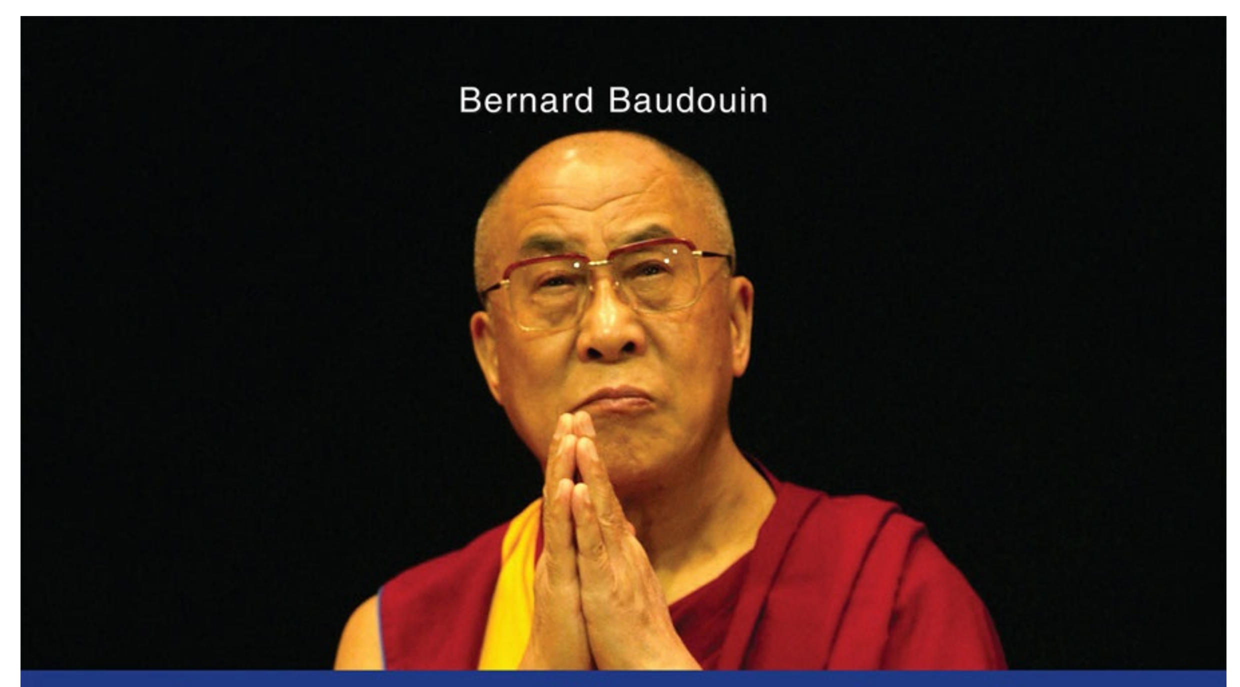
el gran libro de los Dalai Lamas

La transmisión del poder espiritual en el budismo tibetano - Las grandes figuras



De Vecchi
DVE Ediciones

Bernard Baudouin



el gran libro de los Dalai Lamas

La transmisión del poder espiritual en el budismo tibetano - Las grandes figuras



Bernard Baudouin

EL GRAN LIBRO DE LOS DALAI LAMAS

DE VECCHI EDICIONES

Traducción de Sonia Afuera Fernández.

Fotografías de la cubierta: arriba, su santidad el decimocuarto Dalai Lama de © Maxppp/Reuters/Jayanta Shaw; abajo, Palacio de Potala en Lhasa (Tíbet) de © R. Mattès/Diaporama.

ISBN: 978-1-63919-066-9

la referida autorización». (Artículo 270)

Índice

Introducción

Reseña histórica

El nacimiento de una civilización

Los fundamentos de una sociedad feudal

El Imperio tibetano

La evolución religiosa del Tíbet

Songtsen Gampo y la entrada en una nueva era

Trisong Detsen y la instauración del budismo como religión oficial

Del rechazo del budismo al fin del Imperio tibetano

El renacimiento del budismo y de la civilización tibetana

De la eclosión de los linajes espirituales a la invasión mongola

El budismo bajo la influencia mongola

El nacimiento de un linaje

Gendun Drub, el primer Dalai Lama

Gyalwa Gendun Gyatso, el segundo Dalai Lama

Gyalwa Sonam Gyatso, el tercer Dalai Lama

Yonten Gyatso, el cuarto Dalai Lama

Ngawang Lobsang Gyatso, el quinto Dalai Lama

Rigdzin Tsangyang Gyatso, el sexto Dalai Lama

Una nueva era

Padkar Dzinpa Ngawang, el usurpador

El sobresalto tibetano

Lobsang Kelsang Gyatso, el séptimo Dalai Lama

Jampel Gyatso, el octavo Dalai Lama

Destinos trágicos

Lungtok Gyatso, el noveno Dalai Lama

Lobsang Tsultrim Gyatso, el décimo Dalai Lama

Lobsang Khedrup Gyatso, el undécimo Dalai Lama

Lobsang Trinley Gyatso, el duodécimo Dalai Lama

Los caminos hacia el exilio

Lobsang Thubten Gyatso, el decimotercer Dalai Lama

Jampel Ngawang Lobsang Yeshe Tenzin Gyatso, el decimocuarto Dalai Lama

Conclusión

Cronología de los Dalai Lamas

Bibliografía

Notas

Introducción

A principios del tercer milenio, la historia de la humanidad parece sometida de nuevo a los balbuceos de otro tiempo.

En todas partes, hombres, mujeres y niños viven y mueren en condiciones dignas de los primeros años de la humanidad. Se niegan los derechos más elementales, se somete y manipula a sociedades enteras, se extermina a etnias con el acuerdo de asambleas plenarias.

Los valores fluctúan en función de si se está o no en el poder. Los derechos humanos, que fueron una idea bella, son a menudo reducidos, bajo pretextos falaces, al derecho del más fuerte. Las economías se hacen y deshacen sin que el individuo no tenga ya nada que ver en ellas.

El aliento divino que en el pasado alentaba a los pueblos y los guiaba hacia un futuro sereno, en una multitud de corrientes espirituales con acentos de eternidad, de respeto mutuo y de loable abnegación, se convierte hoy en muchos sitios en el arma temible de fanáticos incultos sedientos de sangre.

El panorama podría ser terrible y oscuro hasta el máximo grado, aniquilando cualquier esperanza puesta en la persona en este siglo XX que ha visto cómo se desarrollaban tantos descubrimientos, si un pueblo no hubiera hallado un remanso de paz, revelando con frecuencia la existencia, más allá de toda incertidumbre y creencia, de una filosofía de vida capaz de llevar la armonía, la serenidad y la fuerza hasta lo más profundo de cualquier ser humano.

Es más cerca del cielo, entre 4.000 y 6.000 metros de altitud, donde hay que ir a buscar esta «fuente de plenitud», donde reina un clima a menudo hostil y donde nacen —como por azar— algunos de los principales ríos dispensadores de vida del planeta: el Indo, el Ganges, el Sutlej, el Brahmaputra, el Irrawaddy, el Salween, el Mekong, el Yang Tse-Kiang (río Azul) y el Huang He (río Amarillo).

Es allí, en la alta meseta del Tíbet, dominada por el mineral, bañada por el monzón, donde el viento sopla durante todo el año, donde se encuentra la fuente

espiritual de una filosofía de vida cuya única ambición es ayudar a cada persona a revelarse a sí misma y a encontrar la paz interior.

Esta fuente es el budismo tibetano, cuyo líder, a la vez espiritual y temporal, lleva desde el siglo XVI el título de Dalai Lama, denominación que significa «Océano Maestro» u «Océano de Sabiduría».

En este sentido, podemos lanzarnos al descubrimiento del Tíbet de mil maneras, por ejemplo leyendo libros especializados o haciendo trekking por las llanuras desérticas y los valles encajados entre las más altas cumbres del mundo. Siempre encontraremos allí el alma ruda y noble de un pueblo tibetano animado por una fe indefectible, que no ha podido ser aniquilada por ninguna de las invasiones que han tenido lugar a lo largo de los siglos.

Sin embargo, en última instancia, sin duda es yendo al encuentro de la casta de los Dalai Lamas como se abordará y percibirá de la mejor manera posible el sentido profundo de la fe tibetana. Es a este viaje a través del tiempo y la espiritualidad de una filosofía de vida única a lo que le invita este libro.

Reseña histórica

No se puede comprender el alcance verdadero de los acontecimientos ocurridos en la alta meseta tibetana si no se toma conciencia, de entrada, del carácter «extraordinario» de este acontecimiento.

En realidad se trata de una fortaleza natural que, desde sus nevadas cumbres, las más altas del planeta —a más de 8.000 metros de altitud—, domina Asia. La mayoría de tierras habitables, escondidas entre fronteras naturales a menudo infranqueables, están a más de 4.000 metros.

Con un clima a menudo riguroso —continental en el norte, abundantemente bañado por el monzón indio en el sur y el centro, en el este por el de China, que ofrecen tormentas de nieve y de granizo frecuentes en muchos de los valles— y aunque la capital, Lhassa, se encuentre a la latitud de Argel, las diferencias de temperaturas son a veces considerables.

Los inmensos desiertos conviven con innumerables lagos de montañas; las zonas pantanosas, con amplias extensiones de pastos de altura. En una amplia franja de la meseta, la estepa se extiende hasta perderse de vista, alternando hierbas rasas, líquenes y musgos con sorprendentes valles fértiles de benefactora pluviosidad y riego natural.

Es aquí, en este decorado excepcional por diversos motivos, donde nació el pueblo tibetano.

El nacimiento de una civilización

Algunas de las leyendas tibetanas más antiguas hacen referencia a un mundo creado por «dioses-montañas» que decidieron descender a la tierra, llevando con ellos las razas vegetal, animal y humana.

Por ello, durante muchas generaciones, los reyes eran considerados descendientes de lo más alto.

Otros relatos muy antiguos hablan de un mono que alcanzó la santidad en contacto con el Bodhisattva de la Compasión, y luego fue enviado a los montes tibetanos para crear allí una ermita.

En cuanto a algunos cuentos de otra era, desvelan la misteriosa historia de un Tíbet surgiendo de las aguas, cuyos lejanos vestigios serían los numerosos lagos que existen todavía hoy.

Actualmente, etnólogos y lingüistas consideran, de manera más prosaica, que el pueblo tibetano, al igual que muchas otras comunidades humanas, nació de una sucesión de migraciones de poblaciones nómadas —principalmente de tipo mongoloide, aunque con las sorprendentes excepciones, en el oeste, de individuos más altos, rubios y de ojos azules— compuestas por ganaderos y agricultores.

A medida que se forjaba la historia del Tíbet, otras tribus y grupos extranjeros no cesaban de ir a enriquecer ese crisol de poblaciones con sus singularidades y particularidades. Con el paso del tiempo, todos se fundieron en una identidad común que los choques políticos, frecuentes en esta parte del mundo, influenciarían en bastantes ocasiones.

Es necesario constatar que la civilización tibetana desarrolló así una lengua y unas costumbres que le son propias, suficientemente diferenciadas como para no tener más que una mínima relación con las de los pueblos vecinos.

Y así fue, en el entorno a menudo rudo y austero de la meseta tibetana, como

nació una cultura original, cuyo ritmo depende tanto de los elementos naturales, como de la ganadería y los trabajos agrícolas.

Los fundamentos de una sociedad feudal

Al ser propicio el contexto para el desarrollo de relaciones entre señores e individuos sujetos a estos, finalmente toma impulso una sociedad de tipo feudal. Se considera que las personas que acceden a las más altas funciones son los herederos de una filiación divina que les confiere por derecho un ascendiente sobre sus semejantes. La sociedad está compuesta por clanes, a los que se vinculan un determinado número de familias, y esto ocurre en todos los niveles de la escala social.

Cada clan afirma descender de un antepasado divino, cuyos elevados valores morales, éticos y espirituales recaen en el conjunto de la comunidad vinculada a él. La perpetuación de los valores comunes a todas las familias relacionadas con un mismo clan se efectúa mediante la transmisión de los bienes y las uniones matrimoniales. Esto se hace de forma muy cómoda, dado que las altas esferas de la sociedad tibetana original se reconocen el derecho a la poligamia, privilegiando una esposa «principal» y un determinado número de esposas «secundarias», y estas prácticas permiten tejer los vínculos comerciales o políticos a largo plazo.

La poliandria también es una práctica común, que une de hecho a una esposa con los hermanos de su marido y perpetúa los vínculos entre las familias más allá de la posible desaparición del esposo.

En cuanto al proceso de transmisión de bienes, se efectúa por el derecho de primogenitura, que confiere al hijo mayor la propiedad de todo lo que poseía anteriormente el difunto padre.

Hasta finales del siglo V, la sociedad tibetana estaba estructurada en señorías, que encajaban como las piezas de un gran puzle. Los jefes de las tribus, los señores y los primeros reyes procedían supuestamente del cielo, como narra una tradición oral que durante mucho tiempo se mantendría muy viva.

En efecto, no fue hasta principios del siglo siguiente cuando emergió realmente una nobleza,[1] que poco a poco ganaría por la mano a las otras «castas» de la

sociedad tibetana.

El siglo VI se impondría, por tanto, como un siglo que haría de eje en la historia del Tíbet, asentando las primeras bases de lo que pronto sería un verdadero Estado.

Una dinastía real toma forma poco a poco; un reino se organiza. El rey Tagba Ntazig encabeza lo que parece ya una confederación; su hijo Namri se convierte enseguida en el soberano de nueve señores locales. Todo indica que se avanza hacia una unificación de los principados tibetanos: la sociedad tibetana está convirtiéndose en una entidad política de pleno derecho, mostrando ya cierto poder.

Sin embargo, habrá que esperar al siglo VII para que el Tíbet acceda realmente al estatus de Estado, y se impulse incluso al rango de imperio constituido. El artesano de esta eclosión es el trigésimo tercer rey del país, nacido el año 617, Tri Songtsen, que reinará con el nombre de Songtsen Gampo. Cuando sube al trono, en el año 629 —con apenas trece años—, nada hace presagiar que su nombre quedaría asociado para siempre a uno de los periodos más espléndidos de la historia de la alta meseta tibetana. Y sin embargo sería él, con sus conquistas, quien haría del Tíbet uno de los mayores imperios asiáticos, proclamándose desde entonces rival de China.

El Imperio tibetano

Uno de los primeros y más prestigiosos logros de Songtsen Gampo fue, sin duda, la creación de una capital para su reino. Recibió el nombre de Lhassa y pronto se convertiría en el corazón simbólico del mundo tibetano.

A pesar de su corta edad, el monarca se afirmó rápidamente como un visionario y un conquistador. Albergaba claramente grandes ambiciones para el Tíbet y mostraba una evidente aptitud para el arte de la guerra que, en un primer momento, le sirvió para eliminar a algunos señores tibetanos sublevados. Luego, sus guerreros, considerados temibles, se lanzaron a la conquista de las regiones septentrionales.

Sin embargo, Songtsen Gampo también era un estratega. Muy pronto se dio cuenta de la importancia de las alianzas y de los intercambios, y resultó ser un hábil táctico. En este sentido, fue el iniciador de una nueva práctica, la de los «matrimonios de Estado». En el sur, obtuvo en matrimonio a la descendiente de la dinastía nepalesa de los Thakuri; en el norte, sus tropas acudieron en tropel al Shangshung, y luego a la región de Sumpa, rodeando el Kokonor abandonado por los chinos. Songtsen Gampo intentó obtener la mano de una princesa china, pero fue rechazado por el señor del Imperio Tang. Sin embargo, el asunto no terminó ahí, y el jefe de guerra tibetano invadió el norte del Yunnan y de Birmania. Luego, en el año 640, le tocó al Nepal pasar a estar bajo la autoridad tibetana. En una década, el Tíbet se convirtió en una potencia militar temida y respetada por todos.

Al año siguiente, Songtsen Gampo cedió el trono a su hijo Gungsong Gunstsen, de 13 años de edad. En el año 645, al término de una guerra devastadora, el Tíbet se hizo con Shangshung. Sin embargo, el reinado del joven rey fue efímero: murió en el año 646. Su padre, Songtsen Gampo, regresó al poder y reinó hasta el año 649.

El Imperio tibetano que contribuyó a desarrollar era entonces inmenso: se extendía desde las fuentes del Brahmaputra hasta las llanuras de Sichuan, desde Nepal hasta el Qaidam. Muy pronto fue heredado por el nieto de Songtsen

Gampo, Mangsong Mangtsen.

En los veinte años siguientes, el Imperio tibetano amplió sus fronteras, tanto en los territorios de los Tuyuhun, al nordeste de China, como gracias a la toma de los oasis chinos de Hotan, Kashi, Kuga y Yangi, o con la conquista de los valles del Pamir y del Karakorum; se impuso también al noroeste, en el oeste del Sichuan y en el Kokonor.

Tri Dusong sucedió a Mangsong Mangtsen en el año 676. Con sólo dos años de edad, fue colocado bajo la tutela bicéfala de Gar Ysenya y Gar Tridrin.

Sin embargo, una nueva potencia se erguía en la región: se trataba de los musulmanes, cuyas tropas árabes habían conquistado una parte de África y de Asia. Estos nuevos actores en la escena política, por un lado, contendrían los avances tibetanos y, por otro, devolverían fuerza al Imperio chino, que encontraría pronto suficiente vigor para contener los avances de unos y otros.

Cuando el último de los Gar falleció, en el año 699, los accesos de los tibetanos a la ruta de la seda se habían perdido. Tri Dusong, que hasta entonces había permanecido a la sombra de sus tutores, accedió al fin al poder. Tenía veinticinco años.

Gracias a las intrigas de su madre, la ambiciosa emperatriz Trimaleu, Dusong se casó con una princesa Tang que era la hija adoptiva del emperador chino Zhong Zong, considerado el restaurador de la grandeza y los faustos de la dinastía Tang.

En realidad, el emperador de China estaba muy contento de aliarse así con el representante de esos tibetanos de quienes se sabía, porque lo habían demostrado en numerosas ocasiones, que eran temibles y feroces guerreros, con ritos misteriosos y sanguinarios.

Sin embargo, no por ello cesaron las fricciones entre los dos imperios a lo largo de las siguientes décadas, que siguieron influyendo de manera más o menos duradera, aquí y allá, en el trazado de la frontera entre las dos naciones, a merced de las incursiones abiertas y de guerras a veces interminables.

El principio del siglo VIII vio a los chinos afirmar su poder con un ardor decuplicado, sacando el mejor partido del avance de los ejércitos musulmanes de los Omeyas en Asia central. Tras diversos avatares, los tibetanos por su parte intentaron obtener una alianza con los árabes, pero sin éxito. Incluso perdieron

Fergana, que entró a formar parte de las posesiones del emperador chino, quien ambicionaba rodear el Tíbet e impedirle cualquier acceso a las rutas comerciales. Finalmente, todo el norte del Tíbet cayó bajo el control chino.

Tras un arranque de orgullo de los tibetanos, que les valió la recuperación de varias provincias a los chinos entre los años 727 y 729, finalmente en el 730 los dos imperios llegaron a ponerse de acuerdo, reconociendo cada uno de ellos las posesiones territoriales del otro.

Nadie se atrevería entonces a negar que el Tíbet era un imperio guerrero poderoso, hasta el punto de que sus veleidades hegemónicas, que en el pasado habían conducido a extensiones progresivas, inquietaban a muchos de sus vecinos. De hecho, el Pamir, el Karakorum, el Nanzho y el Gilgit avivaron el «apetito» de los tibetanos, que multiplicaron las presiones y las alianzas. Es cierto que los chinos retomaron el control del Tarim en el año 750, pero una inversión de las alianzas de los turcos provocó muy pronto una aceleración del avance del islam en detrimento de los Tang del Imperio del Medio.

Cuando Trisong Detsen fue entronizado al frente de un Imperio tibetano floreciente en el año 755, China cedió, por una parte, a la presión de los árabes que recuperaban el control de las vías comerciales al oeste y, por otra, a los tibetanos al norte y al sur de la meseta.

Durante los años siguientes, y hasta la retirada del poder de Trisong Detsen en el 797, el Imperio tibetano no cesaría de extenderse y reforzar su potencia, gracias a las alianzas y a los tratados firmados con unos y otros —pero también a algunos subterfugios y afrentas memorables para sus aliados y para sus enemigos—. En su momento álgido, nada parecía poder hacerle sombra; se extendía hasta el oeste del Gansu (actual) y las estribaciones de los montes de Sichuan.

Sin embargo, desde hacía ya varias décadas, estaba creciendo en él un germen, que parecía esperar su hora: la emergencia de un poder religioso que, barriendo siglos de lenta edificación, llevaría a la fragmentación del Imperio tibetano.

La evolución religiosa del Tíbet

En las altas tierras del denominado «techo del mundo», se vive más cerca del cielo que en cualquier otro lugar del planeta. Los elementos naturales tienen aquí un lugar preponderante y, por consiguiente, una definición particular. Esto explica en parte por qué, desde los tiempos más antiguos, la fe y las creencias han arraigado profundamente en el alma tibetana.

Mitos y leyendas conviven en el origen para dar un significado a todo, a cada instante, a los hechos más importantes de la vida cotidiana. Las prácticas mágicas ancestrales pronto son reemplazadas por ritos que se asemejan a un sistema estructurado que establece el marco de una religión de pleno derecho denominada bon.

Los dioses son las figuras emblemáticas de esta religión, y cada uno de ellos se encarna en un señor. La sociedad, por tanto, está compuesta por dioses encarnados y hombres. Cuando estos últimos despiertan la furia de las deidades, el resultado es un castigo procedente de los dioses que se traduce generalmente en una enfermedad o un dolor en diferentes formas. Así pues, habrá que calmar a los dioses, que es lo que hacen los chamanes,[2] cuya función consiste en conducir a la «curación» mediante rituales, exorcismos y sacrificios; sus oráculos, sus cantos, sus ofrendas, su elevación mística y mágica con acentos de brujería pretenden identificar el mal, capturar a los demonios, para restablecer finalmente el equilibrio y la armonía entre el mundo real y el «otro mundo».

Son numerosos los cuentos y enigmas que, todavía hoy en algunos valles tibetanos, mezclados permanentemente, delimitan y mantienen una tradición espiritual, dejando entrever aquí y allá, además de los preceptos locales, antiguas fuentes místicas también indias e iraníes. Las montañas, residencias de los dioses, son supuestamente los pilares del universo. El bon, fuertemente impregnado de animismo, es considerado entonces uno de los fundamentos de la sociedad tibetana. Los individuos invocan y consultan a los dioses, se protegen con amuletos, cumplen ritos propiciatorios para alejar el mal de sus viviendas, etc.

Songtsen Gampo y la entrada en una nueva era

Habrá que esperar al reinado de Songtsen Gampo (618-649) para ver emerger, poco a poco, una nueva dimensión cultural y espiritual del Tíbet. Como monarca iluminado, será el primero en comprender la necesidad de abrir el Tíbet al mundo exterior, principalmente hacia la India y China, sus vecinos más cercanos, donde, apoyándose en la política de los «matrimonios de Estado», explotará una energía nueva para la alta meseta tibetana.

Así es como la ley civil, el arte de la adivinación o la medicina procedente de China conseguirán enriquecer la cultura tibetana. Después llegarán otros saberes, desde la cría del gusano de seda o la creación de molinos de piedra hasta el empleo del papel y la tinta, sin olvidar las notorias influencias en el ámbito religioso, en particular las del taoísmo y el confucianismo.[3]

Procedente de la India, Songtsen Gampo integró el sánscrito y un alfabeto que, bajo la dinastía de los Gupta, darán origen a la escritura tibetana. Así mismo, se impregnó de una profunda cultura religiosa, de los emisarios que aportaban del subcontinente indio una gran cantidad de textos sagrados transcritos muy pronto al tibetano.

De los matrimonios chinos y nepaleses, el rey tibetano obtuvo los primeros elementos de lo que llegaría a ser la religión de su pueblo: el budismo. Cuando se casó en el año 635 con la princesa nepalesa Tritsun Bhrikuvi Devi, esta llevaba entre su equipaje una estatuilla de Buda y no cejó en su intento de convertir a quienes la rodeaban, empezando por Songtsen Gampo. El mismo fenómeno se repitió el año 641 cuando tomó como segunda esposa a la princesa china Wen Cheng, hija adoptiva del emperador Tai Tsung, ya que esta también llegó junto a su marido con una estatua de Buda, esta vez de oro, a modo de obsequio ofrecido al soberano tibetano por parte de su padre.

Como soberano astuto y culto que era, Songtsen Gampo hizo entrar al Tíbet en una era de unificación y alfabetización, que asentó las bases de una sociedad tibetana futura enriquecida con múltiples aportaciones, introduciendo una nueva línea política, cultural y espiritual para las décadas siguientes. Sin embargo, no

sería realmente hasta un siglo más tarde cuando el Tíbet emprendería una vía religiosa sin duda original, con la llegada al trono del príncipe heredero Trisong Detsen.

Trisong Detsen y la instauración del budismo como religión oficial

Cuando sucedió al rey Tride Tsukren y ascendió al trono en el año 755, Trisong Detsen, sin todavía saberlo, iniciaba para el Tíbet una era de realización y logros nunca antes alcanzada.

Tanto en el terreno político y en el ámbito cultural como en todo lo referente a la religión, durante más de cuarenta años de poder (hasta el 797), contribuiría a forjar para su país una identidad política, una estabilidad económica y una auténtica dimensión religiosa para los siglos futuros.

Bajo su reinado, el Tíbet amplió todavía más sus fronteras, hasta extenderse desde Afganistán hasta China oriental, las estribaciones de los montes Altai en la India y Bengala.

Sin embargo, más allá de las conquistas materiales, probablemente fue en la esfera de lo espiritual donde la acción de Trisong Detsen resultó más notable, por el simple hecho de que ofició definitivamente la introducción y la práctica del budismo en la alta meseta tibetana.

Recordemos que el budismo había «entrado» en el Tíbet un siglo antes, mediante los matrimonios de Estado, aunque entonces no se había extendido más que por la corte y entre los militares de alto rango, situándose como una nueva religión que rivalizaba sin éxito real con las prácticas ancestrales del bon.

Luego, los monjes budistas chinos, perseguidos en su país por los taoístas, se refugiaron en el Tíbet, aportando nuevos textos y contribuyendo a un mejor conocimiento de la filosofía de Buda, cuyas ideas empezaron entonces a abrirse camino por los valles del «techo del mundo».

La llegada de Trisong Detsen aceleró considerablemente este proceso de difusión. Consciente del hecho de que toda nueva práctica debe apoyarse en un conocimiento del saber de los antiguos, empezó por mandar traducir numerosos textos fundamentales del chino y del pali.

A continuación, envió emisarios para invitar a los grandes maestros del budismo a que acudieran a dispensar sus enseñanzas a los tibetanos. Varias eminencias indias abandonaron así la famosa Universidad de Nalanda para dirigirse al Tíbet, con resultados variados, ya que la dureza y tosquedad legendarias del pueblo tibetano no fueron fáciles de atravesar. Hasta que un maestro indiscutible se impuso finalmente en toda su grandeza; se llamaba Padmasambhava y fue considerado entonces el padre espiritual del budismo tibetano.

Como buen diplomático, Trisong Detsen aprovechó la llegada del gran maestro para dar al budismo sus cartas de nobleza, reduciendo al mismo tiempo la oposición de una parte de la clase noble, aliada a los chamanes de la religión bon.

De hecho, más allá de las disputas domésticas, en realidad el monarca tibetano percibía en los fundamentos del budismo una dimensión realmente universal, susceptible de unir a todos los hombres y todas las corrientes en una misma dinámica de realización y armonización. Como consecuencia de ello, Trisong Detsen proclamó el budismo como «religión de Estado» en el año 779, invitando a los monjes a dirigirse a su país para divulgar el pensamiento budista. La acogida del pueblo fue más abierta que en el pasado, ya que los principios morales y la noción del karma —relación causa-efecto para una vida futura— se avenían a los arcanos de la tradición popular tibetana.

La introducción del budismo en el Tíbet progresaba rápidamente, hasta el punto de que muy pronto aparecieron divergencias doctrinales entre los que conservaban el budismo originario de China (la versión tchan, adepta a la «vía súbita» o acceso rápido a la santidad) y quienes defendían el budismo originario de la India (la «vía gradual», que aboga por la meditación a partir de los textos sagrados del tantrismo y concede mayor importancia a las buenas acciones).

Los duelos simbólicos se sucedieron, llevando muy pronto a Trisong Detsen a innovar otra vez: convocó un concilio interreligioso, celebrado entre los años 792 y 794 en Lhassa y Samyé, durante el cual las dos corrientes espirituales se enfrentaron en torneos oratorios en sánscrito y chino que se hicieron famosos. Finalmente, se produjo la victoria del budismo procedente de la India, lo que aceleró el retorno de los budistas chinos a su país.

Otra importante fase fue superada cuando, para acabar con lo que consideraba los vestigios de la religión bon, Trisong Detsen convocó un nuevo concilio,

oponiendo esta vez a los defensores de la religión bon y los del budismo. Al término de esta nueva competición espiritual, la religión bon fue declarada herética, sus libros fueron arrojados a las aguas o enterrados y sus sacerdotes y magos fueron exiliados.

Aunque el bon siguió siendo practicado en muchos lugares, con una tolerancia tácita que permitía una transición religiosa «suave» combinando las dos corrientes espirituales, el budismo era ya considerado la fe dominante en la alta meseta tibetana y continuaría implantándose de forma duradera en todos los valles.

Del rechazo del budismo al fin del Imperio tibetano

Paradójicamente, cuando los soberanos herederos de Trisong Detsen se sucedieron al frente del Tíbet, el impacto creciente del budismo tibetano engendró una multitud de reacciones que, con el paso del tiempo, romperían el equilibrio y la armonía potenciados por los maestros budistas.

Si bien en el ámbito político se había instaurado cierta estabilidad en las relaciones con China, principalmente con la firma, por parte de Tritsug Detsen Ralpachen, de un tratado de paz con el Imperio del Medio (821) —cada una de las partes se comprometía a respetar los límites territoriales adquiridos entonces —, el establecimiento de la nueva religión no se llevó a cabo sin choques ni resistencias.

Mientras que sus representantes se dedicaban poco a poco a la administración del reino, la nobleza y la aristocracia tibetanas permanecían muy vinculadas a la religión bon. Lo mismo ocurría en el seno del pueblo, donde nadie podía eliminar de golpe las creencias indígenas arraigadas en la memoria colectiva desde hacía siglos, y que, además, debían ser suplantadas por una religión procedente del otro lado de las fronteras del Tíbet.

Así pues, surgió una oposición tenaz en distintos niveles de la sociedad tibetana, primero de forma larvada y luego cada vez más virulenta, sobre todo ante las donaciones y los privilegios concedidos a los budistas. Nació un paroxismo cuando el rey, convertido en monje budista, fue asesinado; posteriormente su hijo mayor, Tsangma, también ferviente budista, fue expulsado del país.

Fue entonces cuando el segundo hijo de Tritsug Detsen Ralpachen, Langdarma, entró en escena y accedió al trono en el año 838. Sin que se sepa realmente si era sincero o si estaba manipulado por los chamanes de la antigua religión, el nuevo maestro del Tíbet decidió volver a las prácticas ancestrales y se lanzó en una represión despiadada de los budistas de todo tipo. Los consejeros del emperador fueron asesinados; los monjes, expulsados u obligados a renunciar a su fe; los templos, destruidos, y los textos sagrados, quemados. Al finalizar esta represión sólo sobrevivirían algunos monasterios de difícil acceso, transformados en

fortalezas inexpugnables.

En un universo en que el sentimiento religioso era omnipresente, oposiciones religiosas y políticas estaban inextricablemente relacionadas. Cuando Langdarma pagó su decisión con su vida —fue asesinado por un monje el año 842—, la historia del Tíbet se sumió en un periodo oscuro, con el Imperio tibetano fracturándose y perdiendo muchas de las bazas que constituían entonces su grandeza.

Las revueltas internas tenían lugar por todas partes y debilitaban cada día un poco más el imperio; así mismo, aceleraron la desaparición de la mayoría de los principados que habían constituido originariamente la identidad geográfica del Tíbet.

No se necesitaba más para avivar las veleidades belicosas de los vecinos de la alta meseta tibetana, que no habían olvidado los feroces ataques de los guerreros tibetanos que habían sembrado el terror durante varios siglos. Así pues, se dispusieron a asestar golpes temibles al imperio: chinos, turcos y uigures se dedicaron a arrancar parcelas de territorio del imperio difunto, reduciendo notablemente su extensión.

Durante casi un siglo y medio, la evolución del Tíbet se puede resumir en el regreso a un oscurantismo medieval, alimentado de creencias primitivas, influencias tribales y fuerzas guerreras cuyo único objetivo era la satisfacción de las necesidades más inmediatas.

El renacimiento del budismo y de la civilización tibetana

Habrá que esperar al siglo XI para ver al Tíbet empezar a «levantar la cabeza» y apreciar los primeros signos de una auténtica renovación.

Desde mediados del siglo X, las primicias de un retorno a una espiritualidad más profunda empezaron a aparecer con fuerza. Mientras todos los valores búdicos parecían perdidos, devastados, algunos grandes colegios monásticos empezaron a cumplir la función de hogares de conservación de la cultura búdica. Si bien muchos monjes y sacerdotes habían sido asesinados o habían colgado los hábitos, algunos de ellos convirtiéndose, incluso, en bandidos y salteadores o mercenarios, otros, jugando la carta de esta detención del tiempo y de la espiritualidad oficial, se replegaron en una ferviente fe detrás de los altos muros de los pocos monasterios que aún existían.

Así fue como, durante la segunda mitad del siglo X, cuando el maestro budista Rinchen Sangpo se dirigió a la India para llevar nuevamente textos sagrados, la actividad intelectual de los tibetanos impregnados con las enseñanzas de Buda halló un «segundo aliento».

Sin embargo, no fue hasta el siglo XI cuando la renovación tomó realmente impulso, exactamente en el año 1042, cuando el maestro bengalí Atisha llegó a la alta meseta tibetana, en respuesta a la invitación de Yeshe O, monarca de la zona.

Lo que parecía no ser todavía más que un encuentro y un intercambio ceremonioso entre un líder temporal y un maestro espiritual, en realidad cambiaría para siempre la orientación del Tíbet, introduciendo de hecho el resurgimiento del budismo tibetano.

Atisha, cuyo nombre original era Dipamkara Shrijnana, era un maestro indio originario del Cachemir, que hasta entonces dispensaba sus enseñanzas en la universidad monástica de Vikramashila, en la provincia de Bihar. Estudió ampliamente el budismo según distintos enfoques, incluyendo, por supuesto, el Hinayana y el Mahayana, pero también las prácticas tántricas de los siddhas y de

los yoguis de diferentes regiones de la India, así como numerosas formas de meditación.

Atisha llegó al Tíbet acompañado de una veintena de discípulos (de veinte a veinticuatro, según los testigos), todos ellos ejemplos vivos de los beneficios de una práctica sencilla y rigurosa. A modo de ejemplo, «para conservar en el espíritu la inestabilidad del mundo fenomenal, algunos de ellos tenían la costumbre de dejar cada noche que el fuego se extinguiera y de doblar sus ropas como si fueran a morir».[4]

Desde su llegada, el maestro indio dispensó enseñanzas en varios valles occidentales del Tíbet. No se instalaría finalmente en el centro del país hasta cuatro años más tarde. Mientras tanto, Atisha insufló una nueva dinámica al budismo, que ya no tenía aliento. Recuperó tratados originales que habían escapado a las represiones chinas, e incluso el manuscrito de lo que sería el testamento de Songtsen Gampo.

En definitiva, se trató de una auténtica eclosión del budismo en la alta meseta tibetana. Un budismo que accedió a una madurez específica adoptando un rito propiamente tibetano, mezclando los preceptos del budismo esotérico (tantrismo) con los adquiridos del animismo tibetano ancestral.

En el año 1056, es decir, dos años después de la muerte de Atisha, el lama Domton, que, por otra parte, fue el fundador del prestigioso monasterio de Reting, instituyó la orden de los kadampa —a la que se asociaría tres siglos más tarde la orden de los gelugpa, que reúne a los que se denominarán los «gorros amarillos», de cuyo rango saldrán los Dalai Lamas y los panchen lamas.

La entrada en el segundo milenio fue testigo de la conquista del norte de la India por parte de los musulmanes, con el soberano afgano Mahmad Ghazni al frente, inaugurando así un periodo de islamización salvaje que, paradójicamente, enriquecería al Tíbet.

Y es que, viendo sus universidades y monasterios destruidos, los maestros budistas no tendrán más solución que huir, y naturalmente serán acogidos por el Tíbet. De este modo, al cabo de unos años, una nueva oleada de emigración de algunos dignatarios budistas procedentes de la India sellará definitivamente el destino espiritual de la alta meseta tibetana, que, de hecho, se convertirá en pocas décadas en el centro exiliado del budismo.

De la eclosión de los linajes espirituales a la invasión mongola

La aportación de los maestros budistas a las alturas del Tíbet fue, a la vez, la marca de una aventura humana y el reflejo de una efervescencia religiosa sin precedentes.

Con estos hombres portadores de conocimientos, prácticas y rituales diferentes, una multitud de matices del budismo indio penetró en el suelo tibetano.

Muy pronto, en sólo unos años, todo esto tuvo como resultado la constitución de auténticas «familias espirituales» que darían origen, a su vez, a grandes linajes religiosos.

La llegada de los altos personajes expulsados de la vecina India, a menudo acompañados por algunos discípulos, conllevó la edificación de nuevos monasterios, que, a su vez, no tardaron en tejer lazos con los lugares de plegaria y de culto, hasta crear pronto verdaderas «redes» de influencia espiritual.

La consecuencia de ello fue una multiplicación de los centros, a partir de los cuales se irradiaría con fuerza y dinamismo el budismo tibetano, lo cual acabaría generando algunos problemas. En realidad, todo monasterio que ofrecía una enseñanza espiritual asumía de facto una forma de poder..., que, en consecuencia, contribuyó, en cierto modo, a «diluir» la influencia del poder político central del Tíbet, que mostró signos de debilitamiento.

Mientras los grandes maestros se encontraban y se sucedían en suelo tibetano —como Dogmi (992-1074), Marpa (1012-1096), Milarepa (1040-1123), Phagmodu (1118-1170), Buton (1290-1364) y Gampopa (1079-1153)—, los reyes y los principales líderes políticos del país perdían poco a poco su carisma y su influencia. De religiosa y cultural, la renovación del Tíbet pasó a las esferas políticas, económicas y militares, diseñando los contornos de una sociedad en plena mutación, intensamente impregnada de espiritualidad. Emergió una nueva generación de líderes, surgidos en su mayoría de grandes familias en cuyo seno se desarrollaron los poderes eclesiásticos de primera fila.

La casta de los sakyapa, la de los phagmodu o los tsal, los talung o los drigung, y muchas otras, se dedicaron desde ese momento a imponerse mediante un dinamismo y un fervor religioso constantemente reafirmados, atrayendo a maestros originarios de la India y formando a numerosos discípulos; construyendo monasterios y fundando comunidades; relacionándose con diferentes órdenes eclesiásticas, como las de los kadampa o los kagyupa, ellos mismos subdivididos en escuelas específicas, a imagen de la de los Karma, formada por maestros nyingmapa y karmapa.

Fue así, principalmente, como en el año 1147 un discípulo de Milarepa creó la orden de los karmapa, que está en el origen de la elección de su líder espiritual mediante un sistema que, basado en la reencarnación —el principio considerado posteriormente para la designación de un nuevo Dalai Lama—, marcaría de manera singular y durante los siglos siguientes la religión tibetana.

De este florecimiento de monasterios y centros espirituales, en una efervescencia increíble de rituales y prácticas, nació una nueva organización de la vida tibetana, que vio cómo el poder a la vez económico y político pasaba de los principados a los centros monásticos, que, organizados en redes en función de la filiación en que se reconocían, fueron entonces mucho más que simples lugares de plegaria.

En otras palabras, los poseedores del poder espiritual extendieron su influencia al poder temporal. Esto se convirtió en algo mucho más sencillo cuando el modo sucesorio tendió a una transmisión de tío a sobrino, lo cual aseguraba la total perennidad del linaje espiritual y de los asuntos corrientes.

La instauración de los tulku[5] como modo de designación de sucesores —basado en la reencarnación— garantizaba, en principio, la perpetuación espiritual evitando que un clan conservase eternamente el poder; sin embargo, como contrapartida, daba lugar a luchas de influencia y de reparto de autoridad.

Un problema mayor se planteó pronto, esto es, el de quién poseía el poder entre la muerte de un tulku y la designación de su sucesor. La escuela de los karmapa resolvió este difícil obstáculo instituyendo el principio de una regencia; el alto dignatario la asumía, además de la misión de encontrar al nuevo tulku. Finalmente, la sucesión del líder de los linajes espirituales por designación de un tulku se generalizaría en la casi totalidad de centros monásticos.

En el umbral del siglo XIII, a medida que el budismo se implantaba en el suelo tibetano, hasta el punto de definir las bases de una sociedad nueva, los tibetanos, al mismo tiempo que concedían a los religiosos un poder temporal, pasaban a otorgar al recuerdo de sus antiguos monarcas una esencia espiritual, y estos últimos fueron considerados desde entonces —a posteriori— las emanaciones y múltiples representaciones de una única presencia espiritual: la del bodhisattva Avalokiteshvara, que a partir de ese momento todos considerarían el santo patrón del Tíbet.

El budismo bajo la influencia mongola

Mientras el Tíbet encontraba una forma de equilibrio que tendía a armonizar sus múltiples componentes a medida que el budismo alcanzaba todas las esferas de la sociedad, más allá de las fronteras de la alta meseta tibetana el mundo estaba cambiando.

A finales del siglo XII, el islam invadía el norte de la India. Un Estado musulmán había puesto fin a las prerrogativas de los budistas indios; Nalanda, la famosa universidad, fue destruida en el año 1199, lo que obligó a los grandes maestros a refugiarse en Nepal y el Tíbet.

Dominadores y temibles, los ejércitos turcos del sultán Ikhtyar Uddin prosiguieron su avance. En el año 1205 se lanzaron a la conquista del Tíbet, pero los rigores del clima y las altas cumbres del Himalaya pudieron más que su ardor. Como un refugiado en el corazón de las montañas, el Tíbet escapó al furor de los invasores procedentes del sur.

En cambio, ninguna barrera natural protegía al país por el norte. Y, finalmente, fue de allí de donde llegó el peligro, bajo la forma de las hordas de los caballeros mongoles, que en el año 1206 habían adoptado a Gengis Khan como soberano.

Los principales dirigentes tibetanos fueron claramente conscientes de que la amenaza era tan real y la relación de fuerzas tan desigual, que cualquier resistencia a las veleidades expansionistas de los mongoles hubiera sido puramente ilusoria. Por tanto, se enviaron delegaciones con el propósito de granjearse los favores —hubo quien hablaría de negociar un juramento de fidelidad o, incluso, de sumisión— de aquel que la historia recuerda como uno de los mayores y más temibles conquistadores de todos los tiempos.

Finalmente, fue un lama de la orden de los karmapa, Tsangpa Dungkhurba, quien consiguió en 1227, año de la muerte de Gengis Khan, «arrancar» por parte de los mongoles un edicto de tolerancia para el budismo en el Tíbet. Fortalecidos con esta ventaja inesperada, los tibetanos se dedicaron a partir de ese momento a mantener buenas relaciones con el Imperio mongol, dando muestras de un

pacifismo y una neutralidad que en ningún momento pudieran desagradar a su imponente vecino.

A partir de esta época, los maestros del budismo tibetano reafirmaron su subordinación a los sucesores de Gengis Khan, primero con su hijo mayor Mongke y, más tarde, con el temible Kublai Khan.

Con el paso de las décadas, en función de las relaciones personales, de las actitudes más o menos sumisas de los lamas hacia ellos, los reyes mongoles concederían su preferencia a diferentes linajes espirituales, designando así alternadamente sus interlocutores privilegiados entre los karmapa, los sakyapa y, posteriormente, los phagmodu.

Así, el gran maestro Sakya Pandita Kunga Gyaltsen (1182-1251) fue al encuentro de los nietos de Gengis Khan, Guyuk y Godan, en el año 1247, para renovar los acuerdos del pasado.

Ghogyal Phagda (1235-1280), de la casta de los sakyapa, fue convocado en varias ocasiones por Kublai Khan, antes y después de que este último fuera nombrado emperador de China en el año 1260. Recibió un soberbio título honorífico —Noble Preceptor imperial, doctor en los Cinco Dominios del Conocimiento—, pero, además, y sobre todo, el derecho a reinar en las provincias tibetanas, que entonces eran trece. A partir de ese momento, Ghogyal Phagda y la casta de los sakyapa conducirían al Tíbet por una vía de unidad y prosperidad, bajo la batuta de un poder a la vez religioso y político —el rey estaba oficialmente bajo la autoridad de los sakyapa— que se extendería durante casi un siglo.

Luego le tocaría a la casta de los karmapa recibir en prioridad los favores del Imperio mongol durante varias décadas, exactamente de 1349 a 1435.

Sin embargo, mientras tanto, en el año 1357, en la alta meseta tibetana, nacía un hombre que iba a dar al Tíbet una dimensión distinta y lo propulsaría hacia las más elevadas esferas de la espiritualidad. Su nombre era Tsongkhapa, e inició la casta de los Dalai Lamas.

El nacimiento de un linaje

Quien iba a reformar el budismo tibetano y llevarlo con resolución por una vía de modernidad nació en el norte del Tíbet, no lejos del lago Kokonor, en al año 1357.

Muy pronto, Tsongkhapa (1357-1419) demostró tener claras aptitudes para el estudio y la espiritualidad. Su sed de conocimientos lo llevó rápidamente a convertirse en monje y posteriormente a viajar de monasterio en monasterio, impregnándose de todos los saberes de los diferentes linajes religiosos de la alta meseta tibetana. Y fue finalmente en la orden de los kadampa donde encontró el eco que mejor se correspondía a su búsqueda mística.

Sus predisposiciones lo llevarían a ser reconocido como un erudito y un hombre de gran saber. Aprovechó un retiro en un monasterio de Radeng, de 1402 a 1405, para elaborar una síntesis de la doctrina budista tibetana, que recomendaba, principalmente, una reforma de la vida monástica, que deseaba que fuera más rigurosa.

Al final, Tsongkhapa postuló la creación de un nuevo orden espiritual, que adoptó inicialmente la denominación de «kadampa nuevo», dentro del cual decretó ciertas nuevas reglas de vida; incluyó en los monasterios la soltería, el régimen vegetariano, la abstinencia del alcohol y el voto de pobreza.

La orden adoptó pronto otra denominación, pasando a ser la orden de los gelugpa («modelos de virtud»); fue con este nombre con el que su fama empezó a extenderse, y Tsongkhapa pronto fue invitado por el emperador de China, en el año 1408.

El color de sus gorros les valió a los gelugpa la denominación de «gorros amarillos», en oposición a los colores de las órdenes más antiguas. Sin embargo, lo que les distinguiría sobre todo de las otras familias espirituales tibetanas era que de sus filas saldría la casta de los Dalai Lamas.

En los años siguientes, los gelugpa se pusieron por delante de las demás familias espirituales del Tíbet, tanto en el ámbito religioso como en el político. Sería esta

orden la que fundaría varios de los principales monasterios tibetanos, entre los que pronto estarían Ganden, Drepung y Sera.

En este contexto se sucederían a partir de entonces algunos de los más eminentes maestros espirituales del Tíbet, si bien la apelación de Dalai Lama no les sería concedida por el khan mongol Altan Chagan hasta 1578. En efecto, fue tras el encuentro entre Altan Chagan y Sonam Gyatso, por invitación del príncipe mongol, cuando este dio a su venerado visitante el título de Talai, que significa «océano» en lengua mongola, el equivalente a la palabra Gyatso en tibetano. A partir de esta época, el uso haría que el más alto dignatario espiritual tibetano fuera denominado Dalai Lama.

Honrado con esta distinción, Sonam Gyatso vinculó este honor a los dos predecesores de los que él se consideraba reencarnación, es decir, Gendun Drub y Gyalwa Gendun Gyatso, instaurando así oficialmente el inicio de la casta de los Dalai Lamas.

Gendun Drub, el primer Dalai Lama

El que sería considerado posteriormente como el primer Dalai Lama nació en 1391 en una familia modesta de la provincia de Tsang, con el nombre de Padma Dorjé.

La práctica según la cual más tarde el Dalai Lama sería designado en virtud del principio de la reencarnación de su predecesor espiritual —como había iniciado la instauración de los tulku a partir del siglo XII— no le fue aplicada.

Sin embargo, más allá de la leyenda que envolvería su nacimiento de señales divinas, muy pronto el joven tibetano mostró evidentes disposiciones. Tras la muerte de su padre, cuando él contaba con sólo siete años, entró en el monasterio de Nathang, dirigido entonces por un conocido de su familia, donde fue rápidamente considerado como un ser dotado de capacidades intelectuales y espirituales totalmente fuera de lo común.

En los años siguientes, fue ascendiendo uno a uno los escalones propios de la formación espiritual dentro del monasterio. Se inició en las prácticas y rituales del budismo tibetano, estudió ampliamente los textos sagrados, así como las disciplinas artísticas que tenían mucha o poca relación con ellos, como la caligrafía, la pintura o la estampación.

Finalmente, fue ordenado monje a la edad de quince años y recibió entonces un nuevo nombre, tal como era costumbre. A partir de ese momento se llamó Gendun Drub.

De 1406 a 1411, durante cinco años suplementarios enriqueció todavía más su saber: aprendió a conocer mejor al Buda y sus preceptos de sabiduría, se impregnó de una gran cantidad de prácticas y rituales, y pronto empezó a formar a discípulos principiantes. Apenas tenía veinte años cuando fue integrado definitivamente en la orden monástica.

Gendun Drub dedicó desde entonces su existencia a emprender un camino de sabiduría y budeidad, estudiando todavía y siempre los fundamentos del

budismo Mahayana, afanándose en desarrollar cada día más el ideal de amor y compasión. En cualquier circunstancia, el maestro profundizaba en la naturaleza espiritual de los seres y de los acontecimientos, despegándose proporcionalmente de los asuntos materiales y del poder temporal.

Su proceso espiritual lo llevó principalmente a privilegiar el estudio de los sutras y las técnicas de meditación. También se dedicó a largas sesiones de debate entre monjes, de las que emanaban profundas reflexiones; con ellas desarrolló un sentido agudizado de la escucha y del respeto de opiniones diferentes, trabajando sin tregua por alejar toda autosatisfacción o resto de egoísmo en sus actos y en sus palabras. Los testimonios de quienes lo trataron lo describen como un modelo de humildad, de benevolencia con respecto a su prójimo.

Dejando a un lado todo poder temporal, Gendun Drub dedicó su existencia a la espiritualidad, al anclaje y a la perpetuación de la budeidad en el alma de todos los seres vivos. Se mantuvo así alejado de las luchas de influencia y de las rivalidades de poder en las esferas dirigentes laicas del Tíbet, optando por velar de lejos por la preservación de los monasterios y de la vida espiritual que en ellos se desarrollaba, que, en definitiva, repercutía en el conjunto de la sociedad tibetana.

Así mismo, fue el fundador de uno de los lugares de plegaria más prestigiosos del Tíbet: el monasterio de Tashilhunpo. Iniciadas en 1447, las obras se acabaron quince años más tarde, ofreciendo al pueblo tibetano una joya de arquitectura dedicada a la espiritualidad más depurada. El monasterio se convirtió también en un lugar destacado de transmisión del ideal búdico, ya que Gendun Drub consideraba fundamental la necesidad de transmitir los preceptos dictados por Buda, bajo formas accesibles para el saber de las personas.

Así, además de la enseñanza oral que llevaría a los discípulos por la vía del Despertar, creó en Tashilhunpo un taller de imprenta, que pronto se dedicó a reproducir y divulgar los textos sagrados, principalmente el Kangyur y el Tengyur —según traducción del texto original en sánscrito—, considerados como las dos fuentes fundamentales de las sagradas escrituras tibetanas.

Según toda lógica, y en la justa prolongación de sus enseñanzas orales, Gendun Drub resultó ser también autor: comentaba abundantemente los textos sagrados y escribía ensayos, oraciones y poemas. En este sentido fue un innovador, cuyo modelo siguieron todos los Dalai Lamas, que por sus numerosos escritos serán a

la vez altos iniciados y predicadores iluminados.

Fortalecido por su gran saber y sus múltiples experiencias, pero guiado también por numerosas «visiones» y abundantes signos del camino a seguir, Gendun Drub no dejó nunca, a lo largo de su existencia, de formar a una gran cantidad de discípulos, desarrollando centros de enseñanza, recorriendo los lugares espirituales más destacados del Tíbet, con el propósito de insuflar con fervor su fe en los preceptos de Buda.

De regreso a Tashilhunpo, después de haber entregado las llaves del monasterio a los grandes maestros que lo rodeaban, el que está considerado el primer Dalai Lama se apagó en enero de 1475,[6] tras una última sesión de meditación.

Después de ser venerado durante más de un año por los monjes y los peregrinos procedentes de todo el Tíbet, fue inhumado finalmente en Tashilhunpo, en una stupa de plata.

Gyalwa Gendun Gyatso, el segundo Dalai Lama

Mientras que el primer Dalai Lama, en cierto modo, se impuso por sus propias predisposiciones, visiones y naturaleza profundamente espiritual, las cosas fueron muy diferentes para su sucesor. Desde el final de las ceremonias que rodearon la muerte de Gendun Drub, los monjes de Tashilhunpo, haciendo suya la tradición iniciada por los karmapa hacía ya varios siglos, se dedicaron a una búsqueda metódica de la reencarnación del dirigente espiritual del Tíbet.

Una delegación compuesta por grandes maestros emprendió una búsqueda para intentar localizar al futuro Dalai Lama. Para ello, los religiosos dedicados a esta ardua tarea estudiaron todos los signos que anunciaban la llegada de este jefe espiritual, en las escrituras sagradas, en las profecías o en algunas visiones aparecidas durante meditaciones profundas; así mismo, y con mayor minuciosidad, se interesaron por los relatos y los rumores portados por los viajeros y los peregrinos que recorrían el Tíbet, esperando obtener así la mínima información acerca de un niño «que no fuese como los demás».

Las búsquedas de los monjes de Tashilhunpo se intensificaron durante semanas, meses, pero no cedieron a la impaciencia, ni al mínimo desaliento. Sabían de antemano que su búsqueda tendría sus frutos; sólo había que esperar, estar alerta al momento de la revelación. Esta, finalmente, tuvo lugar al cabo de diez meses de investigaciones tras la «partida» del primer Dalai Lama, cuando se obtuvo información sobre un pueblo llamado Tanak Dorjé Den. Varias fuentes de la región hablaban de fenómenos extraños y nada habituales que habían rodeado el nacimiento de un niño hacía poco tiempo; algunos veían en ello signos anunciadores; otros, prodigios; pero, más allá de las diferentes interpretaciones, todos coincidían en reconocer el carácter «fuera de lo común» del ser con el que estaban relacionados.

La delegación de Tashilhunpo, desplazada hasta el lugar, constató que, efectivamente, desde el principio, la llegada al mundo del niño en cuestión parecía haber ido acompañada de hechos insólitos.

Sus padres, nobles, instruidos en las escrituras sagradas y fervientes practicantes,

habían tenido visiones tras la concepción del niño, ya fuera del anterior Dalai Lama, ya fuera de escrituras doradas que rodeaban al feto. Unos meses más tarde, el parto había tenido lugar aparentemente sin ningún tipo de dolor, y los relatos de los testigos hablaban del «cuerpo del recién nacido claro como el cristal y rodeado de un halo de luz».

En los días y semanas que siguieron, los investigadores multiplicaron sus estudios y comprobaciones de todo tipo. Así se enteraron de que el niño, desde que había empezado a hablar, se había referido al monasterio de Tashilhunpo, evocando con frecuencia una existencia pasada: «Tras mi muerte, al término de mi vida anterior, mi cuerpo fue embalsamado. El bodhisattva de la Sabiduría, Mahakala, vino a abrir el sudario y me llevó con él. Me llevó al encuentro del Buda Maitreya, de Atisha y sus discípulos y de Tsongkhapa. Este me dijo: “Todas tus actividades estarán dedicadas al Dharma para beneficio del mundo entero”».[7]

La suma de todos los datos recogidos hizo que, finalmente, los monjes de Tashilhunpo llegaran a la conclusión de que su búsqueda había finalizado: el niño que tenían delante, al que habían concedido la máxima atención, era, efectivamente, la reencarnación de Gendun Drub.

Con esta certeza, los miembros de la delegación consiguieron que el niño fuera conducido al monasterio, donde, sin el menor error, el pequeño reconoció el sillón del anterior Dalai Lama, en el que afirmaba haberse sentado a menudo; además, sin dudar, llamó por su nombre a algunos de los monjes presentes en ese momento. Si quedaba todavía la menor duda, esta se desvaneció definitivamente.

A partir de ese día, el nuevo Dalai Lama llevaría una existencia común en el seno de su familia, aunque rodeado de atenciones particulares debidas a su rango espiritual. A la edad de once años, entró en el monasterio de Tashilhunpo y se convirtió en novicio, adoptando desde entonces el nombre de Gendun Gyatso.

Después, según pasaban los años, el joven Dalai Lama fue iniciado en los principios de la más alta espiritualidad tibetana, estudiando los textos sagrados y recibiendo numerosas enseñanzas, tanto en materia de budismo tibetano, como en ámbitos anexos, como la filosofía o las ciencias más modernas emergentes en la época. Al mismo tiempo, integró uno a uno los preceptos de Buda en materia de compasión y de abnegación con los demás, afirmando claramente su objetivo de servir a su prójimo. Sus preceptores le reconocieron facultades y capacidades

de aprendizaje completamente excepcionales. Se le creía capaz de memorizar textos en un tiempo muy breve, tarea para la que otros tardaban días enteros. Así mismo, se reveló muy dotado para la escritura, limitándose de momento a las grandes líneas de la composición poética.

Prosiguió sus estudios en el monasterio de Drepung, superó varias etapas y se inició en los misterios del budismo tántrico del Vajrayana, el «Vehículo de Diamante». Entonces se enriqueció con nuevos rituales y prácticas que perfilaron todavía más su búsqueda de sabiduría y serenidad.

Cuando, al fin, fue ordenado monje, Gendun Gyatso accedió a otros niveles de conciencia en varios retiros sucesivos. Hasta su regreso a la comunidad no asumió plenamente el papel que le pertenecía: aunque sin dejar de estudiar y avanzando por la vía del Despertar, empezó a enseñar, a transmitir su inmenso saber, y para ello viajó como un peregrino de monasterio en monasterio.

A lo largo de su periplo, se cruzó de nuevo en el camino de su padre, en un encuentro agradable, y luego alcanzó las orillas del Lhamoi-Larso —el famoso lago sagrado llamado también «lago de las Visiones»—, al que desde entonces los monjes irían para observar los signos premonitorios del futuro, principalmente con relación a la reencarnación de los nuevos Dalai Lamas. Allí fue donde Gendun Gyatso mandó erigir uno de los lugares de culto más prestigiosos del Tíbet: el monasterio de Chokhorgyal.

Mientras el nuevo Dalai Lama se dedicaba a difundir y extender el conocimiento y la práctica del budismo tibetano, aumentando notablemente el número de monasterios, el Tíbet como nación tuvo que sufrir los avatares de un poder temporal lleno de sobresaltos. Las luchas de influencia, las rivalidades entre los clanes y las familias dirigentes desembocaban en conflictos incesantes entre facciones que no llegaban nunca a entenderse para dirigir el país, y con el poder real pasando de mano en mano sin gran coherencia ni muestras de estabilidad ni seguridad.

Mientras el poder espiritual evolucionaba en perfecta armonía con reglas serenas, el poder temporal de la época estaba en continuo desorden, incluso en una cierta anarquía. Por su parte, el Dalai Lama no se impuso en ningún campo político, quedando fuera de cualquier implicación y limitándose a fortalecer la posición espiritual preponderante de la casta de los gelugpa frente a otras órdenes monásticas, aun cuando tenía que arbitrar en algunos casos: «Las cosas

llegaron muy lejos, porque la orden de los karmapa, la rama fundada en el año 1147 por Dosum Khyenpa y derivada de la escuela más antigua de los kagyupa, pretendía recuperar el Monlam Chenmo, el gran festival de plegarias del primer mes lunar [...] que, sin embargo, había sido instituido por Tsongkhapa; los "gorros amarillos" fueron desterrados por ello bajo pena de prisión y de muerte. Esta situación duró casi veinte años. Bajo el impulso de Gendun Gyatso, los monasterios de Sera y de Drepung constituyeron un comité de monjes, y la participación de todos en el gran festival fue restablecida con la contribución de quien debía ser reconocido como el segundo Dalai Lama, quien aseguraría las sagradas escrituras».[8]

Otras oposiciones religiosas alteraron esos tiempos difíciles, como la lucha entre los poseedores de los sutras —entre los que estaban los gelugpa— y quienes preconizaban hacer referencia a la tradición de los tantras (surgida de los sakyapa); estos últimos, además de imponer los valores del tantrismo, intentaban hacer valer una influencia sobre el poder político y temporal.

De nuevo, el Dalai Lama, como verdadero visionario sobre el futuro del Tíbet, demostró poseer una gran clarividencia y consiguió fusionar las dos corrientes e imponer la idea según la cual procedían, en realidad, de una evidente complementariedad: la escuela de los sutras, que se basaba en un gran conocimiento de los libros y de los ritos esotéricos que llevan a la superación de uno mismo y que servía de base para el edificio religioso tibetano, y la de los tantras, que evocaba la continuidad, el estudio, la exégesis de los escritos y estaba dedicada a los niveles superiores del conocimiento.

El Dalai Lama adquirió así una creciente fama a lo largo de los años, que contribuiría a asentar en el espíritu de los pueblos —más allá incluso de las fronteras del Tíbet— el reconocimiento de su título, de su función eminentemente espiritual y portadora de paz.

También mandó construir el prestigioso templo de Ganden Podrang, en el mismo recinto del monasterio de Drepung; luego predijo el momento de su muerte y se preparó para ella. Algunos testimonios relatarían que un día se dirigió a los suyos, que estaban a su alrededor, y les anunció que había soñado que estaba rodeado por las «cinco banderas de la victoria». Todos supieron que había llegado el momento de su partida.

Todavía durante unos días, el segundo Dalai Lama se dedicó a la meditación y a

la plegaria. Y finalmente, en posición sedente, Gendun Gyatso se apagó, a finales del año 1542.

Gyalwa Sonam Gyatso, el tercer Dalai Lama

En un ritual ya consagrado, los monjes del monasterio de Drepung, tras haberse reunido durante un tiempo alrededor de los restos del difunto maestro espiritual del Tíbet y haber cumplido con sus obligaciones con relación a este, pronto pensaron en su sucesor. Igual que sus predecesores de Tashilhunpo en el pasado, tendrían que ocuparse de encontrar a quien debía ser el tercer Dalai Lama.

Para hacerlo, constituyeron a su vez una delegación de grandes maestros, que pronto se puso en camino. Entonces iniciaron una deambulación de monasterio en monasterio, escuchando los relatos de unos y otros, recogiendo en todas partes fragmentos de testimonios, hablando con tibetanos de todos los orígenes y comprobando lo que estos decían.

De este modo llegó a los oídos de los investigadores una extraña historia que narraba el nacimiento, en un pueblo del valle de ToBlung, de un niño «diferente» a los demás. Sus padres procedían de la pequeña nobleza y respetaban fielmente los ritos religiosos. No habría habido nada más que decir si la llegada al mundo de su hijo no se hubiera visto envuelta en relatos impregnados de mística y simbolismo. Los conocidos de la pareja contaban, en efecto, que al nacer, al igual que había ocurrido con el pequeño Gendun Gyatso, el bebé «parecía como de cristal», mientras que al mismo tiempo se producían fenómenos climáticos poco habituales, como una sucesión de varios arco iris combinados con una lluvia de flores.

No fue necesario nada más para que los miembros de la delegación de Drepung solicitaran conocer al niño, que se llamaba Ranu Shih Palzango.

Desde el primer encuentro, los maestros de Drepung supieron que habían llegado al final de su viaje. El niño que tenían ante ellos había empezado a hablar precozmente y era muy despierto; citaba frecuentemente a Gendun Gyatso y acontecimientos de su vida, y se extendía, así mismo, en citaciones relativas a los arcanos del budismo tibetano; llegó, incluso, a reconocer y designar por su nombre determinados objetos rituales que le colocaron delante. Además, mostraba de la manera más natural una postura de meditación poco habitual a su

edad y realizaba con destreza gestos propios de algunos rituales.

Así pues, sin la menor duda, quienes habían partido en busca de la reencarnación de Gendun Gyatso lo designaron como el nuevo Dalai Lama. En las semanas siguientes, el joven fue llevado al monasterio de Drepung, donde fue confiado a un preceptor. Y así se iniciaron las etapas que lo llevarían por el camino de su realización como maestro espiritual del Tíbet. Un tiempo más tarde, recibió su primera ordenación y su nuevo nombre: desde ese momento se llamaría Gyalwa Sonam Gyatso.

Poco a poco, el nuevo Dalai Lama adquirió, como sus predecesores, una suma considerable de conocimientos que lo condujeron a asumir plenamente su papel de dirigente espiritual del pueblo tibetano. Siguiendo una tras otra las diferentes fases de su iniciación, fue de monasterio en monasterio —el número de los cuales iba en constante aumento—, donde desde muy pronto dispensó abundantes enseñanzas y predicaciones, insuflando, además, una dinámica nueva en su gestión material en términos de bienes religiosos. Sonam Gyatso se ganó una fama sin igual, no sólo entre la comunidad religiosa, sino también en el conjunto del pueblo tibetano.

Su evolución espiritual personal pronto se vio enriquecida con intensos estudios de los textos fundamentales del Sutrayana y del Vajrayana, que le abrieron las puertas a experiencias místicas accesibles a los iniciados de más alto nivel, que sólo permite la práctica intensiva de diferentes formas de meditación y yoga.

Fortalecido con esta resplandeciente espiritualidad inherente a las almas superiores, Sonam Gyatso dedicó a partir de entonces toda su energía a transmitir y divulgar el mensaje de Buda en todas sus formas, promoviendo la pacificación de las agitadas relaciones entre comunidades, volviendo a centrar en ocasiones la fe y los ritos de un monasterio mediante algunos sermones, conociendo a lo largo de sus incesantes viajes las distintas órdenes presentes en la alta meseta tibetana... Y lo hizo tan bien que, finalmente, muchas comunidades optaron por unirse a los gelugpa.

La fama del tercer Dalai Lama no hacía más que crecer, hasta tal punto de que cruzó las fronteras y el príncipe mongol Altan Chagan invitó a Sonam Gyatso a su corte, establecida cerca del lago Kokonor. En realidad, el monarca ya había sido conquistado por los preceptos del budismo tibetano, que había tenido la ocasión de descubrir gracias a los relatos y los consejos de dos monjes gelugpa

que estaban entre sus prisioneros durante los enfrentamientos con una tribu nómada.

A pesar de las reticencias de quienes le rodeaban, que veían los peligros potenciales de la insistencia apremiante de los emisarios mongoles, Sonam Gyatso aceptó la invitación, afirmando, por su parte, descubrir en ella el signo de una misión que cumplir.

Desde el momento de su llegada a la corte de Altan Chagan, a principios de 1578, el Dalai Lama empezó a narrar incansablemente, una y otra vez —durante semanas y meses—, lo esenciales que son para cualquier existencia humana los preceptos de Buda, la sabiduría y la compasión, el respeto por el prójimo y la naturaleza, el compromiso por una vía de sabiduría y de serenidad. Sonam Gyatso puso tanto ardor en la tarea que rehusó amablemente una invitación de Shen Tsung, el emperador Ming que dirigía entonces China.

Sus esfuerzos fueron ampliamente recompensados cuando finalmente el príncipe mongol, en parte convertido, mandó redactar un código de conducta que decretó aplicable a todas las etnias que estuviesen bajo su autoridad dentro de su imperio, uniendo así a mongoles, chinos y tibetanos en un idéntico respecto por las grandes reglas propias del budismo tibetano.

Para sellar esta nueva orientación espiritual conferida al Imperio mongol, Altan Chagan otorgó a Sonam Gyatso el título honorífico de Talai, evocando a un «Océano de sabiduría», que desde entonces sería conservado en el Tíbet —y retrospectivamente para los dos antecesores de Sonam Gyatso— bajo la denominación de Dalai Lama.

Finalmente, en el año 1583, al término de una larga actividad misionera, durante la cual fundó varios monasterios prestigiosos, como el de Lithang y Kumbum, Sonam Gyatso, presionado por las comunidades monásticas tibetanas, volvió al Tíbet central.

Una nueva invitación de los mongoles, algo desorientados por la muerte de Altan Chagan, y una segunda del emperador chino Shen Tsung fueron enviadas a Sonam Gyatso, que parecía estar dispuesto a tomar de nuevo su bastón de peregrino. Sin embargo, el destino decidió por él, ya que una enfermedad le obligó a renunciar a sus proyectos. Finalmente, el mes de abril de 1588 falleció; fue inhumado en Drepung.

Su obra estuvo marcada por su capacidad para transmitir los fundamentos del pensamiento de Buda y para divulgar las enseñanzas —sobre todo a través de un tratado compuesto por él mismo, titulado Esencia del oro fino, que rinde homenaje a las etapas espirituales que llevan al Despertar—, pero también para encontrar fuera del Tíbet ancestral, en la protección exterior de un vecino poderoso, los medios necesarios para consolidar unas relaciones en ocasiones difíciles entre las familias espirituales tibetanas.

Yonten Gyatso, el cuarto Dalai Lama

Tras la muerte de Sonam Gyatso, los grandes maestros espirituales tibetanos se hallaban de nuevo sumidos en el desconcierto posterior a la partida de cada Dalai Lama. Los interrogantes relativos a la transmisión de la función extrema surgían de nuevo y alimentaban todas las ceremonias y reuniones, hasta que el mecanismo de designación de un nuevo elegido se ponía en marcha casi de forma automática.

Esta vez, sin embargo, existía un dato nuevo y esencial que iba a conferir a los acontecimientos futuros un giro particular. En efecto, la existencia de Sonam Gyatso había consistido, sin duda, en tomar el relevo de Gendun Gyatso, participando en la perennidad de la institución budista tibetana y en la transmisión efectiva de los valores dictados por Buda, pero, además, el Dalai Lama había realizado durante años una obra misionera considerable, llevando a la conversión a una gran cantidad de etnias reunidas bajo la hegemonía del Imperio mongol. Había llegado a elevar al budismo tibetano al rango de referencia espiritual principal para los descendientes de Gengis Khan y de Kublai Khan.

Así pues, cuando la delegación de maestros tibetanos del monasterio de Ganden[9] designados para encontrar a la reencarnación de Sonam Gyatso oyó muy pronto, entre otras pistas de búsqueda, un rumor que informaba de un niño mongol nacido en febrero de 1589, que respondía a los signos y los presagios que generalmente designaban al nuevo Dalai Lama, en lugar de quedar asombrados por el hecho de que no fuera de origen tibetano sus miembros salieron inmediatamente a su encuentro.

De nuevo parecía que las evidencias hablaban por sí solas. Como había ocurrido anteriormente, unos testigos mencionaban una «corona de rosas de cristal» que rodeaba al recién nacido en el momento del parto, así como su capacidad, desde muy joven, de tener visiones sobre varios temas.

Algunas pruebas y tests mostraron claramente que no podía haber la menor duda en cuanto a la verdadera identidad del niño, quien, desde que empezó a hablar,

no contento con afirmar que estaba en contacto con algunas deidades, proclamó abiertamente ser el nuevo Dalai Lama. En los días que siguieron, el eco de la designación oficial del nuevo líder espiritual del Tíbet se extendió por los valles de la alta meseta tibetana. Empezaba una nueva era.

Además del hecho de responder a las expectativas de los tibetanos en cuanto a la sucesión de Sonam Gyatso y la continuación del linaje de los gelugpa, la designación de quien iba a ser entronizado en Drepung aseguraba el apoyo y la protección que los mongoles aportaban al pueblo tibetano.

Criado en un primer momento en su pueblo de origen, el joven Dalai Lama entró en 1602 en el monasterio de Drepung, a la edad de trece años, para emprender los estudios espirituales correspondientes a su cargo. A fin de que los mongoles no se sintieran «desposeídos» por este exilio forzado del joven maestro espiritual —y pudieran seguir divulgando activamente los pensamientos budistas en las regiones que controlaban—, a título simbólico, se designó a un niño que encarnara la imagen de Yonten Gyatso y permanecería en su pueblo de origen para representarlo.

Con el paso de los años, protegido por su entorno de los sobresaltos inherentes a los conflictos entre castas espirituales que trastornaban a veces la alta meseta tibetana, el joven maestro del Tíbet pasó una a una por las etapas que le llevarían a las más altas esferas de la espiritualidad, siguiendo en esto la huella de los Dalai Lamas que lo habían precedido.

Aunque no había nacido en suelo tibetano —de hecho, ha sido el único Dalai Lama «extranjero»—, Yonten Gyatso marcó indudablemente su época. En efecto, por su origen mongol, fue uno de los grandes artesanos de la difusión del budismo por Asia central, donde las caravanas de nómadas se convirtieron en propagadoras de las enseñanzas del budismo tibetano: «El budismo se extendió desde el Karakorum, en el norte, hasta el Huang-Ho chino en el este; desde el curso superior del Yang Tsé-Kiang hasta los límites del mundo islamizado al oeste, es decir, los confines del Pamir, Khotan y Kashgar, hallando por el alto valle del Indo el budismo del Ladakh procedente de la India en la multitud de Padmasambhava».[10]

Por desgracia, Yonten Gyatso no pudo cumplir en su totalidad la tarea para la que había sido designado: murió prematuramente en enero de 1617 a la edad de veintiocho años; fue inhumado en Drepung.

Ngawang Lobsang Gyatso, el quinto Dalai Lama

El periodo que siguió inmediatamente a la muerte del cuarto Dalai Lama estuvo marcado por una recrudescencia de las rivalidades entre las diferentes castas espirituales del Tíbet, algunas con miras esencialmente dinásticas, otras con preocupaciones más nacionalistas. La consecuencia de ello fueron conflictos y luchas internas sin fin, que tradujeron, sin duda, la convicción de unos y otros, así como un gran fervor espiritual, pero también una inestabilidad general que podía llegar a poner en peligro el futuro del Tíbet.

Desde la muerte de Yonten Gyatso, surgió la cuestión de su sucesión, y poco a poco se puso en marcha el proceso de búsqueda de su reencarnación, iniciado por el superior del monasterio de Drepung, encargado de la designación del nuevo «elegido». Sin embargo, en el agitado contexto de la época, no fue hasta cinco años más tarde, en 1622, cuando la búsqueda por parte de los maestros tibetanos alcanzó su objetivo.

Después de mucho buscar y de identificar y conocer a varios candidatos, fue, finalmente, en un niño nacido en el año 1617 en el pueblo de Chongyé, en el seno de una familia de aristócratas, en el que se centraron las investigaciones del superior de Drepung.

Los testigos contaban que, nada más ver al recién llegado, el niño se abalanzó sobre él, se sentó sobre sus rodillas y le preguntó por qué había tardado tanto en ir a buscarlo. Durante los días siguientes, fueron surgiendo distintos presagios e indicios y los maestros acabaron por convencerse: estaban en presencia del quinto Dalai Lama.

Después de la despedida de rigor de su familia y de su pueblo, el joven crío fue conducido al monasterio de Ganden, donde comenzó su iniciación espiritual.

Durante los años siguientes, mientras el nuevo líder espiritual franqueaba una a una las etapas que lo llevarían a un gran control espiritual, la situación política del Tíbet se agravó. La provincia de Lhassa fue invadida por la familia reinante de los Tsang; los monasterios gelugpa fueron atacados y muchos monjes

murieron asesinados; fue necesaria la intervención armada de los mongoles para calmar los ánimos, a costa de miles de muertos tibetanos.

En 1625, el joven Dalai Lama fue ordenado monje y recibió su nombre definitivo. A partir de ese momento, se llamaría Ngawang Lobsang Gyatso. Entonces empezaría a perfeccionar su educación, recibiendo, así mismo, numerosas enseñanzas no budistas, principalmente de filosofía y sánscrito, así como de diversas ciencias, como la astrología y la medicina.

Muy pronto, demostró una sabiduría y un discernimiento que sorprendieron a su entorno, con el pundonor de rodearse de maestros procedentes de otras castas espirituales, no sólo de los gelugpa. Además, con frecuencia tuvo revelaciones divinas, que en bastantes circunstancias orientaron sus decisiones en los años siguientes.

Y es que, cada vez más, la función de los Dalai Lamas comportaba no sólo el papel de dirigente espiritual, sino también el de líder temporal del pueblo tibetano. En efecto, desde entonces le atañía organizar todo lo relativo al ámbito material, desde la edificación y el mantenimiento de los monasterios hasta el sabio equilibrio que había que encontrar entre las familias principescas y las escuelas búdicas, cuyas incesantes rivalidades provocaban sobresaltos en la vida del país. A todo esto se sumaba la imperiosa necesidad de mantener sutiles alianzas con sus vecinos —principalmente con los poderosos mongoles, entonces bajo la autoridad de Gushri Khan, a quien Lobsang Gyatso recibió en Lhassa en 1637, con atenciones jamás prodigadas a un visitante extranjero—,[11] a fin de no poner en peligro la independencia del Tíbet.

Fue finalmente en 1638 cuando Ngawang Lobsang Gyatso recibió su ordenación última, según la más pura tradición de los gelugpa. Sin embargo, en lugar de no tener que preocuparse más que de los asuntos espirituales, como sus predecesores, pronto tendría que hacer frente a complicaciones mucho más concretas.

En efecto, la situación interna del país era nuevamente preocupante. La monarquía Tsang y la orden de los karmapa, abiertamente aliadas para oponerse a los gelugpa, pusieron en duda la preeminencia del Dalai Lama en los asuntos tibetanos. Los karmapa afirmaban ser los únicos poseedores de la tradición doctrinal más auténtica y renunciaban a prestar juramento de fidelidad a los gelugpa, a quienes acusaban de asociarse con los extranjeros mongoles y chinos

para asentar su poder; en cuanto a la familia reinante de los Tsang, era también por principios nacionalistas por lo que había invadido la provincia de Lhassa unos años antes, bajo el reinado espiritual del cuarto Dalai Lama, y el orden no había sido restablecido más que gracias a la intervención de los mongoles, a costa de miles de muertes en las filas tibetanas.

Así, cuando nuevos problemas brotaron a finales de la década de 1630, Gushri Khan, como su predecesor mongol, tampoco estaba dispuesto a dejar que cualquier tipo de oposición pusiera en peligro el poder del Dalai Lama, con quien mantenía excelentes relaciones. Después de informar a este último, el líder mongol empezó a reprimir los ardores del príncipe tibetano del Kham, llamado Berio, aliado de los Tsang y ferviente partidario de un retorno a la religión bon, que pretendía restablecer como religión oficial del Tíbet. Sin esfuerzo alguno, los mongoles se enfrentaron a los «infieles», asesinaron a Berio y se hicieron con el Kham. Luego, el ejército mongol se anexionó el país de los Tsang, estableció una capital en Gyantsé, y Gushri Khan se declaró protector de la religión tibetana.

Esta situación, equivalente a un protectorado, no tranquilizaba en absoluto a Sonan Chopel, el eminente consejero del Dalai Lama, quien veía en ella un poder del Imperio mongol en todo el Tíbet, lo cual ponía gravemente en tela de juicio la independencia de este. Después de sumirse en una profunda meditación para obtener indicaciones sobre la conducta que debía mostrar, el Dalai Lama aceptó finalmente la invitación que se le hizo de dirigirse a las ciudades controladas por los mongoles, tomando, sin embargo, la precaución de ser acompañado en ese viaje por los principales artesanos del poder tibetano, a saber, representantes de las distintas castas espirituales, incluida la del rey caído; mostraba así que era todo el Tíbet el que iba a visitar a Gushri Khan.

Recibiendo con faustos a Ngawang Lobsang Gyatso en Tashilhunpo, acompañado, además de por los notables, por varios cientos de caballeros, al término de una ceremonia grandiosa, el príncipe mongol devolvió oficialmente el Tíbet al quinto Dalai Lama, que haría de soberano temporal de la alta meseta tibetana.

Corría el año 1642, y empezaba una nueva era. A partir de esa fecha, Gushri Khan, como líder guerrero de pleno derecho, además de perfecto diplomático, garantizaría la supremacía religiosa del Dalai Lama, conservando el título de rey del Tíbet sólo en la forma y confiando el de gobernador (desi) a Sonan Chopel.

De hecho, la consecuencia de esta organización fue que Lobsang Gyatso concentraba y poseía a partir de entonces todos los poderes, el espiritual y el temporal, que estaban, por primera vez, en una sola y única autoridad.

Al mismo tiempo que empezó a redactar una Historia del Tíbet, en 1645, el Dalai Lama instaló las instancias gubernamentales del Tíbet en Lhassa y emprendió la construcción de un palacio, el Potala, que sería la sede del gobierno y acogería, así mismo, los restos de Lobsang Gyatso y de los Dalai Lamas que le sucederían.[12]

Además del hecho de asumir su función de guía espiritual a imagen de sus predecesores, Lobsang Gyatso dio al Tíbet las estructuras que lo convertirían realmente en una nación de pleno derecho. Empezó por hacer el censo y organizar la vida de los monasterios, incluyéndolos en un sistema en que cada establecimiento debía rendir cuentas y pagar tributo al Estado. Reorganizó la jerarquía religiosa y edificó un hospital y una escuela de medicina.

Muy respetuoso hacia el superior de Tashilhunpo, que lo había formado y acompañado en su ascenso espiritual hasta las más altas esferas del conocimiento, Lobsang Gyatso decidió crear una dignidad específica propia de quienes habían sido, eran y serían los maestros y tutores de los Dalai Lamas. Así nació el título de panchen lama,[13] y el que lo lleva, generalmente mayor que el Dalai Lama, es considerado el tutor y maestro en la iniciación de este. Lobsang Chokyi Gyaltsen, que fue el maestro de pensamiento de Lobsang Gyatso, se convirtió así en el cuarto panchen lama, título que también era transmitido mediante la reencarnación del anterior poseedor. En el futuro, ambas funciones serían complementarias, tanto en el ámbito espiritual como material.

En perfecto acuerdo con el ideal del budismo tibetano, el Dalai Lama se mostraba muy respetuoso con la persona y la dignidad humana, fuera cual fuera la creencia de sus interlocutores; con ello demostraba una tolerancia hacia las corrientes de pensamiento que no eran la suya, más allá de lo que se practicaba ante él.

Así mismo, puso todo su ardor en desarrollar una diplomacia inteligente con sus vecinos más cercanos, ya fueran musulmanes, chinos o nepaleses. Además, debió hacer frente a un nuevo fenómeno: la llegada de misioneros procedentes de Occidente. En efecto, siguiendo los pasos de los mercaderes, los primeros occidentales atravesaron Asia central para dirigirse a China, y así penetraron en

el Tíbet. Eran padres jesuitas y franciscanos que a menudo no tenían contacto directo con los religiosos tibetanos y menos aún con el Dalai Lama, a quien consideraban «un ser que se cree Dios».

Lobsang Gyatso se reveló también como un hábil político, sobre todo cuando anticipó la evolución de las relaciones entre sus vecinos inmediatos. Así, el Dalai Lama ya había tomado contacto con el líder de la dinastía manchú de los Qing, antes incluso de que este llegara al poder en China. Esto le valdría al Tíbet recibir por parte de Pequín, durante más de una década, las mismas atenciones que en el pasado.

Habría que esperar a 1648 para que surgiera un contacto efectivo entre Lobsang Gyatso y el emperador chino, en forma de una invitación de Shun Chih, sucesor manchú de Tai Tsong, al Dalai Lama, que, evidentemente, este no pudo rechazar. Teniendo en cuenta los preparativos que había que hacer para ese largo y peligroso viaje, el maestro espiritual del Tíbet no dejó Lhassa hasta 1652, escoltado por casi tres mil religiosos y militares. La expedición tardó diez meses en llegar a la frontera china y Lobsang Gyatso llegó finalmente a Pequín en la Navidad de 1653, con una escolta voluntariamente reducida a trescientas personas.

El Dalai Lama y su séquito fueron recibidos con faustos y alojados en un palacio y un templo especialmente construidos para este fin. Los dos meses que duró la estancia en Pequín estuvieron marcados por una sucesión de recepciones oficiales, fiestas y ceremonias en honor a los visitantes.

Sin embargo, lo más importante era que este encuentro entre el líder espiritual del Tíbet y el emperador de China debía servir para precisar, una vez más, las prerrogativas de cada dirigente y nación respecto a su vecino. Lobsang Gyatso informó de su preocupación en cuanto al respeto de la línea espiritual defendida por los gelugpa en la dirección del Tíbet, señalando su deferencia al situarse bajo la protección de Shun Chih.

El emperador chino no ocultó su satisfacción por este reconocimiento evidente de la supremacía china sobre el Tíbet —lo que equivalía a que su interlocutor reconocía el poder supremo y universal de China—, pero también, y sobre todo, por el hecho de que el Dalai Lama en persona hubiera acudido hasta él. En efecto, Shun Chih era un budista practicante, cuyo fervor era muy conocido entre quienes le rodeaban.

Este encuentro, por tanto, era de vital importancia para ambos hombres; uno de ellos estaba considerado el poseedor de la supremacía espiritual, preocupado por un equilibrio en la región, y el otro, poseedor de la supremacía temporal, puesto que el principio de toda dinastía reinante era que sus poderes englobaban la totalidad de las tierras conocidas.

Al término de varias entrevistas, finalmente los chinos elaboraron un texto, en forma de «diploma», que establecía de la forma más concreta posible los términos del acuerdo que unía a los dos países. El líder tibetano aparecía reconocido como guía espiritual encargado de «la dirección de las almas», para conducir a los seres por el camino de la perfección espiritual; y el líder chino era investido, por su parte, con el título de guía temporal, asumiendo la «dirección de los pueblos», con el objetivo de procurar el bienestar de todos en la tierra.

A fin de cuentas, este texto era de una importancia capital porque, más allá de la clara especificación de la función de cada uno de ellos, definía sin ambages la posición de Pequín en lo referente a sus posteriores relaciones con el Tíbet. En efecto, como apunta precisamente Roland Barraux,[14] por primera vez, «la jerarquía tibetana es considerada una entidad independiente, perteneciente al ámbito de la ética, sin estar implicada en la esfera de la influencia imperial universal. El segundo párrafo añade como preámbulo teórico y general la definición de la situación original del Dalai Lama: sus cualidades interiores, su poder de concentración y su sabiduría [...] le permitieron superar tanto el mundo empírico como el mundo trascendental, y divulgar el budismo, llegando hasta los no enseñados de los países de Occidente» de acuerdo con los más altos designios celestiales.

Sin embargo, el famoso «diploma» plantea sin rodeos los fundamentos políticos —al parecer, ineludibles— sobre los que reposa el poder de China: «El emperador ha recibido mandato del Cielo para dirigir la Tierra; bajo su influencia, los pueblos del entorno se esfuerzan por reformarse en el sentido de ser mejor; la apoteosis de esta evolución es el contacto personal con su fuente, que, a cambio, confirma los resultados realizados y otorga un nuevo impulso a desarrollos posteriores. Por este motivo la llegada del dirigente tibetano reviste una gran importancia: concentra en un mismo instante la perfección del Dalai Lama y la perfección de la potencia imperial».[15]

Cuando, al fin, el Dalai Lama retomó el camino del Tíbet, la situación era clara y el futuro de la alta meseta estaba garantizado por cierto tiempo. Lobsang Gyatso,

acompañado siempre por su numeroso séquito, aprovechó para hacer un alto en varios monasterios y ofrecer enseñanzas consideradas de gran valor, teniendo en cuenta la elevación espiritual a la que había conseguido llegar.

De regreso a Lhassa, además de reiniciar una intensa actividad religiosa, el quinto Dalai Lama se dedicó a otra tarea por la que sentía un gran interés: la redacción de su autobiografía, en la que plasmó diferentes experiencias místicas (visiones, signos, presagios...) que durante su vida habrían orientado sus principales decisiones como guía espiritual de su pueblo. Paralelamente, favoreció la expresión literaria que, a través de diversos autores, permitió el desarrollo cultural y la conservación de la riqueza del folclore tibetano.

Sin embargo, no es cierto que Lobsang Gyatso debiera llevar una existencia exclusivamente enfocada hacia las preocupaciones de orden religioso. De hecho, muy pronto las angustias de la política requirieron de nuevo su arbitraje, esta vez con los mongoles. Tras la muerte de Gushri Khan,[16] mientras los dos hijos de este se repartían la sucesión del líder de los mongoles qoshots,[17] el Dalai Lama aprovechó para distanciarse de aquellos a quienes sus predecesores habían prestado juramento de fidelidad en el pasado, hasta el punto de asumir, con una independencia reafirmada en bastantes ocasiones, la dirección efectiva de los asuntos del Tíbet.

Los mongoles pronto delegaron el control de los asuntos tibetanos en un «regente», título asumido sucesivamente por Sonam Chopel, Trinley Gyatso y, por último, Chopon Depa, un general mongol poco inclinado a entenderse con Lobsang Gyatso, hasta que entró en escena el sobrino del intendente del Potala, Sangyé Gyatso, que entonces iniciaba una larga y brillante carrera.

En aquella época, según la opinión general, Lobsang Gyatso estaba en la cumbre de su potestad espiritual. Además, su dominio de la diplomacia le hacía desempeñar con frecuencia el papel de intermediario o emisario cuando se preparaba algún conflicto, o cuando dos de sus vecinos estaban a punto de enfrentarse. Eso fue lo que sucedió en particular cuando el emperador chino Kang Hsi, sucesor de Shun Chih, tuvo que hacer frente a la oposición de los últimos partidarios de los Ming y de generales deseosos de proclamar Estados independientes al sur del Imperio del Medio. Lobsang Gyatso intervino un tiempo para intentar hallar un terreno de entendimiento, pero finalmente Kang Hsi le dio las gracias y sometió a su manera (fuerte) las revueltas de sus súbditos.

La misma situación se reprodujo un tiempo después, con los mongoles zungar, que presentaban veleidades de expansionismo. También aquí, el emperador chino, después de permitir al Dalai Lama que intentara encontrar una solución, decidió implicarse personalmente —y firmemente— hasta imponer una tregua a sus oponentes.

De vuelta a preocupaciones puramente tibetanas, Lobsang Gyatso, además de dedicarse a sus actividades religiosas, velaba para que la edificación del palacio de Potala prosiguiese a un ritmo constante. Siguió dirigiendo los asuntos del Tíbet con serenidad, pero desde hacía un tiempo su espíritu estaba preocupado: las visiones y los presagios que anunciaban el fin de su existencia terrestre se multiplicaban y no dejaban lugar a dudas del fin que se perfilaba ahora ya a corto plazo. Finalmente, Lobsang Gyatso falleció en 1682, tras una larga enfermedad. No obstante, paradójicamente, su reinado como Dalai Lama no había terminado.

En efecto, entonces entró en escena realmente Sangyé Gyatso. Como perfecto discípulo espiritual del fallecido maestro, había comprendido muy bien los retos políticos que podían derivar de la muerte del quinto Dalai Lama. Además, preocupado por conservar la independencia del Tíbet respecto a sus vecinos mongoles y chinos —así como su poder personal, reconozcámoslo—, el panchen lama tomó una decisión tan increíble como inesperada: informó al pueblo tibetano de que Lobsang Gyatso había hecho voto de retirarse de la vida pública durante las doce semanas siguientes. La población, que veneraba al Dalai Lama, vio en ello una señal más de su autenticidad, de su santidad... ¡Y durante casi quince años los tibetanos creyeron que Lobsang Gyatso vivía retirado del mundo para salvar mejor las almas de sus súbditos!

En realidad, Sangyé Gyatso se convirtió en el maestro del Tíbet, si bien fue, en definitiva, el nombre de Lobsang Gyatso —el «Gran Quinto»— el que permaneció en la historia como el realizador iluminado de una prosperidad tibetana duradera, de desarrollo de conocimientos y comercio, y por encima de todo de la imagen del Tíbet como nación de pleno derecho frente a sus poderosos vecinos mongoles y chinos, todo ello conservando las tradiciones y la cultura de la alta meseta tibetana.

Rigdzin Tsangyang Gyatso, el sexto Dalai Lama

Al parecer, la sucesión de Lobsang Gyatso se inició bajo el signo de la mayor ambigüedad, debido a que Sangyé Gyatso, fortalecido con su título oficial de regente, se dispuso a reinar en el Tíbet durante más de una década, cuando la tradición requería, en cambio, una perpetuación efectiva del linaje de los Dalai Lamas.

Ahora bien, Sangyé Gyatso, aun cuando emprendió una acción «política» única en los anales de la historia tibetana, no por ello dejó de ser un religioso ferviente que no podía sustraerse a la ley de la reencarnación, que prevalecía en la designación de los maestros espirituales del Tíbet. Por tanto, respetó lo que consideraba los imperativos para preservar la integridad de su país, dirigiendo los asuntos del Tíbet, por una parte, y, por la otra, preparando en la sombra la sucesión de Lobsang Gyatso.

Así pues, en 1682 Sangyé Gyatso, que entonces tenía treinta años, dirigía la política tibetana, bajo la versión oficial de que las riendas del poder le habían sido cedidas por Lobsang Gyatso desde su retiro místico. Desde este puesto, el regente reveló, poco a poco, las diferentes facetas de una personalidad compleja: ferviente ortodoxo discípulo de Tsongkhapa, hábil político implicado en las manipulaciones más sombrías y jefe autoritario que difícilmente soportaba que se le contradijera. Así mismo, se convirtió en un interlocutor temible para sus aliados mongoles o chinos, ya que defendió «con uñas y dientes» la posición de un Tíbet libre e independiente, tejiendo y deshaciendo alianzas con una facilidad maquiavélica a medida que se iban sucediendo los acontecimientos.

Además, Sangyé Gyatso se afirmó como un hombre de una gran cultura, capaz de escribir la historia de la orden de los gelugpa, titulada Espejo de Lapislázuli, así como de ser el autor de trabajos reconocidos y famosos en ámbitos tan distintos como la medicina, la astrología y la astronomía, o incluso en materia de derecho social, impulsando reformas que pretendían instaurar una mayor justicia y, sobre todo, proteger a los religiosos.

Así, durante años, la imagen de un poder sólido y sin conflictos se perpetuó bajo

el conocimiento de los tibetanos y de observadores extranjeros, garantizando una paz y una estabilidad de buen tono, apreciadas por todos.

Sin embargo, Sangyé Gyatso, aunque seguía siendo un laico que llevaba una vida social comparable a la de tantos otros, con sus múltiples placeres, desde los de la carne hasta los de la práctica de las artes y el deporte, fue muy consciente de sus deberes, empezando por el primero y más imperioso: encontrar un sucesor para Lobsang Gyatso.

Así, demostrando una serenidad de buen tono al frente del Estado tibetano, el regente empezó a buscar la reencarnación del quinto Dalai Lama. Para ello, envió por el país a varios emisarios para que iniciaran los primeros trámites, se enteraran de rumores, reunieran indicios y presagios que informaran de posibles correspondencias con la muerte de Lobsang Gyatso, todo en el mayor secreto. En los meses siguientes, el regente siguió en persona el avance de la investigación y llegó incluso a efectuar por sí mismo algunas verificaciones preliminares.

No obstante, habría que esperar hasta el año 1685 para que esta vez serios indicios llevaran a los investigadores a la región de Moeun. Al parecer, un niño nacido en marzo de 1683 cerca del pueblo de Tawagn respondía en todos los puntos a lo que se estaba buscando; en efecto, satisfacía las diferentes consultas rituales y los numerosos tests presentados con una facilidad flagrante, y el panchen lama llegó rápidamente a la conclusión de que se trataba, en efecto, de la reencarnación de Lobsang Gyatso.

Sin demora, y siempre con la máxima discreción, en los días que siguieron, el niño y su madre fueron conducidos al monasterio más cercano, el de Tsona, donde el sucesor reconocido del quinto Dalai Lama fue internado en secreto. No se volvería a oír hablar de él durante casi doce años.

Posteriormente se hizo evidente, por desgracia demasiado tarde, que esa vida recluida, lejos del Potala y de las más altas fuentes espirituales tibetanas —por la necesidad de «filtrar» a sus maestros a fin de conservar el secreto—, no permitiría dispensar al sexto Dalai Lama una enseñanza tan completa y rigurosa como la recibida por sus predecesores. La consecuencia sería una conducta atípica, dado su rango, así como un desenlace de su reinado también contrario a la norma establecida hasta entonces.

Sin embargo, por el momento, el plan establecido por Sangyé Gyatso funcionaba de maravilla: el Tíbet estaba dirigido con mano de experto y los tibetanos pensaban que Lobsang Gyatso seguía siendo el líder espiritual que todos admiraban y veneraban. Algunos rumores acerca de la desaparición de este último llegaron a oídos del emperador chino Kang Hsi, quien envió una delegación a Lhassa; no obstante, sus emisarios se conformaron con la silueta que vieron a través de un velo opaco, como si fuera Lobsang Gyatso, aunque en realidad no era más que una sutil escenificación recreada por Sangyé Gyatso. De regreso a Pequín, los lamas que vivían en China y que habían ido a Lhassa elaboraron un informe elogioso y tranquilizaron a Kang Hsi, quien, además, quedó satisfecho al ver que la estabilidad del Estado tibetano le convenía para contener los anhelos expansionistas de los mongoles. El emperador chino, por tanto, siguió considerando al quinto Dalai Lama como un aliado de peso y, durante los años siguientes, le continuó dando poder en varias ocasiones para que interviniera como mediador ante los jefes mongoles, a veces difíciles de contener.

De esta manera se perpetuó una situación de las más extrañas, a la que todo el mundo se adaptaba, si bien el secreto parecía cada vez más difícil de mantener.

En 1693, después de haber contenido una nueva rebelión mongol e informado por unos prisioneros mongoles acerca de los rumores que afirmaban que Lobsang Gyatso estaba muerto desde hacía varios años, Kang Hsi envió un segundo grupo de emisarios al Tíbet para que se entrevistaran con el Dalai Lama. Y, nuevamente, Sangyé Gyatso actuó con una infinita sutileza, hasta el punto de que el informe que finalmente llegó a manos del emperador chino fue idéntico al anterior y lo satisfizo de igual manera.

No obstante, la situación general se agravó. Los mongoles proclamaban en varios puntos su voluntad de recrear un imperio a la imagen de su grandeza del pasado. Tibetanos y chinos se mostraban preocupados por estas prerrogativas de sus vecinos de siempre.

Por primera vez, Sangyé Gyatso cometió un error de peso: aliarse con Galdan Khan, el líder mongol que había sucedido a Gushri Khan. En un primer momento, esta nueva alianza permitió al Tíbet extender ligeramente su territorio, pero muy pronto Pequín sintió la necesidad de hacer respetar el orden y su soberanía en las altas mesetas, sobre todo cuando los guerreros de Galdan Khan infligieron una seria derrota a los khalkhas en 1690. Al haber pedido las demás

tribus mongolas la protección del emperador, porque temían ser sometidas por la fuerza, Kang Hsi se resolvió a intervenir y lanzó una expedición contra Galdan Khan, que no permitió que le sometieran. No sería hasta seis años más tarde, en 1696, cuando el emperador chino pondría fin a las veleidades del jefe mongol, infligiéndole una derrota total, que llevaría a Galdan Khan a la huida.

Mientras tanto, con el transcurso de los años la sospecha acerca del fallecimiento de Lobsang Gyatso iba en aumento, ya que nuevos testimonios llegaban al emperador chino. Y eran tantos y tan reales, que Sangyé Gyatso muy pronto se dio cuenta de que no podría hacer durar la situación durante más tiempo. Al enterarse de que un emisario de Kang Hsi, el embajador Pho-Chu, había sido enviado para aclarar toda la historia, el regente, como hábil diplomático, puso rápidamente a todo el mundo en movimiento.

Después de poner al sexto Dalai Lama y a su madre a salvo en un nuevo monasterio, Sangyé Gyatso envió un mensajero al emperador de China, con la misión de revelarle que la reencarnación de Lobsang Gyatso había sido hallada y tenía ya la edad adecuada para asumir plenamente su función de líder espiritual. Anticipándose a las inevitables preguntas del emperador chino acerca del silencio guardado durante tanto tiempo sobre la muerte del quinto Dalai Lama, el regente afirmó que había esperado a que todo estuviera en orden y a que la reencarnación estuviera suficientemente educada espiritualmente para asumir la carga de dicha sucesión. Para rematarlo todo, Sangyé Gyatso mostró de nuevo una sumisión aparente al pedir la protección de Kang Hsi para el joven Dalai Lama, poco acostumbrado a los asuntos del poder.

Satisfecho con la idea de haber acabado por un tiempo con las rebeliones mongolas, con Galdan Khan finalmente fallecido en su huida y los mongoles qoshots de Lhabsang Khan que habían jurado fidelidad, el emperador Kang Hsi aceptó con benevolencia la misiva del regente y envió a Lhassa a un lama con la misión de reconocer oficialmente al nuevo Dalai Lama en nombre del emperador chino.

Una vez más, Sangyé Gyatso había demostrado una gran inteligencia política, debida en parte a su perfecto conocimiento de la diplomacia y de las relaciones de fuerza entre el Tíbet y sus vecinos. Para proclamar la llegada del sexto Dalai Lama a la escena pública, el panchen lama Lobsang Yeshe se dirigió al monasterio de Nakartsé en septiembre de 1697, donde llevó a cabo todos los rituales consagrados a la ordenación del joven monje, a quien dio su nombre

definitivo: Lobsang Rigdzin Tsangyang Gyatso («Océano de Melodía»). Después de esto, prosiguieron las ceremonias en el monasterio de Nyethang, donde el regente, los altos funcionarios del Estado tibetano y los monjes de los tres principales monasterios —Sera, Ganden y Drepung— conocieron oficialmente al nuevo Dalai Lama.

Sangyé Gyatso, como regente que había oficiado durante los últimos años, tuvo entonces la ocasión de rendir cuentas de los principales acontecimientos ocurridos desde la muerte de Lobsang Gyatso y evocó, principalmente, el juramento de guardar el secreto del fallecimiento de este último a fin de preservar la paz del reino, hasta que su sucesor fuera encontrado y estuviera capacitado para tomar el relevo como guía espiritual del Tíbet.

También realizó un informe detallado sobre las investigaciones que le habían conducido al descubrimiento de Rigdzin Tsangyang Gyatso, así como de su formación espiritual en el mayor secreto, en conformidad con los deseos del «Gran Quinto».

El pueblo tibetano, demasiado feliz al conocer por fin al sucesor de Lobsang Gyatso, no escatimó elogios hacia el regente, al que todos honraban por haber cumplido solo, durante tantos años, la pesada carga de hacer efectiva la palabra otorgada al quinto Dalai Lama.

Unas semanas más tarde, a modo de apoteosis, Sangyé Gyatso mandó trasladar las cenizas de Lobsang Gyatso a un chorten construido para este fin en el recinto del Potala, en una ceremonia fúnebre jamás igualada, que reunió a más de diez mil lamas, según varios testigos.

Finalmente, en octubre de 1697, el sexto Dalai Lama, que tenía entonces catorce años, asumió realmente sus funciones, durante una manifestación honrada por las más altas dignidades religiosas y laicas del Tíbet. Su reinado pudo al fin empezar.

O al menos eso era lo que pretendían quienes se encargaban de su formación, ya que, contra toda expectativa, muy pronto pareció que nada de lo que afectaba al sexto Dalai Lama se parecía a lo que habían vivido sus predecesores.

En efecto, cuando se iniciaron los largos estudios que debían permitirle adquirir un saber fuera de lo común, muy pronto sus maestros constataron la poca motivación del Dalai Lama por las tareas a las que debía dedicarse. Al parecer, le

faltaba interés por la formación religiosa de tan alto nivel que se le dispensaba y no conseguía superar con éxito las etapas por las que cualquier novicio gelugpa debía pasar. Recordemos que los testigos de su proceso de aprendizaje quedaron consternados al ver cómo se desinteresaba por lo que constituía el fundamento esencial y primero de su misión como reencarnación del quinto Dalai Lama.

De igual modo, no confería ninguna importancia al papel de guía temporal que le tocaba asumir, ya que prefería llevar una existencia sencilla y ociosa, rodeado de algunos amigos. Según decían algunos, llegó incluso a abandonarse a la carne y a sentir cierto placer, del que hablaría con frecuencia en los numerosos poemas que escribiría durante sus años de formación.

En otras palabras, el nuevo Dalai Lama se interesaba más por las artes, la danza y la poesía, la escritura de canciones —en las que, por otra parte, demostró cierto talento— e incluso los deportes —practicaba con asiduidad el tiro al arco— que por su función de maestro espiritual y temporal del Tíbet.

Algunos veían en él a un ser débil, inestable, inclinado más por el desenfreno que por el estudio, incapaz de asumir la menor responsabilidad, pero nadie pensó ni un solo instante en condenarlo por su conducta. Una parte de todos los que lo rodeaban eran conscientes de que no había recibido durante sus primeros años de vida una formación lo bastante estricta y severa; por otra parte, fuera cual fuera su comportamiento entonces, no por ello era menor la reencarnación oficial y reconocida de Lobsang Gyatso, esto es, el líder espiritual del budismo tibetano, poseedor por ello de la función suprema..., si bien sus opciones de vida desconcertaban a quienes le rodeaban y a los tibetanos.

Todos le dedicaban una veneración sin límites, resolviendo no percibir el sentido profundo de su existencia presente que rompía con los usos y costumbres de los anteriores Dalai Lamas. Otros irían más lejos y verían en sus excesos de comportamiento, sobre todo con respecto a la lujuria, una interpretación totalmente personal de la vía tántrica más pura, la que prescribe los intercambios corporales como práctica de despertar, sin dejar de recordar, en este sentido, que la familia en la que había nacido Rigdzin Tsangyang Gyatso se dedicaba a las prácticas tántricas de la secta no reformada de los nyingunapa.

Sin embargo, al cabo de un tiempo, independientemente de esas interpretaciones, la actitud del sexto Dalai Lama preocupó de forma particular al regente. Sangyé Gyatso era presa de preocupaciones de orden político, para las que resultaba del

todo imperativo que el joven Dalai Lama pronunciara sus votos definitivos de gelong y accediera así a la plenitud de su cargo espiritual. En el espíritu del regente, que por otro lado se acomodaba muy bien a las responsabilidades puramente gubernamentales, sólo la elevación de Tsangyang Gyatso a la más alta dignidad espiritual podía garantizar la autoridad del Tíbet frente a los mongoles qoshots de Lhabsang Khan; este último ambicionaba abiertamente extender su soberanía a la alta meseta tibetana.

El regente, por tanto, encargó al panchen lama que convenciera al sexto Dalai Lama para que oficializara su entrada definitiva en la vida monástica, durante una ceremonia programada en Lhassa. Sin embargo, contra todo lo previsto, Tsangyang Gyatso, al enterarse de la petición, en lugar de acceder a ella y de acudir al monasterio de Tashilhunpo, prefirió retirarse al monasterio de menor renombre de Shigatsé.

El panchen lama lo visitó en varias ocasiones, pero no pudo hacer nada, y finalmente la decisión del joven fue anunciada de manera oficial una mañana: «Un día, hubo una consternación: acudió al monasterio, se postró tres veces ante el panchen lama, le pidió perdón por su incapacidad para responder al deseo de su venerado tutor y expresó así su voluntad no sólo de no pronunciar los votos de gelong, sino también de renunciar a los que había aceptado durante su primera ordenación como getsul. Este retorno al estado laico le parecía más honesto que la falsa duplicidad de las apariencias».[18]

Cuando la noticia llegó a oídos de Sangyé Gyatso, este no podía creérselo. No se decidía a evaluar los trastornos que una salida así podía comportar al Tíbet y renunció, de entrada, a aceptarla. Entonces empleó toda su influencia para intentar persuadir a Tsangyang Gyatso para que cambiase de opinión, personalmente y por medio de monjes de los tres monasterios más importantes. Sin retroceder ante ningún sacrificio, pidió incluso a Lhabsang Khan, el líder de los mongoles qoshots, que interviniera. Pero no había nada que hacer: la decisión del sexto Dalai Lama era irrevocable. Una opción que ponía bruscamente en tela de juicio todo lo que el regente había puesto en práctica en lo más alto del Estado tibetano desde hacía años; porque si ya no había Dalai Lama, la estabilidad misma de las instituciones —y, por tanto, del país— estaba en peligro.

Desesperado, Sangyé Gyatso reunió a un sínodo de grandes lamas para que fuera votada la «inhabilitación» del Dalai Lama, pero los altos dignatarios religiosos

del Tíbet no consiguieron ponerse de acuerdo a la hora de tomar una decisión de tanta importancia. Consideraron, en definitiva, que Tsangyang Gyatso era un ser cabal por su filiación que podía emprender «otro camino» para realizarse, lo cual no le retiraba en absoluto su dignidad ni sus prerrogativas espirituales.

En cambio, en cuanto a los asuntos públicos, el regente era perfectamente consciente de que con el poder temporal la cosa era distinta, porque no podía permanecer vacante durante un tiempo indeterminado, ya que ello despertaría de nuevo la ambición de algunos vecinos de intenciones en ocasiones belicosas.

Y en este caso particular el problema era más grave, a causa de la total ambigüedad: en efecto, aunque el Dalai Lama había renunciado a su entrada definitiva en la vida monástica, no se había pronunciado abiertamente en lo referente a su poder temporal. Por lo tanto, oficialmente seguía teniendo a su cargo dicha responsabilidad. En la práctica, Tsangyang Gyatso no cambió en nada sus hábitos: siguió viviendo en el Potala, salía por la ciudad con sus amigos, llevaba una vida de alto dignatario y vestía sus galas.

Sangyé Gyatso no vio otra solución más que la de abandonarse a su inclinación por la intriga. Manifiestamente aconsejado por los cuatro ministros del gobierno tibetano, organizó un atentado que tenía como objetivo al Dalai Lama. Sin embargo, un cambio de ropa entre amigos durante una fiesta salvó la vida a Tsangyang Gyatso, y uno de sus criados murió asesinado en su lugar.

Al día siguiente, después de una rápida investigación, finalmente un ministro fue considerado culpable y señalado como tal ante la población tibetana; sus cómplices fueron identificados enseguida, y ejecutados, pero algunos habían mencionado el papel primordial que había desarrollado el regente en dicha intriga. Esta vez, Sangyé Gyatso había ido demasiado lejos.

De hecho, cada vez con mayor frecuencia su actuación era puesta en duda por sus aliados mongoles, que ahora veían con malos ojos sus pactos secretos con otros líderes. El regente intentó entonces hacer que envenenaran a Lhabsang Khan, pero no lo consiguió. Este sería su último intento de «manipulación» en la más alta cumbre del Estado tibetano. Superado por sus exigencias, el líder de los qoshots se volvió más apremiante. Sangyé Gyatso probó una última finta anunciando oficialmente que renunciaba al poder y designando a uno de sus hijos, Ngawang Rintchen, como su sucesor en la regencia.

Irritado al máximo por no haber sido ni siquiera consultado para este traspaso de poder, Lhabsang Khan informó a Pequín de sus propósitos y avanzó hacia Lhassa con un ejército. A pesar de la intervención desesperada del panchen lama, los mongoles aplastaron a las tropas tibetanas enviadas para detenerlos. Sangyé Gyatso, refugiado en la fortaleza de Dongkar Dzong, tuvo que rendirse. Fue decapitado unas semanas más tarde, el día 6 de septiembre de 1706.

Con el regente eliminado, los mongoles controlaban el país. Sólo Rigdzin Tsangyang Gyatso, el sexto Dalai Lama, jugaba el papel de última defensa ante los extranjeros que ocupaban la alta meseta tibetana. El pueblo puso en él todas sus esperanzas, al tiempo que lloraba a Sangyé Gyatso, que permanecería en la memoria popular como el hombre que había instaurado y reforzado la estabilidad durante años en las más altas esferas del Estado.

Para Lhabsang Khan, el último obstáculo antes de conseguir un control total del Tíbet era el Dalai Lama. Así pues, se planteó «deshacerse» de él. Como hábil estratega, envió al emperador chino una serie de informes poco elogiosos en los que evocaba las extravagancias de Tsangyang Gyatso e informaba de la poca dignidad del cargo que ocupaba. Kang Hsi, que seguía considerando al líder de los qoshots como un aliado valioso y más desde que había eliminado al regente, tomó al pie de la letra tales informes; envió al Tíbet a un general y un lama para que fueran al encuentro del Dalai Lama y se lo llevaran a China, mientras calmaba las inevitables recriminaciones de los monjes de los tres principales monasterios cubriéndolos de ventajas y de obsequios.

Por su parte, Lhabsang Khan intentó reunir un sínodo, con el objetivo de destituir oficialmente al Dalai Lama, pero no tuvo éxito, porque los lamas afirmaban que nada podría retirar a Tsangyang Gyatso su cualidad de reencarnación del «Gran Quinto».

A partir de entonces, los acontecimientos se precipitaron. En cuanto llegaron al Tíbet los representantes del emperador chino, el líder mongol destituyó oficialmente al sexto Dalai Lama, y este acató la orden de dirigirse a Pequín lo antes posible con una buena escolta.

La marcha del Potala se llevó a cabo ante la presencia de una multitud considerable, lo que daba a entender que era un momento histórico. A medida que el cortejo se acercaba a Drepung, la multitud aumentaba sin cesar, haciéndose cada vez más vindicativa hacia la escolta del Dalai Lama. Superando

a los guardas, el pueblo «apresó» a Tsangyang Gyatso y lo condujo al interior del monasterio, donde halló refugio.

Enojado por este contratiempo, Lhabsang Khan lanzó sus tropas contra Deprung, que rodearon; se dispusieron a atacar el lugar. Finalmente, temiendo un resultado terrible para el pueblo tibetano, el Dalai Lama se entregó, en compañía de algunos de sus seres más cercanos, y puso fin al enfrentamiento.

Al día siguiente, la tropa reanudó su ruta hacia Pequín, pero, contra toda expectativa, marcando una vez más el destino de Tsangyang con el sello de lo inhabitual, se produjo un hecho extraordinario: mientras la escolta se acercaba a las orillas del lago Gunganor, el Dalai Lama desapareció. Nadie volvería a verlo. Era el 14 de noviembre de 1706.

Algunos rumores hablan de asesinato por parte de los soldados mongoles o de una enfermedad. Otros, en cambio, sostenidos por muchos tibetanos, apuntan que vivió en la clandestinidad hasta 1746 y dedicó su existencia a la propagación del budismo de acuerdo con la vocación espiritual que le había sido destinada; se afirma, incluso, que emprendió viajes al Kham, al Nepal y a la India, y consagró varios monasterios en Mongolia, donde una tumba es venerada como suya.

Una nueva era

La desaparición del sexto Dalai Lama marcó el fin de un periodo de estabilidad y de armonía relativa en la historia del Tíbet. Hasta entonces, las instituciones religiosas y políticas habían conseguido forjarse la identidad de una nación reconocida por todos, impregnada de religiosidad y de respeto hacia sus diferentes componentes. Sin embargo, las desviaciones maquiavélicas y el asesinato de Sangyé Gyatso, seguidos de la renuncia de Tsangyang Gyatso a su entronización como Dalai Lama y sucesor de Lobsang Gyatso, cambiaron de manera radical la propia naturaleza del poder tibetano.

Con el regente y el Dalai Lama apartados del poder, ahora eran los extranjeros quienes dirigían el destino del país, y los tibetanos, para gran desesperación suya, no tenían ninguna función de importancia que asumir al frente del Estado. Así pues, se perfilaba una era nueva, cargada de incertidumbres en todos los campos, tanto en el terreno político como en la esfera de lo espiritual.

Los fundamentos de las instituciones tibetanas seguían profundamente arraigados en la mentalidad del pueblo, pero nada ni nadie estaba capacitado a partir de entonces para garantizar su aplicación por parte de las más altas instancias gubernamentales, que no podían más que someterse a la presión de fuerzas exteriores que mostraban abiertamente su voluntad de apoderarse de las tierras y los recursos de la alta meseta tibetana.

Padkar Dzinpa Ngawang, el usurpador

Para Lhabsang Khan, el líder de los mongoles qoshots, había llegado la hora del triunfalismo más desenfrenado. Con Sangyé Gyatso y el Dalai Lama alejados del poder, él era el único señor del Tíbet y ocupaba el Potala con fausto. Embriagado por sus recientes victorias sobre los tibetanos y el éxito de su diplomacia sutil ante China, quiso creer que era el líder, no sólo de una tribu mongola, sino de un pueblo entero. Se veía ya reconstruyendo ese Imperio mongol que tanto habían amado sus antepasados.

No obstante, la realidad no tardó en demostrar a Lhabsang Khan una evidencia mucho más concreta: se hallaba en el Tíbet, y no en una simple estepa de Asia central. En ese Tíbet apasionado por la religión y la espiritualidad, donde desde hacía siglos nada podía hacerse ni decidirse sin el aval de las más altas esferas religiosas. Lhabsang Khan, en cambio, no era más que un líder de guerra, un guerrero. En otras palabras, si realmente quería hacer que su poder se asentara durante mucho tiempo, tenía que encontrar una «garantía» religiosa sobre la que poder tener una influencia política real.

Para ello, el nuevo señor de Lhassa no se procuró complicaciones innecesarias. Mandó establecer un oráculo de complacencia que designó a un monje de veinticinco años, llamado Padkar Dzinpa Ngawang, como la reencarnación del sexto Dalai Lama. La historia revelaría más tarde que el mongol conocía al joven religioso antes de que fuera designado (¡y que tal vez era, incluso, su propio hijo!).

Fortalecido con este reconocimiento, que proclamó oficialmente, Lhabsang Khan decretó que el nuevo Dalai Lama fuera investido con todos los poderes inherentes a su cargo, y lo instaló solemnemente en el palacio de Potala.

Al menos esta fue la versión oficial, ya que para los tibetanos dicha designación carecía de valor. En efecto, el protocolo de búsqueda y descubrimiento del nuevo Dalai Lama no había sido respetado; no se había emprendido ninguna investigación preliminar; nadie se había preocupado de conocer y estudiar las señales, los presagios y las visiones que limitaban y describían habitualmente la

región y el ambiente en los que debía ser localizada la reencarnación del difunto.

Además, el panchen lama no había ratificado de ninguna manera la designación propuesta por los mongoles. En consecuencia, para el pueblo tibetano, así como para sus dirigentes, el denominado Padkar Dzinpa Ngawang no era en absoluto el sucesor esperado en el linaje de los Dalai Lamas: no era más que un usurpador.

El sobresalto tibetano

Al mismo tiempo, un rumor acerca del nacimiento del verdadero sucesor de Tsangyang Gyatso en un pueblo del Kham empezó a correr por el país. Los altos dignatarios religiosos estaban realmente impresionados porque un poema del difunto Rigdzin Tsangyang Gyatso anunciaba:

Blanca grulla, dame tus alas...

De Lithang regresaré.

En efecto, ¡era precisamente cerca de Lithang donde se había localizado la supuesta reencarnación del Dalai Lama!

Por supuesto, el rumor llegó hasta el Potala, y Lhabsang Khan tuvo conocimiento de él; empezó a preocuparse, porque el recién llegado podría poner seriamente en duda su posición. Ahora bien, desde hacía un tiempo, el mongol había reforzado considerablemente dicha posición, sobre todo ante el emperador chino Kang Hsi, a quien se había ofrecido a rendir tributo, oficializando en cierto modo que el Tíbet era un vasallo de China. Esta situación satisfacía a ambos aliados, si bien el acuerdo no tenía ningún valor a los ojos de los tibetanos, puesto que su gobierno no había participado en él. Finalmente, Lhabsang Khan envió a varios lamas hasta el lugar para que investigaran la veracidad de los hechos avanzados por el rumor. Cuando le llegó la respuesta, aunque «suavizada» por los lamas, no tuvo ninguna duda: se trataba del niño que el pueblo esperaba.

Los tibetanos, presintiendo problemas, hicieron que la familia del niño cambiara de región, dejara el Kham y se dirigiera al Amdo, deseosos de proteger a quien todos consideraban ya como la reencarnación del sexto Dalai Lama.

Sin embargo, no tuvieron en cuenta la vigilancia de Kang Hsi. El emperador de China estaba perfectamente informado de todo lo que acontecía en la alta meseta tibetana. Sin dudarlo, mandó interceptar el cortejo del niño y llevó a este y a quienes le acompañaban al monasterio de Kumbum, a buen recaudo. Como astuto diplomático, Kang Hsi sabía que tenía la mejor baza en la partida que jugaba con su turbulento compañero mongol, sobre todo porque la situación de Lhabsang Khan se estaba degradando rápidamente. En efecto, llegaron varios informes a la corte imperial en los que se hablaba de quejas tibetanas y de rivales mongoles, que denunciaban el poder en exclusiva del jefe mongol, la usurpación del título de Dalai Lama y la aberración del nombramiento de Padkar Dzinpa Ngawang al más alto rango de la jerarquía espiritual tibetana.

Ante esta protesta general, Kang Hsi hizo que se estudiara la situación sobre el terreno y luego envió a un hombre de confianza, el «alto representante» Ho-Shu, para que ayudara a Lhabsang Khan en la administración de los asuntos tibetanos, implicando por primera vez directamente a China en la dirección del Estado tibetano. En cuanto al asunto del Dalai Lama, cuando la joven reencarnación de Rigdzin Tsangyang Gyatso estuvo ya bien protegida, Kang Hsi firmó un decreto de complacencia reconociendo oficialmente al protegido de Lhabsang Khan como el séptimo Dalai Lama.

Este acuerdo entre los ocupantes extranjeros que dirigían el Tíbet no satisfizo de ningún modo a los tibetanos, entre quienes el resentimiento y la revuelta estaban aflorando. Los religiosos, evidentemente, mantenían su juicio severo respecto al que usurpaba el puesto de su líder espiritual, de manera que una resistencia más concreta de lo habitual empezó a tomar forma. Los representantes de los grandes monasterios se reunían en secreto y coincidían en la necesidad imperiosa de deshacerse de Lhabsang Khan, cuyas exacciones actuaban en perjuicio de toda la nación tibetana. Además, se iniciaron contactos con los mongoles zungar, un clan rival de los qoshots de Lhabsang Khan. Finalmente, se elaboró un plan enfocado a fomentar una revuelta, reagrupar las fuerzas de los ejércitos tibetano y zungar y atacar el monasterio de Kumbum para liberar al Dalai Lama niño. Los conjurados pensaban conducirlo luego a Lhassa e instalarlo en su puesto después de asesinar a Lhabsang Khan.

En los días anteriores a la insurrección, los tibetanos consiguieron reunir a más de seis mil guerreros dispuestos a enfrentarse con los mongoles qoshots; eran dirigidos por un antiguo monje de Tashilhunpo, Tsering Dondrup.

Lhabsang Khan en apariencia desconocía por completo el proyecto que pretendía derrocarlo, pero el emperador chino, en cambio, al tener espías por todas partes, sabía exactamente lo que se estaba preparando. De hecho, no tardó en informar a su aliado mongol, quien, haciendo alarde nuevamente de su autosuficiencia, no dio demasiado crédito a la advertencia de Kang Hsi y se fue de caza, como tenía previsto, al norte de Lhassa.

Cuando finalmente la operación se puso en marcha, los sublevados que pensaban hacerse con el niño sin demasiado esfuerzo fueron detenidos en su avance por los chinos, que les impidieron llevar a cabo sus planes y rechazaron su ataque. Despechados pero aún combativos, tibetanos y zungares decidieron entonces entrar en Lhassa. Gracias a la intervención in extremis de uno de sus hijos, Lhabsang Khan no fue interceptado por los sublevados, ya que una resistencia feroz de su escolta le permitió batirse en retirada hacia la capital.

Al final se encontraron ante Lhassa todos los beligerantes, y allí fue donde se produjo el asalto por parte de los revolucionarios el 21 de noviembre de 1714. Los combates causaron estragos durante ocho días, y en la noche del 30, los tibetanos creyeron ver llegar a las tropas que acudían para socorrerlos y les abrieron una de las puertas de la ciudad. Sin embargo, en realidad se trataba de fuerzas de los zungares, que desde ese momento dejaron libre curso a su devastadora furia, asesinando y saqueando la ciudad tibetana durante horas.

El 3 de diciembre el Potala fue atacado. Lhabsang Khan consiguió librarse durante un tiempo, pero finalmente fue muerto en combate. En cuanto al usurpador elevado equívocamente al rango de Dalai Lama, se entregó sin la menor resistencia, reconociendo la falsedad e insistiendo para que le dejaran volver a la tranquilidad de la vida austera de un monasterio. Poco tiempo después, al término de los acuerdos con los chinos, estos lo rescatarían y lo llevarían a China, donde finalizaría sus días en el año 1725.

Al eliminar al fin a Lhabsang Khan y destituir al usurpador Padkar Dzinpa Ngawang, los tibetanos habían cumplido sus objetivos: poner fin a un yugo que los esclavizaba desde hacía décadas y devolver la esperanza al pueblo. Sin embargo, al mismo tiempo, habían creado una situación nueva que planteaba, a su vez, numerosos problemas.

El primero de ellos guardaba relación con la conducta desbocada de los mongoles zungar, estos aliados circunstanciales que, si bien habían sido

indispensables para el levantamiento contra Lhassa, ahora eran incontrolables, puesto que devastaban con método y crueldad una parte del país, principalmente los lugares más sagrados del budismo tibetano.

Además, con el poder espiritual liberado del «falso» Dalai Lama, era el panchen lama Lobsang Yeshe quien presidía temporalmente los destinos espirituales del país. Ahora bien, este anciano vinculado a la tradición y el respeto por las leyes tibetanas no aceptaba que los tibetanos, y en primer lugar el líder militar Tsering Dondrup, se hubieran aliado con los mongoles, participando, en mayor o menor grado, en la toma de Lhassa en circunstancias terriblemente dramáticas para la población, burlando así los principios más elementales del budismo tibetano que condenan toda violencia.

En definitiva, aunque liberado, el Tíbet salió exangüe y devastado de este episodio, uno de los más oscuros de su historia, dejando a sus dirigentes temporales y espirituales desamparados ante la tarea de devolver al pueblo tibetano su grandeza y su dignidad.

Una vez más, la solución llegaría de Pequín, lo cual demostraba claramente que China era omnipresente en los asuntos tibetanos. Sin duda, nada escapaba al emperador chino, que, como hábil estratega, había permitido que se hicieran alianzas y dejaba ahora que se «deshicieran». En efecto, sus espías le confirmaron las tensiones crecientes entre tibetanos y mongoles zungar, lo que hacía más evidente que nunca el choque de culturas entre los aliados del pasado.

Kang Hsi comprendió entonces que le tocaba entrar en escena. Después de dejar que la situación se decantara hacia su bando, el emperador pudo utilizar sus bazas: la primera implicaba a la persona del joven Dalai Lama, suficiente para ganarse el reconocimiento de los tibetanos; la segunda radicaba en la potencia militar de Pequín, que podría poner freno a las exacciones de los zungares.

No fue, finalmente, hasta principios de 1718 cuando los chinos entraron en acción: una tropa avanzó por la alta meseta en dirección al Tíbet central. Contra toda expectativa, los zungares y una parte de las fuerzas tibetanas todavía aliadas interceptaron la tropa china y asesinaron a la casi totalidad de sus pocos miles de soldados.

Al enterarse de la noticia, Kang Hsi reaccionó sin tardanza. Envió al lugar a más de diez mil hombres fuertemente armados y, además, hizo correr el rumor de que

su contingente iba precedido por el joven Dalai Lama, que regresaba, al fin, a Lhassa para ser entronizado. Esta noticia llevó a una buena parte de los tibetanos que seguían aliados a los mongoles a desertar.

Finalmente, en otoño de 1720 los ejércitos zungares fueron derrotados por las tropas chinas; quienes escaparon sólo hallaron la salvación en la huida. En las semanas siguientes, los tibetanos que seguían siendo fieles a los zungares fueron ejecutados sin compasión. Y el 16 de octubre de 1720, tras el ceremonial y los rituales tradicionales, el séptimo Dalai Lama fue entronizado en Lhassa, en el recinto del Potala.

Lobsang Kelsang Gyatso, el séptimo Dalai Lama

Mientras la paz civil y el orden público se restablecían en Lhassa, y poco a poco también en el resto del Tíbet, gracias a la intervención del ejército imperial manchú, todas las miradas y la atención de los tibetanos se dirigían hacia aquel en quien todos ponen sus esperanzas de paz y retorno a la estabilidad: el séptimo Dalai Lama.

Nacido en el año 1708, muy pronto el niño demostró tener «visiones» de Buda y «llamadas» que le indicaban que iría al Tíbet central para predicar el budismo. Con apenas cinco años, afirmaba ser la reencarnación del Dalai Lama. Los años de exilio bajo control chino no le impidieron recibir una enseñanza del más alto nivel espiritual, que garantizara una formación perfectamente adecuada a su rango, en contacto con los más altos maestros tibetanos de su tiempo. A partir de los seis años, empezó a iniciarse en las escrituras sagradas. Dos años más tarde, en 1716, pronunció sus primeros votos; fue también la época en que empezó a entrevistarse con los visitantes, demostrando, según la opinión general, un carácter despierto y una sabiduría fuera de lo común. Durante los cuatro años siguientes, el Dalai Lama fue iniciado en los textos indios y tibetanos más fundamentales. Evidenciaba una notable facilidad para asimilar las bases doctrinales del Mahayana.

A pesar del difícil contexto político, el joven Dalai Lama fue llevado a Lhassa cuando tenía doce años y fue entronizado en presencia de una multitud considerable. Fue entonces cuando el panchen lama Lobsang Yeshe le atribuyó su nombre definitivo. El séptimo Dalai Lama se llamaría a partir de entonces Lobsang Kelsang Gyatso («Océano de Felicidad»).

Durante los años siguientes, el Dalai Lama completó su aprendizaje, principalmente estudiando los mantras y los tantras, y más adelante se inició en la doctrina de la vacuidad, principalmente con la práctica intensiva de diversas técnicas de meditación.

Finalmente, en el año 1726 pronunció sus votos definitivos, pero su largo aprendizaje no había terminado: «Tras la ceremonia, Lobsang Yeshe permaneció

en el Potala con el Dalai Lama para una larga serie de iniciaciones sobre el legado de Marpa, que había traído de su larga estancia de doce años en la India, en el siglo XI, obras sobre el arte de la transferencia del principio consciente en otro cuerpo o en la infinidad de los campos de Buda, así como cantos místicos de los poetas tántricos de Bengala».[19]

La vida habitual y tranquila del pueblo tibetano parecía recuperarse en la alta meseta tibetana. El tumulto de las guerras se había mitigado y el país se había reorganizado. Mientras el poder espiritual era asumido de nuevo de una forma legítima, el poder civil recuperaba también todas sus prerrogativas, esta vez fuera de la influencia mongola, asumido por cuatro ministros tibetanos, los kalon.

Si los tibetanos en su conjunto no podían más que agradecer este retorno a la paz, lo mismo ocurría con el emperador chino Kang Hsi, que veía, con el alejamiento de los mongoles, cómo se desvanecía el espectro de un renacimiento del Imperio mongol del pasado.

Pequín oficializó también el gobierno civil instalado en Lhassa gratificando a sus miembros con títulos honoríficos, reafirmando al mismo tiempo las relaciones inalienables entre ambos países.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, los años siguientes estuvieron marcados por el sello de la paz y del desarrollo. El Tíbet, al mismo tiempo que reconstruía en parte lo que había sido destruido durante los años de guerra, desarrollaba su comercio y se abría hacia el exterior. Mercaderes y viajeros, comerciantes y exploradores indios, nepaleses u occidentales surcaban el país y relataban lo que parecía a menudo, en estas regiones de clima y relieve frecuentemente hostiles, una auténtica aventura. Todo indicaba que una nueva prosperidad podría encontrar allí un terreno propicio a múltiples desarrollos.

No obstante, una vez más y, al parecer, de manera terriblemente insistente, acechaba la sombra de las tensiones internas de más alto nivel estatal. En efecto, si bien el Dalai Lama había recuperado su posición y su rango y seguía trabajando intensamente por su elevación espiritual —y, en consecuencia, por la de su pueblo—, en realidad no ocurría lo mismo con su poder político. Es cierto que los ministros tibetanos estaban al mando y dirigían los asuntos del Estado, pero la presencia de oficiales chinos que los asistían y que, en realidad, controlaban todas sus decisiones, dejándose ver en la vida pública, era cada vez

más fuerte. El Tíbet había recuperado su independencia de cara a los mongoles, pero, sin ninguna duda, sus dirigentes seguían bajo la influencia china. Y esto, al fin y al cabo, no hacía más que provocar desavenencias, que sólo la conveniencia hacía que no degradaran hasta una oposición franca y abierta. Y para empeorar las cosas, la presencia de una importante guarnición militar china resultaba ser de un coste económico importante para el Tíbet, que debía encargarse de mantenerla.

Estos distintos parámetros suscitaron una recrudescencia de recriminaciones, algunas de las cuales llegaron hasta el emperador Yung Cheng, que había sucedido hacía poco a su padre Kang Hsi, fallecido. El emperador decidió retirar su contingente del Tíbet y reemplazarlo por un «consejero» civil.

Corría el año 1723 y el séptimo Dalai Lama, que todavía no tenía ni quince años, estaba más ocupado en su formación espiritual que en los asuntos tibetanos. Esto dejaba el campo libre a quienes gobernaban realmente el Tíbet, es decir, los cuatro kalon que componían el Consejo de Ministros. Y, por desgracia, allí, como en todas partes, hablar de poder era hablar de rivalidades, luchas de influencia e intrigas. El gobierno del Tíbet no escapó a la norma, principalmente frente al autoritarismo del primer ministro Sonam Gyatso, que en otros tiempos había sido ministro del mongol Lhabsang Khan. Muy pronto, luchas internas le opusieron a los tres kalon, la vindicta de los cuales fue fomentada por las maniobras intrigantes y subterráneas del padre del Dalai Lama, Sonam Dhargyé.

Poco a poco las disensiones de más alto nivel estatal «gangrenaron» el sistema político tibetano. Con el paso de los años, la situación siguió degradándose cada vez que debía tomarse una decisión importante. Y, lógicamente, se produjo el drama, en el año 1727, cuando Sonam Gyatso fue asesinado.

La situación degeneró bruscamente y el Tíbet se sumió en la anarquía. El ministro segundo, Sonam Topgyal, hasta entonces gobernador del Tíbet ulterior y de la parte occidental del país, levantó sus tropas y avanzó sobre Lhassa al mando de casi diez mil hombres. Tomó el control de la ciudad sin encontrar resistencia. Inmediatamente, informó a Pequín de los últimos acontecimientos y solicitó la ayuda militar de Yung Cheng para evitar una guerra civil y devolver los derechos a las instituciones tibetanas.

La respuesta de Pequín no se hizo esperar y, como era costumbre en el Imperio del Medio, se produjo con la máxima firmeza: una vez en el lugar, los chinos

detuvieron y «descuartizaron» a los dos kalon líderes de la rebelión e instigadores del asesinato de Sonam Gyatso; además, decapitaron a sus hijos. Las penas infligidas a los demás conspiradores fueron dejadas al buen juicio de los tibetanos.

La consecuencia principal de estos acontecimientos reside en el hecho de que a partir de entonces Pequín tomó abiertamente a su cargo la dirección política y militar del Tíbet.

El general Gyalpo Miwang,[20] tras acabar con la insurrección, se convirtió en el nuevo regente —el título fue restablecido para la circunstancia; era asistido en la dirección del Consejo superior tibetano por dos representantes de Pequín, los amban.

Esta repentina desviación del poder político tibetano irritó hasta tal punto al emperador Yung Cheng que se planteó, como complemento a disposiciones puramente políticas, asegurarse también garantías de estabilidad a nivel espiritual. Para ello, los chinos se inmiscuyeron por primera vez en la organización espiritual del Tíbet. Intentaron oponerse al Dalai Lama y al panchen lama: a este último le ofrecieron la administración del Tíbet occidental y de una parte del Tíbet central. Sin embargo, contra lo que preveían los nuevos señores del país, Lobsang Yeshe asumió plenamente su papel, la sabiduría de su larga experiencia y su respeto por las tradiciones tibetanas: rechazó el cargo que se le ofrecía, manteniendo así la dirección espiritual por encima de las prerrogativas y manipulaciones temporales. Pero para cumplir, el panchen lama aceptó administrar únicamente la región de Tashilhunpo y Shigatsé.

En el marco de la nueva gestión del país establecida por Pequín, ninguna decisión importante podía ser tomada por los tibetanos sin el aval de los amban, tanto si se trataba de la organización política o de las estructuras económicas, como de cualquier mínimo intercambio con el exterior, ni siquiera verbal.

Al parecer, a partir de ese momento toda la vida tibetana estuvo bajo control chino. Sin embargo, al «abrir la puerta» a su imponente protector, los líderes políticos tibetanos en realidad habían dado libre curso a sus veleidades de anexión, que encontrarían ahora una legitimidad en la nueva relación de fuerzas. En efecto, ya nada se oponía a una modificación pura y simple de las fronteras entre el Tíbet y China, lo cual iba más allá de la simple «asistencia a un gobierno en peligro» solicitada por el Estado tibetano.

Respaldado por un poder indiscutible, Pequín se apropió de regiones enteras que hasta entonces pertenecían al Tíbet, especialmente Bathang y Lithang, que fueron simple y llanamente «acopladas» a provincias chinas. El Tíbet vio cómo a su territorio se le amputaba una buena parte de su superficie, conservando sólo algunas provincias del Kham al sudeste y el Amdo al norte, sin que en ningún momento al gobierno civil tibetano se le pidiera su opinión sobre este asunto. En realidad, era China la que dirigía el destino de la alta meseta tibetana.

La mejor prueba de ello fue que el emperador Yung Cheng —por motivos que no salieron a la luz, pero que sin duda procedían de un interés particular— decidió trasladar al séptimo Dalai Lama a un monasterio con aspecto de fortaleza, denominado Khadog, en territorio chino, más allá de Lithang. Kelsang Gyatso permanecería en aquel lugar seis años, dejando a los chinos las manos libres en todos los campos. Para cumplir con las formas, durante este periodo un lama respetado por todos sería investido en su papel de líder del linaje de los gelugpa, a la espera de que Kelsang Gyatso regresara a Lhassa.

Mientras el Dalai Lama aprovechaba su alejamiento para continuar enriqueciéndose espiritualmente bajo la guía de Palden Drakpa, el maestro espiritual del monasterio de Drepung, y luego de su sucesor Ngawang Chokden, su sustituto al frente de los «gorros amarillos» en Lhassa, el lama Tri Rinpoché, velaba como podía por la perpetuación de la institución espiritual tibetana y la integridad ética y moral de los monasterios. El panchen lama, por su parte, se encerraba en una prudente neutralidad, procurando, sobre todo, no ser «instrumentalizado» por el poder chino.

Al frente del gobierno, Gyalpo Miwang consiguió reconciliar a las diferentes facciones que se habían opuesto al mando del Estado tibetano, instaurando un equilibrio precario y el regreso efectivo a un inicio de confianza recíproca. A largo plazo, esta escucha y este respeto del otro permitirían incluso minimizar en gran parte el papel de los representantes de Pequín al frente del Tíbet, devolviendo en unos años a las instituciones tibetanas una legitimidad de pleno derecho.

No fue hasta entonces cuando, considerando probablemente que la estabilidad había sido duraderamente adquirida en las altas esferas del poder, el emperador manchú Yung Cheng autorizó el retorno del séptimo Dalai Lama a Lhassa. Sin embargo, a esas alturas estaba ya claro que Kelsang Gyatso no recuperaría el control de los poderes temporales que tuvieron sus predecesores y que

correspondían entonces a la dignidad de Dalai Lama, porque continuaron perteneciendo a un mandatario investido por el emperador chino, primero Gyalpo Miwang y luego uno de sus hijos, Gyurmé Namgyal.

Cuando Yung Cheng desapareció en 1735, después de doce años de reinado, Chien Lung le sucedió, y de entrada afirmó una benevolencia real con el budismo. De hecho, dos de sus primeras decisiones consistieron en recibir al panchen lama con fausto en la corte imperial de Pequín e iniciar las obras de construcción del «Templo de la Felicidad Suprema» en el recinto mismo de la ciudad imperial, que no sería terminado hasta diez años más tarde.

Recuperando la tradición eminentemente pastoral de sus predecesores, en el camino de regreso a Lhassa, Kelsang Gyatso se detuvo en todos los monasterios y bendijo a las comunidades monásticas y a los fieles que se agolpaban a su paso, reanudando así los rituales del linaje del que era heredero espiritual. Una vez instalado de nuevo en el Potala, el Dalai Lama retomó sus entrevistas regulares con el panchen lama, pero esta vez dirigiéndose al monasterio de Tashilhunpo, al que Lobsang Yeshe no deseaba volver a salir.

En esta misma época, la comunidad de religiosos multiplicó las peticiones de aprendizaje junto a su recuperado líder espiritual. Muy pronto, en el célebre marco del monasterio de Sera, Kelsang Gyatso ofrecería su gran saber a miles de monjes, en especial sobre los escritos de Tsongkhapa.

Cuando al fin recuperó la paz y la calma en el recinto del Potala, el Dalai Lama prosiguió con su búsqueda de conocimientos, siempre guiado por el viejo maestro del monasterio de Ganden que lo había acompañado en su exilio, Ngawang Chokden. Además, al igual que Rigdzin Gyatso, empezó a escribir poemas, arte para el cual pronto demostró tener evidentes disposiciones.

Cuando falleció el panchen lama, en el año 1737, el Dalai Lama se ocupó personalmente de las investigaciones para hallar su reencarnación y al año siguiente consagró al niño designado por los monjes: se llamaba Lobsang Jebtsun Palden Yeshe, y Kelsang Gyatso velaría para que recibiera la mejor formación espiritual adecuada a su rango.

Luego murió el abad de Ganden, el fiel tutor Ngawang Chokden, que se apagó en su retiro del monasterio de Reting, no sin que antes el Dalai Lama le confesara un reconocimiento eterno por el inmenso saber que le había

transmitido.

La situación general era bastante estable, pero la muerte del regente Gyalpo Miwang sumiría de nuevo al Tíbet en un periodo conflictivo, desde el momento en que su hijo Gyurmé Namgyal le sucedió y tomó las riendas del poder, en el año 1739.

En un primer momento, el nuevo regente respetó los acuerdos y las relaciones establecidas por su padre con Pequín, pero poco a poco fue tomando distancia con relación a los chinos, y, para empezar, reclamó que se retiraran del Tíbet tanto los representantes del emperador Chien Lung como sus tropas. Pequín se limitó a reducir ligeramente el contingente destinado en el Tíbet, manteniendo, sin esconderla, su política colonialista en la alta meseta tibetana.

Sin embargo, no contaba con la personalidad de Gyurmé Namgyal, que veía en el gesto de Pequín una apertura que le dejaba mayor libertad en su función de regente. Fortalecido por esta interpretación, muy personal, respecto a los hechos concretos, el nuevo señor del juego político en Lhassa soñaba con un poder personal todavía mayor: en este sentido, reanudó el contacto con los mongoles zungar, que, sin embargo, habían dejado siniestros recuerdos en la memoria de los tibetanos. En las semanas siguientes, los nuevos aliados establecieron un audaz plan con la intención de expulsar a los chinos del Tíbet, gracias a una intervención militar de los mongoles. Sin embargo, los espías de Pequín estaban por todas partes: no tardaron en enterarse de lo que se estaba tramando y enviaron al emperador informes muy precisos.

En su palacio de la ciudad imperial, Chien Lung no se alarmó con las noticias que le llegaron del Tíbet..., lo cual iba en contra de la reacción enérgica que esperaban impacientemente los dos amban destinados en Lhassa. Al ver que China no se tomaba sus informes en serio, los amban perdieron repentinamente los papeles y se lanzaron a la más peligrosa de las aventuras.

Sin ni siquiera informar al emperador y apoyándose en el fuerte sentimiento de descontento con la actuación del regente de una parte de la población tibetana, los dos chinos fomentaron un atentado contra este último y, finalmente, lo asesinaron con sus propias manos después de atraerlo con la trampa de una invitación a su cuartel.

Por desgracia, la operación había sido mal preparada y un miembro de la escolta

de Gyurmé Namgyal, también condenada a morir, consiguió escapar, dando la voz de alarma por las calles de Lhassa. Aterrado y asombrado por lo que acababa de producirse, el pueblo tibetano se reunió y marchó hacia la morada de los amban. El Dalai Lama, informado también de la terrible ejecución del regente, intentó calmar a la multitud, pero no pudo hacer nada: los guardias de los amban fueron asesinados y a ellos mismos no les quedó otra salida más que el suicidio.

Gracias a la intervención de Kelsang Gyatso, la efervescencia se redujo tan rápidamente como se había levantado, dejando entrever el inicio de una nueva crisis con China, aun cuando el Dalai Lama se dispuso a advertir en persona a Pequín de lo que acababa de ocurrir. La reacción imperial no se hizo esperar. No hubo enfrentamiento, porque cuando la tropa enviada por el emperador Chien Lung llegó a la capital reinaba la calma desde hacía bastante tiempo. Sin embargo, inmediatamente la presión china se hizo sentir con una fuerza acrecentada. Si bien el contingente de Pequín se había reducido a quinientos hombres desde hacía un año, la guarnición acogió pronto a más de mil quinientos hombres fuertemente armados. No obstante, lo más grave estaba por llegar.

En efecto, esta nueva explosión de violencia fortaleció la voluntad de Pequín de afirmar un dominio completo sobre el Tíbet. En respuesta a las exacciones que acababan de ser cometidas, el título de regente finalmente fue suprimido por Chien Lung, quien dictó, con fecha de 23 de abril de 1751, una prescripción que indicaba que el gobierno tibetano estaba situado bajo la responsabilidad del Dalai Lama y de cuatro ministros, los kalon. Así, el poseedor del poder espiritual recuperaba su derecho de precedencia en el gobierno y la administración de su país, pero, al mismo tiempo, una cláusula adicional limitaba enormemente esta libertad concediendo a los dos nuevos amdan delegados por Pequín el derecho a participar en el gobierno, lo cual equivalía a ejercer un control todavía más severo en las decisiones de este último, en particular en el ámbito siempre sensible y controvertido de las relaciones exteriores.

El Estado tibetano reanudó así, sobre las nuevas bases definidas por los chinos, una relativa estabilidad, con el Dalai Lama como líder espiritual indiscutible del país y, además, como garante oficial del poder temporal, aunque en realidad sus prerrogativas estaban ampliamente «enmarcadas» por los enviados de Pequín. Esta situación se prolongó durante cinco años, con decisiones que en todos los casos privilegiaban la política de Chien Lung.

En 1756, Kelsang Gyatso comunicó que había llegado el momento de tomar distancia con el poder temporal, que confiaba al Consejo de Ministros. Tras unas últimas enseñanzas ofrecidas a los monjes del monasterio de Sera, el séptimo Dalai Lama se retiró durante varios meses. Luego se sumió en una larga meditación y falleció el 22 de marzo de 1757. Igual que sus predecesores, sería inhumado en Lhassa, en el recinto del Potala. Dejaba tras de sí la imagen de un maestro que había sido el poseedor de una ciencia religiosa considerable, así como de un escritor con una obra poética considerada de importancia por los especialistas más eminentes de la literatura tibetana.

Jampel Gyatso, el octavo Dalai Lama

Una vez trascurrido el duelo oficial de Kelsang Gyatso, el proceso de búsqueda de la reencarnación del Dalai Lama fallecido se puso de nuevo en marcha. Monjes de los tres grandes monasterios (Sera, Ganden y Drepung) se reunieron y comenzaron las pesquisas. Como requería la tradición, durante semanas y meses recogieron las diferentes señales y presagios, recorrieron el país, escucharon a los testigos, recogieron indicios, rechazaron a veces declaraciones por ser demasiado «interesadas» y, sobre todo, estuvieron alerta ante cualquier rumor poco coherente.

Así fue como descubrieron, al fin, a un niño que se correspondía con lo que buscaban. Vivía en el pueblo de Thobgyal, en la provincia del Alto Tsang. El niño, nacido en julio de 1758, realizó todos los tests con mucho éxito, apenas impresionado por aquellos visitantes desconocidos que se dirigían a él.

Autentificado finalmente por el oráculo oficial, fue entronizado en el Potala el 28 de agosto de 1762 y luego fue confiado al panchen lama a fin de que este iniciara su educación espiritual y le atribuyera, además, su nombre definitivo. Esto tuvo lugar durante la ceremonia de los primeros votos (getsul) del joven Dalai Lama, que desde entonces se llamaría Jampel Gyatso («Océano de Mansedumbre y de Gloria»). Por supuesto, la corte imperial china ratificó oficialmente la designación del joven crío como la reencarnación de Lobsang Kelsang Gyatso.

Los primeros años de formación de Jampel Gyatso se desarrollaron en un ambiente general de paz y de serenidad que el Tíbet no había vivido desde hacía mucho tiempo. Las instituciones cumplían su función sin mayor problema y los representantes de Pequín no se hacían más presentes de lo necesario. Un monje fue designado para reemplazar al Dalai Lama durante sus años más tiernos, aunque no contaba con la función de regente. Se llamaba Demo Tulku, y Ngawang Tsultrim le sucedió en el año 1777; este último había sido en el pasado, durante casi quince años, el preceptor tibetano —y el consejero— del emperador chino Chien Lung.

Los años fueron pasando así, con un sabio equilibrio entre los imperativos gubernamentales del Tíbet, el poder espiritual representado por el joven Dalai Lama que se formaba en los misterios de su rango y la tutela china, que dejaba cierta autonomía a los dirigentes tibetanos.

Bajo la dirección del panchen lama Palden Yeshe, Jampel Gyatso mostró una auténtica dedicación al estudio, en compañía de los grandes maestros del budismo tibetano y los textos fundamentales de la doctrina en la más pura tradición que había presidido la elaboración espiritual de sus augustos predecesores.

En realidad, el Tíbet debía su relativa tranquilidad respecto de su imponente vecino chino al hecho de que Pequín estaba ocupada en contener las cada vez más apremiantes veleidades de expansión de los imperios occidentales, Rusia e Inglaterra, que no ocultaban su voluntad de anexionarse el máximo número de territorios posible.

Respecto a los rusos, el Imperio chino debía enfrentarse al problema de los mongoles kalmuk, que en el pasado habían sido empujados hacia el oeste, pero ahora se hallaban de nuevo desarraigados, esta vez hacia el este, y soñaban con recuperar las tierras de sus antepasados en Asia central. Ahora bien, para los rusos, la partida de los mongoles representaba un beneficio lucro cesante a todos los niveles; por tanto, se opusieron a ella, bloqueando a un gran número, mientras que el resto se ponía bajo la protección china. De ahí surgió la tensión casi palpable entre rusos y chinos.

En cuanto a los británicos, el conflicto se localizaba en el subcontinente indio; las tropas británicas habían ocupado una parte de este, por lo que no tardaron en constituir un problema para el emperador Chien Lung. En efecto, a medida que el Imperio mongol perdía poder, los ingleses ganaban terreno y se instalaban de manera permanente, pero también cada vez más ambiciosa respecto al control de las riquezas de este extenso continente, sobre el que consideraban, además, que tenían «derechos».

Sin embargo, no se podía volver a discutir así el equilibrio, a menudo ya precario, de una región. Cuando los ingleses llegaron a Bengala, el rajá de Bután se creyó perjudicado y lanzó a sus guerreros a la llanura oriental de Bengala. Lo hizo sin contar con la potencia colonial inglesa, que enseguida contestó y puso en dificultades a los butaneses; estos no vieron más salida que recurrir a la ayuda

del Tíbet y se dirigieron al panchen lama. Finalmente, como sabio astuto y gran diplomático, Palden Yeshe mitigó la crisis, disculpó la actitud de Bután y consiguió tranquilizar a los ingleses. Por otra parte, todo esto tuvo como consecuencia que George Boyle, súbdito británico enviado por Warren Hastings, gobernador de Bengala, realizara una visita al panchen lama en Tashilhunpo de casi un año de duración (1774-1775).

En definitiva, esta intervención del panchen lama reforzó notablemente su prestigio personal ante el emperador chino, que ya lo tenía en gran estima. Sin embargo, contra todo lo esperado, estas idílicas relaciones no durarían mucho.

Palden Yeshe era, ante todo, un tibetano. Y, en este sentido, a pesar de la gran diplomacia que sabía demostrar, aceptó mal —y este término es muy suave— el dominio de los chinos en su país. Los cambios que se perfilaban en esta región del mundo, con el fuerte impulso del colonialismo de la Europa occidental, constituían para Palden Yeshe una oportunidad inesperada de tejer vínculos con nuevos países y, en cierto modo, acabar con las relaciones políticas y comerciales limitadas a China. En otras palabras, allí donde el emperador Chien Lung veía agresiones por parte de terceros países, el panchen lama percibía posibilidades de apertura para su país, susceptibles de aflojar la cuerda china que tanto apretaba a los dirigentes tibetanos. Al facilitar el comercio con los ingleses, Palden Yeshe pensaba favorecer una nueva relación de fuerzas en la región, vivificando en los espíritus británicos la vieja idea de una ruta comercial que uniera Occidente con China. Ruta que, además, de paso permitiría hacerse con las riquezas mineras subterráneas de la alta meseta tibetana.

Sin embargo, los planes del panchen lama no pasaron desapercibidos ni en Lhassa ni en la corte imperial de Chien Lung. Los kalon del gobierno tibetano siguieron mostrándose suspicaces con los extranjeros y los amban enviados por Pequín se indignaron ante el intento de acercamiento del panchen lama a los británicos. De modo que unos y otros mostraron un rechazo categórico cuando George Boyle, queriéndose imponer todavía más, pidió audiencia al Dalai Lama. Finalmente el británico dejó el Tíbet en el año 1775 sin haberse entrevistado con el líder espiritual tibetano.

Aparentemente para suavizar las relaciones que, poco a poco, se habían vuelto tensas entre Pequín y Lhassa, preocupado aún por mantener un equilibrio viable para su país, el panchen lama decidió finalmente, en el año 1778, aceptar la invitación del emperador Chien Lung de ir a Pequín. Además de tener en cuenta

la carga política que la visita implicaba, el panchen lama sabía que el emperador se mostraba muy sensible con los fundamentos del budismo, hasta el punto de haber hecho traducir al chino antiguos textos mongoles y tibetanos.

De camino hacia la capital china, Palden Yeshe y su séquito se detuvieron en Lhassa, donde el panchen lama recibió los votos de ordenación de segundo grado (gelong) de Jampel Gyatso, que proseguía su iniciación espiritual de cara a asumir plenamente su rango de octavo Dalai Lama.

Al llegar a Pequín, en el verano del año 1780, el panchen lama se alojó en el suntuoso palacio edificado en el pasado para el quinto Dalai Lama. Por desgracia, la estancia del panchen lama duró poco: en noviembre, sucumbió a la viruela. Al término de un gran luto oficial, en el mes de noviembre de 1781, su cuerpo fue repatriado hasta Tashilhunpo. Su reencarnación se encontró poco después en la persona de un niño que respondía a todos los criterios de selección; pronto sería llamado Tempai Nyima y se convertiría en el cuarto panchen lama.

El futuro demostraría que Palden Yeshe había sido un hábil diplomático y un astuto político, que había conseguido mantener una estabilidad relativa para su país, a pesar de la juventud y la inexperiencia del Dalai Lama, por una parte, y de las presiones chinas y las intrigas en el seno mismo del gobierno tibetano, por la otra. A pesar de las esperanzas puestas en ellos, sus sucesores no demostrarían contar con la misma clarividencia, y la alta meseta tibetana se sumiría de nuevo en las angustias de la discordia.

Así ocurrió especialmente cuando los hermanos del panchen lama difunto se querellaron por cuestiones de poder. Algunos lamas veían con buenos ojos la vuelta a una buena posición de los «gorros rojos», quienes, apoyados por uno de los hermanos de Palden Yeshe, recurrieron al Nepal para resolver la crisis.

Ahora bien, desde hacía años, importantes diferencias comerciales enfrentaban al Nepal y al Tíbet, que no habían conseguido ponerse de acuerdo acerca de los derechos imputados a los mercaderes nepaleses que importaban sal procedente del Tíbet. En varias ocasiones, los dirigentes habían intentado instalar establecimientos de intercambio en suelo tibetano, pero el panchen lama, inflexible, siempre se había negado. La llamada de auxilio de uno de sus hermanos ofrecía de repente una ocasión inesperada a los nepaleses de cruzar la frontera y penetrar en ese Tíbet que durante tanto tiempo les había estado prohibido y que, según parecía, contaba con riquezas minerales inigualables —

sin olvidar los tesoros que ocultaban los innumerables monasterios.

Así pues, los gurkas nepaleses entraron en el Tíbet en abril de 1790, derrotaron a los pocos contingentes tibetanos y chinos que intentaron detenerlos, se hicieron con varias ciudades y no se detuvieron hasta llegar muy cerca de Lhassa. Hubo un gran sobresalto en la capital, donde esta expedición fue considerada de una gravedad extrema. Sin embargo, las fuerzas presentes y la guarnición de Lhassa no permitían oponer una resistencia frontal real a los intrusos. En consecuencia, los amban y el general chino en el lugar decidieron negociar con los nepaleses, forzando a los tibetanos a ponerse de acuerdo con ellos en lo referente al comercio.

Los nepaleses deseaban conservar y anexionar las tierras recientemente conquistadas; sin embargo, al término de ásperas discusiones, el gobierno tibetano finalmente cedió sólo al pago de un tributo anual de cincuenta mil rupias como compensación por los impuestos que tenían que pagar anualmente en la frontera entre ambos países.

El general chino que había tratado con los invasores decidió enviar un informe a Pequín —marcadamente elogioso para sí mismo— acerca de la crisis y el resultado acordado, que parecía satisfacer a todo el mundo. O a todos menos al emperador Chien Lung, porque inmediatamente dio a conocer al interesado su más intenso descontento, empujando a este último al suicidio.

Sin embargo, el asunto nepalés no acabó aquí. Por mucho que les hubieran obligado a firmar el acuerdo, no por ello los tibetanos dejaban de considerar que estaban en su pleno derecho a oponerse. Efectivamente, el primer año pagaron el tributo convenido, para calmar los ánimos, pero luego se negaron a continuar haciéndolo, argumentando que el Dalai Lama no había ratificado en persona el acuerdo en cuestión.

Evidentemente, los nepaleses se enfadaron, se dispusieron a reunir un contingente y cruzaron de nuevo la frontera, esta vez con casi veinte mil hombres. El 28 de septiembre de 1791, Shigatsé fue tomada y saqueada. La reacción de China no se hizo esperar. Después de pedir a los nepaleses que les entregaran al hermano del panchen lama —Cha-Mar-Pa, el supuesto autor de estos disturbios—, Pequín decidió acabar con la revuelta nepalesa. En unas semanas, llegaron a Lhassa más de setenta mil hombres armados. Sin embargo, habría que esperar a mayo de 1792 para que la batalla de Tingri acabara con las

esperanzas nepalesas: los supervivientes no tuvieron más remedio que huir, perseguidos con ardor por los tibetanos, que se habían unido a los chinos para expulsar a los intrusos del país.

Tras sufrir un prudente rechazo por parte de los británicos, a quienes habían solicitado ayuda en su derrota, finalmente los nepaleses se vieron obligados a llegar a un acuerdo, por el que se comprometían, por una parte, a devolver el producto de los saqueos cometidos en Shigatsé y, por otra, a pagar un tributo a Pequín cada cinco años.

Una vez más, pasada la crisis, pesarían sobre el Tíbet los recientes acontecimientos, porque la posición de China en la alta meseta tibetana se veía reforzada un poco más, si cabía. Argumentando una falta de rigor que había permitido a la incursión nepalesa alcanzar tal nivel, el emperador Chien Lung castigó a quienes se habían aliado con Nepal y luego reforzó su presión iniciando pura y llanamente una reforma de las instituciones tibetanas, a fin de que ese tipo de conflictos entre vecinos no volviera a producirse.

A partir de entonces los representantes de Pequín estuvieron más implicados y tuvieron mayor responsabilidad y competencia a la hora de opinar acerca de la administración del Tíbet, en acuerdo con el Dalai Lama y el panchen lama. En todos los ámbitos de la vida pública —empleos de alto nivel, finanzas, justicia, comercio...—, las decisiones principales debían contar con el acuerdo de los amban chinos. Con el propósito de poner fin a los problemas monetarios, se creó una moneda de plata.

Por otro lado, el poder espiritual también se vio afectado por estas nuevas disposiciones. En efecto, Pequín puso intensamente en duda el proceso de designación de los dignatarios eclesiásticos, en particular la elección del Dalai Lama por reencarnación. El principio de los títulos hereditarios también se puso en duda, con el pretexto de que así se permitía acceder a cargos de responsabilidad a personas incompetentes que no estaban capacitadas para asumirlos. Esta nueva intervención de China en los asuntos espirituales tibetanos fue finalmente expuesta en un edicto imperial que el emperador Chien Lung hizo llegar a Lhassa en el año 1793 y cuyos pasajes más importantes afectaban a las altas instancias tibetanas: «El Dalai Lama y el panchen lama son los discípulos más elevados de Tsonkhapa. Durante siglos han sido los dirigentes de la escuela de los “gorros amarillos” y son profundamente reverenciados por los mongoles y los tibetanos. Durante estos últimos tiempos, los métodos empleados para

designar a sus reencarnaciones no han sido afortunados y han debilitado su significado espiritual. Además, las preferencias personales han hecho que se atribuyera a miembros de familias de khanes, príncipes o duques oficios que se convierten así en poco más que beneficios hereditarios. La ley búdica no reconoce dichos principios.

»[...] Nosotros, protectores de la escuela de los «gorros amarillos» y deseosos de corregir estos abusos que ya duran demasiado, hemos mandado fabricar una urna de oro y hemos designado a unos oficiales para acompañarla hasta Lhassa e instalarla en el templo de Jokhang. Cuando, en conformidad con la tradición, el Dalai Lama, el panchen lama o cualquier otro Gran Lama se reencarne, se hará una selección entre los niños que presenten señales de la reencarnación; el nombre y la fecha de nacimiento de cada uno de ellos serán escritos en una tablilla que será colocada dentro de la urna. Durante una semana se celebrarán servicios religiosos. Luego, en presencia de los amban, se extraerá una tablilla de la urna, se presentará públicamente a todos los asistentes y así será designada la reencarnación».[21]

Este texto garantizaba un dominio todavía más fuerte de los chinos en el conjunto de la vida política, económica y espiritual del Tíbet, lo que significaba que a partir de entonces los aspectos de la vida cotidiana eran regulados casi por completo por China. Los hechos demostraban, en efecto, que toda intervención de Pequín procedía ahora de una voluntad política basada en cálculos a largo plazo: estaba claro, en el espíritu del señor de la corte imperial, que el Tíbet era una «propiedad» china. Desde ese momento ya no se trataba, para Pequín, más que de hallar un equilibrio sutil entre el representante oficial del budismo tibetano —el Dalai Lama—, que encarnaba el más alto grado de espiritualidad, y el sistema de valores del Imperio chino, que velaba por la paz y la seguridad en la meseta tibetana, todo a fin de que cada representante de un sistema de pensamiento conservase su dignidad y las prerrogativas surgidas de su pueblo.

Huelga decir que los textos oficiales de Pequín quedaron en papel mojado, porque los tibetanos estaban empeñados en conservar intactas sus tradiciones, tanto en lo referente a los asuntos del Estado, como a la designación de los Dalai Lamas, demostrando en varias ocasiones cómo se podía eludir fácilmente una ley considerada inicua e inadaptada. El pueblo conservaría siempre en su espíritu esta singularidad, esta libertad de pensamiento y esta espiritualidad que en todo momento habían conformado su especificidad, a pesar de los múltiples intentos por sojuzgarla.

En cuanto al octavo Dalai Lama, Jampel Gyatso, superaría las pruebas de su época sin implicarse en ellas realmente, más preocupado por la búsqueda espiritual que por dejar huella en los asuntos temporales de su país. Desapareció en 1804, cuando tenía solamente cuarenta y seis años, sin haber salido en realidad del capullo que lo había visto nacer.

Destinos trágicos

Lungtok Gyatso, el noveno Dalai Lama

Como era de esperar, no fue el emperador Chia Ching, ni la urna de oro de Chien Lung, a quien aquel había sucedido en 1796, quienes eligieron el nombre del noveno Dalai Lama, sino la designación tradicional tibetana, en conformidad con los rituales consagrados desde hacía tanto tiempo.

Al cabo de casi tres años de búsqueda, los monjes de Sera, Ganden y Drepung, guiados como de costumbre por las señales, los presagios y los rumores, localizaron al fin a un niño que respondía a los criterios de base en un pueblo del Kham, de nombre Denma Thubten Chokor. Una vez en el lugar, la delegación dirigida por el panchen lama no tuvo ninguna dificultad, basándose en los tests, para autentificar en el joven niño la reencarnación de Jampel Gyatso.

En las semanas siguientes, el joven maestro espiritual fue llevado a Lhassa, al mismo tiempo que un mensaje del Gran Consejo tibetano informaba a los chinos de la identificación del sucesor de la casta de los Dalai Lamas. A cambio, Chia Ching oficializó esta designación y concedió a la familia del elegido títulos de nobleza inherentes a su augusto descendiente.

Pequín había comprendido perfectamente que la opción de la jerarquía espiritual tibetana no había tenido en cuenta le recomendación china de proceder a un sorteo por medio de la urna de oro ofrecida por Chien Lung. Sin embargo, la opción de los tibetanos fue confirmada, con la precisión, no obstante, de respetar la regla dictada por Pequín durante el siguiente nombramiento de un niño para el rango de Dalai Lama.

Así pues, el 20 de noviembre de 1808 el nuevo líder espiritual tibetano fue entronizado en Lhassa, en el recinto del Potala. El panchen lama en persona presidió la ceremonia y atribuyó al joven Dalai Lama su nuevo nombre: a partir de entonces se llamaría Lungtok Gyatso («Océano de Profecías»). A partir de esa fecha, el niño comenzó su iniciación a la vida austera y estudiosa de los Dalai Lamas. Lungtok Gyatso se mostraba vivo y despierto, animado por una inteligencia evidente y con avidez por aprender.

Mientras la situación general del Tíbet parecía haberse estabilizado durante un

tiempo —a pesar de algunos conflictos internos entre facciones religiosas—, el heredero espiritual del Tíbet crecía en un ambiente ideal para la formación que estaba destinado a recibir, bajo la mirada complaciente del panchen lama y de los principales maestros tibetanos de su tiempo. Sin embargo, no podía decirse que el Tíbet hubiese encontrado en el crío el garante de su equilibrio y de su estabilidad futuros. Probablemente después de coger frío durante el festival anual de Monlam, a principios del año 1815, Lungtok Gyatso contrajo una neumonía y falleció en pocos días. Tenía sólo nueve años. Su desaparición sumió al Tíbet en el estupor y el dolor. Para los grandes lamas de los principales monasterios de Sera, Ganden y Drepung, la desaparición prematura del noveno Dalai Lama era un indicador de que los tiempos estaban cambiando. La perpetuación espiritual del Tíbet había quedado perturbada, ya que, al parecer, el fallecimiento de Lungtok Gyatso señalaba una ruptura flagrante con la armonía que había presidido en el pasado el destino eminentemente espiritual de la alta meseta tibetana. De hecho, los acontecimientos futuros demostrarían que el Tíbet nunca volvería a ser el remanso de paz y serenidad que había sido hasta entonces.

Lobsang Tsultrim Gyatso, el décimo Dalai Lama

Como si una máquina infernal hubiera sido activada de repente, poco después de la muerte de Lungtok Gyatso el monasterio de Samyé fue presa de las llamas, que destruyeron para siempre algunos de los escritos sánscritos más raros. Puesto que era el monasterio más antiguo de todo el Tíbet, albergaba una cantidad inigualable de manuscritos y libros, que desaparecieron repentinamente, hecho que constituyó una nueva señal nefasta, que se sumaba a las observadas con anterioridad.

Durante los meses que siguieron a la muerte del noveno Dalai Lama, las búsquedas por encontrar su reencarnación se iniciaron según las prácticas habituales. Cuando al fin se localizó a un niño, en la provincia del Kham, cerca de Lithang, en un pueblo llamado Nastod Norbugron, todas las atenciones se dirigieron a él. Había nacido en 1816 y tenía ya seis años. Se repitió el proceso de identificación, y las respuestas del niño estuvieron a la altura de las expectativas de la delegación de monjes. Así pues, se llevó al muchacho a Lhassa y se informó a Pequín del descubrimiento del nuevo Dalai Lama.

Sin embargo, una vez más, los chinos quisieron intervenir en los asuntos tibetanos, o más bien hacer respetar los acuerdos firmados en el pasado. De nuevo, tropezaron con el proceso de designación, que pronto constituyó un problema entre los dos países. Mientras que para el panchen lama y las altas instancias religiosas no cabía duda en cuanto a la identidad del nuevo líder espiritual tibetano, Pequín insistía en que fuera respetado el modo de selección por sorteo instaurado por Chien Lung y dio instrucciones en este sentido: el nombre del niño debía escribirse en un pedazo de papel e introducirse en la urna de oro junto con el de otros dos pretendientes al cargo. Esto resultaba tan inconcebible para los tibetanos —y lejano a la realidad espiritual de la transmisión por reencarnación— que, al final, en lugar de doblegarse ante las órdenes del emperador Chia Ching, sobornaron a uno de los amban chinos destinados en Lhassa. Así pues, como por casualidad, el nombre del joven identificado por la delegación de lamas fue extraído de la urna durante una ceremonia pública solemne, el 6 de febrero de 1822. De inmediato se envió un informe a Pequín, que esta vez dio su conformidad y avaló la elección.

El nuevo Dalai Lama empezó entonces su iniciación, bajo la dirección del panchen lama Tenpai Nyima, que le dio su nombre definitivo: se llamaría a partir de entonces Lobsang Tsultrim Gyatso («Océano de Moralidad»). Su formación duraría casi doce años, al término de los cuales pronunciaría sus votos de entrada definitiva en la vida monástica, en marzo de 1834. Mientras tanto, el Tíbet experimentó una evolución que también marcaba un cambio de época. Cada vez era más evidente que los poderes temporal y espiritual estarían separados para siempre: el tiempo en que el Dalai Lama era el garante del poder en todos los ámbitos parecía haber quedado atrás irremediablemente.

Al cabo de los años, se hizo difícil hacer convivir de un modo armonioso las tradiciones tibetanas y las aspiraciones a la modernidad de las nuevas generaciones. En este sentido, la presión de los occidentales planteaba graves problemas al Imperio chino, que veía sus prerrogativas comerciales «encogidas» debido a acuerdos de comercio que realmente no podía rechazar. Sólo la fe tibetana y el fervor de los lamas parecían intactos, generando siempre muchas vocaciones —hasta el punto de que en el año 1845 había unos tres mil seiscientos monasterios, ocupados por más de ochenta mil monjes.

Sin embargo, en el marco del poder temporal era donde la evolución de la sociedad tibetana resultaba más evidente, y, como consecuencia de ello, cada día se distanciaba más de las tradiciones ancestrales del Tíbet. En realidad, se exportaban al Tíbet la organización y la estructura estatal chinas. Los asuntos eran administrados cada vez más bajo el control y a la manera de los chinos, si bien seguía siendo la nobleza tibetana la que ocupaba la mayor parte de los cargos oficiales. En todos los niveles, seguía siendo obligatorio solicitar la conformidad de los amban —esto es, de Pequín— antes de tomar una decisión, lo cual coartaba la responsabilidad tibetana, dejándola en una situación que muchos consideraban insostenible. Habían conseguido la paz, sin duda, pero a qué precio...

Salvo un enfrentamiento con el Cachemir, que acabó con la victoria de las tropas tibetanas, el Tíbet no sufrió ningún conflicto particular a principios del reinado espiritual de Lobsang Tsultrim Gyatso. Por desgracia, nuevamente la mala suerte golpeó al Tíbet, que pasaba de un infortunio a otro: de repente, sin explicaciones concretas, el décimo Dalai Lama falleció el 30 de septiembre de 1837, con apenas veintiún años de edad. Se habló de la caída del techo de su habitación en el recinto del Potala, de una larga enfermedad e, incluso, de un acto malintencionado perpetuado por instigación del regente. Sin embargo, esa

muerte fue, en definitiva, todo un misterio y un choque terrible para la comunidad religiosa y la mayoría de la población tibetana, que, a pesar de la evolución de los tiempos, nunca había dejado de venerar a su Dalai Lama.

Lobsang Khedrup Gyatso, el undécimo Dalai Lama

En Lhassa y en el conjunto de la alta meseta tibetana, la desaparición de tres Dalai Lamas en treinta y tres años marcó bastante los espíritus. Nunca en el pasado el Tíbet se había sentido en un desamparo espiritual semejante. Para el pueblo, tan vinculado a las señales y los presagios, a la tradición religiosa más pura, se estaban borrando los puntos de referencia, y parecía que desaparecían las raíces culturales de las generaciones pasadas. Y no eran los militares ni los amban chinos, los comerciantes nepaleses o indios, los artistas musulmanes o los viajeros occidentales, con sus propias costumbres, quienes estaban cambiando nada. Sin duda, eran tiempos de incertidumbre, y de múltiples preguntas, a fin de intentar comprender lo que había podido hacer mal el pueblo tibetano para ser interpelado y herido de ese modo.

En este ambiente más que sombrío, mientras a las puertas del país se preparaba en silencio la guerra entre chinos y británicos, el regente Samadhi Bakshi inició la búsqueda de la reencarnación de Tsultrim Gyatso. Desde 1819, fecha de su acceso al poder, el lama originario de Amdo había puesto en marcha el engranaje de un poder personal fuerte y duradero de manera paciente y minuciosa. Así, había conseguido influir sobre los amban chinos y los kalon del gobierno tibetano, puesto que tanto unos como otros habían demostrado su poca envergadura política y, en definitiva, se alegraban de que se les descargara de sus muchas responsabilidades.

Con poca prisa por ver a un guía espiritual creciendo junto a él, el regente inició la búsqueda de la reencarnación del décimo Dalai Lama sin precipitación, sabiendo, como diplomático astuto, que el tiempo jugaba a su favor. Así, los monjes de la delegación de los tres grandes monasterios tardaron más de tres años en encontrar, al fin, al que buscaban en la persona de una joven criatura nacida en octubre de 1838 en una región situada en los límites del Kham y de Sichuan.

Otros tres años pasaron antes de que la ceremonia del «sorteo» deseada por Pequín se desarrollara en público en Lhassa, el 8 de septiembre del año 1841, en presencia del enviado del emperador Tao Kuang. Como había ocurrido

anteriormente y sin que los representantes chinos sospecharan nada, el «azar» hizo bien las cosas y el niño designado por el poder espiritual fue finalmente reconocido como la reencarnación de Tsultrim Gyatso. Menos de un año más tarde, en mayo de 1842, en el Potala, el panchen lama Tenpai Nyima entronizó oficialmente al undécimo Dalai Lama y le dio su nombre definitivo: Lobsang Khedrup Gyatso («Océano de Saber y de Realización Personal»).

Empezó entonces para el joven Dalai Lama, portador de todas las esperanzas tibetanas, una iniciación según los ritos establecidos desde hacía varias generaciones, bajo la benevolente protección del panchen lama y con las enseñanzas de los lamas más eruditos del momento. Al mismo tiempo, el regente usó y abusó de sus prerrogativas temporales, multiplicando abusos e injusticias, procurando presentar un «perfil bajo» a la corte imperial de Tao Kuang, de quien conservaba todavía la confianza. No obstante, sus exacciones alimentaron un resentimiento creciente entre la población tibetana, que veía con malos ojos esta desviación del poder temporal para beneficio de un lama que, poco a poco, se había convertido en un dictador sin moral. La ira popular alcanzó su paroxismo cuando el regente dio un paso más y pretendió desplazarse en silla de manos precedida por un palio, privilegio desde siempre acordado únicamente al Dalai Lama y al panchen lama. Era demasiado. Unos emisarios tibetanos contactaron con Pequín para poner fin a los abusos de Samadhi Bakshi, que finalmente fue detenido y exiliado a Manchuria.

La paz civil pudo entonces recuperar sus derechos, con el panchen lama ejerciendo el poder al frente de los asuntos temporales durante un ínterin de unos meses, antes de que se nombrara un nuevo regente en 1845. Se trataba de Yeshe Rating, que en compañía del Consejo de Ministros tibetano pronto restableció la estabilidad social.

El joven Dalai Lama seguía su iniciación según las ancestrales reglas tibetanas; el poder temporal era de nuevo coherente; los años pasaban al fin en calma y con la perspectiva de un posible regreso a la normalidad. Es cierto que los sobresaltos políticos externos al Tíbet, sobre todo los conflictos entre chinos y británicos, inquietaban a los tibetanos, pero por el momento la paz interior estaba garantizada y permitía gozar de una apariencia de equilibrio después de los sufrimientos pasados.

Fue entonces cuando Tenpai Nyima, el anciano panchen lama, de ochenta años, falleció, en 1854. Su reencarnación, nacida ese mismo año, sería pronto

identificada en un joven muchacho que se convertiría en el quinto panchen lama con el nombre de Chokyi Drakpa.

Al año siguiente, el undécimo Dalai Lama fue al fin entronizado, en marzo de 1855, en el recinto del Potala, como dictaba la tradición. Tenía diecisiete años, y su formación espiritual lo había convertido en un ser que, en opinión de todos, era muy despierto y, sobre todo, consciente del papel que iba a desempeñar en la historia del Tíbet. De este modo se convirtió en el poseedor del poder espiritual, y, al mismo tiempo, el regente quedó borrado para delegar en él la responsabilidad del poder temporal.

A modo de prueba sobre su aptitud para dirigir el Tíbet, Khedrup Gyatso tuvo que hacer frente, un año después de su entronización, a una nueva incursión de los nepaleses en el Tíbet, que rompían así de manera flagrante el tratado de 1792. Transcurrieron dieciocho meses de duros combates en la alta meseta tibetana antes de que ambos países llegaran a un nuevo acuerdo, ratificado y firmado en marzo de 1856. Este acuerdo instauraba las reglas para la paz y las relaciones de buena vecindad e incluía normas para el comercio y los residentes de cada país en territorio vecino. Sin embargo, esta salida, que sellaba un nuevo entendimiento entre los dos gobiernos, no llegó a ser conocida por la persona principal del Tíbet, porque, para consternación general, Khedrup Gyatso falleció el 31 de enero de 1856, a la temprana edad de dieciocho años. Una vez más, y en una inquietante repetitividad, no se sabría jamás la verdadera causa de la muerte del Dalai Lama

Lobsang Trinley Gyatso, el duodécimo Dalai Lama

Tras la muerte de Khedrup Gyatso, se solicitó al antiguo regente, Yeshe Rating, que se encargara de los asuntos tibetanos y tomara las riendas del destino de un Tíbet literalmente traumatizado por este nuevo golpe de suerte. Tibetanos y chinos se felicitaron por esta oportunidad, que permitió al país no sumirse, además, en un caos organizativo. Durante las semanas siguientes, Yeshe Rating puso en marcha el proceso de búsqueda de la reencarnación del Dalai Lama difunto, y muy pronto la delegación compuesta por monjes de Sera, Drepung y Ganden se puso manos a la obra. Después de casi dos años fueron identificados tres jóvenes muchachos susceptibles de cumplir, en un primer grado, con lo que buscaban los monjes. Al parecer, por una vez, la regla establecida por los chinos debía ser respetada. Todos los testigos afirmaban que el niño nacido en diciembre de 1856, y cuyo nombre salió finalmente de la urna de oro de Chien Lung, era, efectivamente, el duodécimo Dalai Lama.

Sin embargo, teniendo en cuenta el rigor y la vigilancia espiritual de los más altos dignatarios eclesiásticos tibetanos, podemos preguntarnos acerca de la precisión de dicha elección: o bien el sorteo había sido llevado a cabo de manera simbólica, como en el pasado, designando al niño que ya había sido elegido previamente por los monjes, o bien había sido efectivamente el azar el que había actuado... y los hechos venideros podrían tener una resonancia muy particular de que así había sido.

De cualquier modo, el sucesor de Khedrup Gyatso fue designado oficialmente y entronizado el 26 de febrero de 1858. Puesto que el panchen lama titular, Chokyi Drakpa, no estaba capacitado para dar su nombre definitivo al duodécimo Dalai Lama —porque sólo tenía cuatro años de edad—, fue Yeshe Rating quien tuvo, finalmente, dicho privilegio: el nuevo maestro espiritual del Tíbet iba a llamarse Lobsang Trinley Gyatso («Océano de las Obras de Buda»). Empezó entonces, en la más pura tradición tibetana, una iniciación que duraría años para forjar el espíritu de quien ahora era ya el guía espiritual del Tíbet, pero no podía asumir todavía su cargo.

En cuanto al poder temporal, Yeshe Rating tenía mucho trabajo debido a las

intrigas y las luchas de influencia que minaban las más altas esferas del gobierno tibetano. Todo conducía a creer que los valores morales y éticos que habían presidido en el pasado el equilibrio y la armonía de la sociedad tibetana se habían desvanecido y habían dejado vía libre a bajas consideraciones de intereses personales, con las relaciones de alto nivel haciendo y deshaciendo lo que algunos consideraban desde entonces «carreras».

Así sucedió cuando Yeshe Rating, después de que tuviera conocimiento de determinadas malversaciones, mandó arrestar al kalon Gyalpo Shatra, acusado de desviación de subvenciones para beneficio del monasterio de Drepung. Sin embargo, utilizando sus contactos, el acusado consiguió salir libre y aprovechó esta ventaja para nombrar a su cómplice en Drepung para el rango de kalon, antes de perseguir a Yeshe Rating por fraude en la elección del Dalai Lama. El regente no tuvo más remedio que huir, y fue a refugiarse a China, donde solicitó ayuda al emperador Tung Cheh. Finalmente fue atendido, pero murió durante el largo camino de regreso al Tíbet.

Mientras tanto, el infame Gyalpo Shatra detentaba las riendas del poder temporal en Lhassa. Sin embargo, su «reinado» duró poco, porque falleció en 1864, y pronto fue reemplazado por uno de sus allegados, Palden Dondrup. Este último en unos meses se hizo cargo de los asuntos del Tíbet de manera enérgica, mandándose llamar primer ministro y gran chambelán con objeto de asegurarse un poder en exclusiva. Así mismo, aprovechó para controlar, en parte, el poder espiritual nombrando a un asistente para el joven Dalai Lama, Khenrab Wangchuk, un monje del monasterio de Drepung.

Sin embargo, no bastaba con colocarse al frente del Estado para gobernar; también —y sobre todo— era necesario tener competencias para hacerlo. Ahora bien, los hombres que entonces se encargaban de la dirección temporal del Tíbet estaban lejos de asumir realmente dicha función. En consecuencia, se asistía lógicamente a una especie de «delicuescencia gubernamental», con luchas internas entre clanes, rivalidades de poder entre familias espirituales y monasterios que intentaban sobresalir por encima de los demás, como en el pasado. Las intrigas de palacio eran algo habitual, y nadie escapaba a ellas. Después de monopolizar el resentimiento de la población, a la que había ahogado en impuestos, Palden Dondrup, convertido en un primer ministro de poca envergadura, finalmente tuvo que huir y se refugió en el monasterio de Ganden, antes de suicidarse.

Entonces le llegó el turno al «asistente» del joven Dalai Lama, Khenrab Wangchuk, que se autoproclamó poseedor del poder temporal. Contra todo lo esperado, el anciano lama de Drepung devolvió al país una apariencia de estabilidad: principalmente revisó la institución del poder tibetano y reemplazó el kashag —gabinete compuesto por los cuatro kalon— por una verdadera Asamblea Nacional (tsongdu) representativa de los tres grandes monasterios (Drepung, Ganden y Sera) y de las principales administraciones gubernamentales.

Con el paso de los años el Tíbet recuperó una paz interior que le permitió volver a levantarse económica y políticamente de cara al exterior. Cuando Khenrab Wangchuk falleció en 1872, tras ocho años en el poder, el Tíbet disponía de nuevo de un gobierno coherente y eficaz, además de estar experimentando una evolución iniciada desde hacía ya unas cuantas décadas.

Con diecisiete años, Trinley Gyatso ahora ya era capaz de gobernar. Aceptó el cargo, por petición del Consejo de Ministros y de la Asamblea Nacional, y fue declarado oficialmente poseedor de los poderes espiritual y temporal el 12 de marzo de 1873.

Sin embargo, el Tíbet no había acabado con la mala racha experimentada en el pasado. Apenas dos años después de haber asumido sus funciones, Trinley Gyatso decidió peregrinar a los lugares santos de Chokhorgyal, y, según cuentan, contrajo muy pronto una enfermedad que se lo llevó en unos días. Falleció el 25 de abril de 1875 con sólo diecinueve años. En realidad, la causa auténtica de la muerte del duodécimo Dalai Lama nunca sería establecida con certeza; rumores de todo tipo corrieron por el país, como había ocurrido con los anteriores Dalai Lamas fallecidos prematuramente. Altos funcionarios fueron detenidos, y los validos fueron condenados, pero, en definitiva, el secreto siguió bien guardado. Sólo hubo una cosa cierta: el Tíbet se sumió de nuevo en la incertidumbre y avanzó sin rumbo, tras haber perdido al guía espiritual que tanto necesitaba en esos tiempos en que un mundo en transformación permanente estaba zarandeando de manera muy peligrosa la cultura y las tradiciones tibetanas.

Los caminos hacia el exilio

Tras la muerte de Trinley Gyatso, el Tíbet de nuevo quedó trastornado en sus fundamentos más esenciales. Es cierto que el poder temporal seguía estando ahí y podía dirigir perfectamente el destino político y económico del país, pero el nervio motor del pueblo tibetano siempre había sido y continuaba siendo la espiritualidad.

Para todos los tibetanos, sin duda, la desaparición del duodécimo Dalai Lama constituía una nueva señal del destino con aspecto de oscuro presagio. ¿Cómo interpretar de otro modo esa terrible fatalidad que parecía ensañarse con el linaje de los Dalai Lamas? ¿Había perdido su valor y su autenticidad la que en el pasado había sido la más noble y pura de las instituciones? ¿Acaso la irrupción de la modernidad en las tradiciones de antaño, de un nuevo orden geopolítico del mundo, había arrasado con los descendientes de Avalokiteshvara, hasta el punto de hacerlos desaparecer antes de que pudieran cumplir con su sagrada misión? ¿O había que pensar que más de un siglo y medio de colonización china, como elemento de perversión de los ritos y las costumbres, había echado a perder la fe de los tibetanos hasta el punto de que ya no eran dignos de honrar a un Dalai Lama?

En todos los niveles de la sociedad, preguntas y pensamientos atormentaban a los tibetanos, pero la vida seguía adelante, con un imperativo evidente de primer orden: encontrar lo antes posible la reencarnación de Lobsang Trinley Gyatso, para intentar una vez más conjurar la suerte y reanudar los cánones morales y religiosos del budismo tibetano.

Lobsang Thubten Gyatso, el decimotercer Dalai Lama

Por consejo del oráculo de Estado, la búsqueda del nuevo Dalai Lama fue confiada a un lama de Ganden, que pronto se dirigió al lago de las Visiones, donde se sumió en una meditación que duró siete días. Al salir de este paréntesis en el tiempo, el lama reanudó su camino; acompañado de la delegación oficial, se dirigió sin dudarlo al distrito de Dakpo y finalmente se detuvo, tras un largo recorrido, en el pueblo de Perchosde. Deseoso de descansar después de una larga jornada de camino, el religioso llamó a una puerta. En cuanto le abrieron, supo que había llegado a su destino: el decorado de la estancia era exactamente el que había visto durante su meditación. De hecho, en los minutos siguientes, supo que en esa modesta morada había nacido en mayo de 1876 un niño cuya llegada al mundo había estado rodeada de señales y presagios como los que se observaban normalmente en la reencarnación de un Dalai Lama.

Cuando se le hicieron las distintas pruebas al niño, las respuestas tan precisas no dejaron ya lugar a dudas: se trataba, efectivamente, de la reencarnación de Trinley Gyatso. Convencidos de haber hallado a quien buscaban, los miembros de la delegación, a los que pronto se añadió el regente, llevaron en los siguientes días al niño y a su familia hasta Lhassa, donde, según la tradición, debía tener lugar la entronización.

Sin embargo, de nuevo se planteó el dilema de respetar o no lo que los chinos seguían queriendo imponer como costumbre, es decir, el sorteo del elegido utilizando la urna de oro de Chien Lung. Una vez más, oficialmente los altos dignatarios tibetanos se mostraron tan celosos que todo tuvo lugar tal como deseaba el ocupante chino... ¡y el nombre extraído finalmente de la urna fue el del niño de Perchosde! En realidad, si bien el sorteo sí tuvo lugar, no fue más que una formalidad puramente simbólica, ya que el regente Chokyi Gyaltsen se había ocupado personalmente de todo y había velado por que los ritos ancestrales tibetanos fueran respetados al pie de la letra, y los amban chinos destinados en Lhassa tenían demasiada poca envergadura como para oponerse de forma concreta y real.

Tras su designación, el niño fue oficialmente declarado la reencarnación de

Trinley Gyatso el 12 de febrero de 1878, cuando aún no tenía ni siquiera dos años. La entronización solemne tuvo lugar un año más tarde, el 31 de julio de 1879, bajo la dirección del panchen lama Chokyi Drukpa, que dio al decimotercer Dalai Lama su nombre definitivo: desde entonces fue conocido con el nombre de Lobsang Thubten Gyatso («Océano de la Doctrina»).

En los meses siguientes tuvo lugar de manera natural la iniciación del joven guía espiritual de un Tíbet que había reencontrado en su persona la esperanza de un retorno a una espiritualidad fuerte y enriquecedora para todos. Necesitó tres años de estudio bajo la dirección del panchen lama para alcanzar el primer grado de ordenación (getsul), que finalmente le fue entregado por Chokyi Drukpa en el año 1882, sólo unas semanas antes de que el anciano falleciera, debido a una viruela.

La iniciación del joven Thubten Gyatso prosiguió con la regularidad y perseverancia propias de un aprendizaje profundo. Así, poco a poco, adquirió las claves de un proceso espiritual de los más puros, superando uno a uno todos los niveles del conocimiento sagrado inherente a su rango.

En 1886, el regente Chokyi Gyaltsen falleció también, y rápidamente se designó a su sucesor, Demo Trinley Rabgyé. Dos años más tarde, finalmente la reencarnación del panchen lama fue identificada; se trataba de un niño nacido en 1882, que respondía fácilmente a todos los criterios de selección y que, al fin, se convirtió en el sexto panchen lama con el nombre de Chokyi Nyima.

La política llevada a cabo por el nuevo regente mantuvo al Tíbet en una relativa estabilidad, pero, detrás del buen humor de las ceremonias oficiales y de las sonrisas de circunstancia, las intrigas, las rivalidades y las luchas de influencia minaban al gobierno, a la administración y, en general, a una parte de la nobleza tibetana. De modo que el poder temporal no tenía a menudo otra solución que recurrir a la justicia para mantener el orden social y público, multiplicando las condenas y los castigos —o incluso las ejecuciones— para alcanzar la perennidad del Estado tibetano.

Todos estos hechos fueron los que llevaron al decimotercer Dalai Lama, cuando acababa de pronunciar los votos de su segundo grado de ordenación (gelong), en 1894, a declarar su deseo de encargarse del destino de su país, afirmando ante todos una personalidad fuerte e inteligente, llena de justicia y rectitud.

El pueblo tibetano descubrió entonces en Thubten Gyatso al líder espiritual que estaba esperando desde hacía mucho tiempo, a la vez religioso ferviente y hábil diplomático, que gastaba su energía sin límite con el objetivo de asumir su rango y se mostraba preocupado por afirmar permanentemente ante todos la grandeza del Tíbet. Y, al parecer, iba a necesitar realmente mucho valor y determinación para hacer frente a las pruebas que ya se perfilaban en el horizonte. En unas pocas décadas el mundo había cambiado, las luchas de influencia entre los Estados habían entrado en un proceso de mutación en apariencia inexorable y nada ni nadie parecía poder frenar su avance.

Sin duda, fuera del país los cambios eran más notables. Mientras China entraba en guerra con Japón, los británicos se implantaban un poco más profundamente en Asia y los rusos no ocultaban su voluntad de extenderse hacia el este para llegar a Asia central. En realidad, los occidentales se mostraban insistentes, rompiendo cada día un poco más el equilibrio precario establecido desde hacía décadas entre el Tíbet y su «protector» chino.

En el interior, poco a poco invadido por las costumbres occidentales, las nuevas generaciones aspiraban a una mayor modernidad, a una evolución de la sociedad tibetana más allá de los principios de un conservadurismo religioso tradicional. A esta realidad es a la que pronto tuvo que enfrentarse Thubten Gyatso. Sobre todo cuando, por primera vez en la historia del país, unos religiosos osaron enviar al Dalai Lama una petición en la que denunciaban los abusos de poder en la designación de los cargos monásticos, señalaban la insuficiencia de la educación y reclamaban una mejor formación para los futuros miembros del gobierno y de la Asamblea Nacional. Para poner fin a este conflicto, Thubten Gyatso afirmó que los cargos no debían ser hereditarios, sino que tenían que concederse en función del mérito, las capacidades reales y la cultura de los postulantes.

Deseando ir al ritmo de su tiempo, el decimotercer Dalai Lama mostró claramente una voluntad de reformar las instituciones tibetanas, pero chocó con numerosas resistencias, en primer lugar en las altas esferas del Estado, hasta tal punto que unos rumores que hablaban de un complot contra Thubten Gyatso se extendieron por el país en 1899, señalando con el dedo al regente como instigador de la maquinación. Una rápida investigación llevó a la encarcelación del regente Demo Trinley Rabgyé, sus hermanos y algunos cómplices, acusados de prácticas mágicas dirigidas a hacerse con el poder, sin que los amban chinos y Pequín —considerados por algunos como cómplices del regente— pudieran

intervenir en el asunto.

Esta debilidad relativa de los representantes chinos no pasó desapercibida a los tibetanos, y algunos quisieron ver en ella la ocasión de liberarse del yugo imperial que pesaba sobre el Tíbet desde hacía ya demasiado tiempo. Algunas guarniciones chinas fueron atacadas en las provincias más alejadas del país, y finalmente el Dalai Lama tuvo que tomar medidas para restablecer la paz pública, ya que Pequín se limitaba a reemplazar a sus emisarios incompetentes.

En 1900, en el umbral del siglo XX, una nueva prueba acechó a los tibetanos: después de peregrinar al monasterio de Chokhorgyal, como todos los Dalai Lamas, Thubten Gyatso se dirigió al monasterio de Samyé. Sin embargo, de camino, contrajo la viruela. La terrible noticia se divulgó rápidamente por las altas esferas tibetanas, que revivieron el espectro de los Dalai Lamas fallecidos prematuramente, que nunca llegaron a cumplir su misión sagrada, y sobre todo el recuerdo de Trinley Gyatso, fallecido durante su peregrinaje a los lugares santos de Chokhorgyal. Esta inquietante coincidencia no pasaba desapercibida a ningún religioso, y todos se imaginaban ya lo peor.

Sin embargo, Thubten Gyatso se recuperó en dos semanas y muy pronto pudo reemprender el camino hacia el Potala. Todo el mundo vio en ello el indicador de una ruptura beneficiosa de la letanía infernal de muertes súbitas que se había llevado a los guías espirituales tibetanos.

Mientras en el ámbito internacional británicos, rusos y chinos se intercambiaban misivas diplomáticas, firmaban acuerdos que daban carta blanca a «misiones comerciales», definían reglas de circulación y, en definitiva, se ponían de acuerdo sobre el estatus del Tíbet —sin pedir opinión a los primeros interesados más que a título vagamente consultivo—, los tibetanos veían con malos ojos estas negociaciones que ponían en peligro la integridad de su país.

Pronto salió a la luz una encarnizada rivalidad entre británicos y rusos, debida básicamente a una cuestión de prioridad en las relaciones diplomáticas con Lhassa, de la que podían depender importantes consecuencias comerciales. El Dalai Lama, por su parte, respetó los acuerdos firmados con China, escudándose en Pequín para evitar tener que dar preferencia a Londres o Moscú.

La tensión aumentó un grado cuando los ingleses llegaron a sospechar que los rusos entregaban armas a los tibetanos —el buriato Dorjiev[22] se había

convertido en confidente y consejero para asuntos exteriores del Dalai Lama—. En 1903, cansado por unas negociaciones interminables, Londres decretó que una «misión comercial» (¡unos tres mil soldados y varios miles de auxiliares!) podía avanzar por territorio tibetano hasta Khampa Dzong o incluso tal vez hasta Gyantsé.

Unas semanas más tarde, los británicos establecieron contacto con los tibetanos, quienes les pidieron sin ambages que se fueran por donde habían llegado. Las negociaciones duraron semanas, sin que ningún bando cediera. China, por su parte, se mostró curiosamente ausente; al parecer prefería ver cómo la contienda se solucionaba entre los oponentes, sin intervenir.

Rechazando los argumentos de los tibetanos, los británicos prosiguieron su incursión hasta que un incidente entre la tropa inglesa y los soldados tibetanos se saldó con varios cientos de muertos y numerosos heridos en las filas de estos últimos. Unos días más tarde, otro «incidente» causó más de ochenta nuevas muertes entre los tibetanos.

Estos acontecimientos fueron juzgados de extrema gravedad por el Dalai Lama, que de inmediato reprochó al gobierno de Lhassa su falta de firmeza; hizo dimitir inmediatamente a los kalon de sus cargos y los encarceló, tras lo cual uno de ellos se suicidó. Thubten Gyatso se apresuró entonces a enviar a un emisario a los británicos, que estaban en Gyantsé, pero estos, haciendo caso omiso de la intervención del enviado del rajá de Bután a modo de intermediario, no aceptaron tratar la discrepancia más que en la capital y, por tanto, continuaron avanzando hacia Lhassa, a donde llegaron a principios de agosto de 1904. Pero fue en vano: el líder de la misión británica, Francis Younghusband, no se entrevistó con el Dalai Lama, que se había marchado voluntariamente de Lhassa, delegando por un tiempo sus poderes en el abad de Ganden, Tripa Lobsang Gyaltsen.

Las negociaciones, que contaron con la participación, por parte de los tibetanos, de monjes de los tres monasterios principales, duraron casi un mes, y al término de estas pareció llegarse a un acuerdo. Sin embargo, una vez más, no se tuvo en cuenta realmente la opinión de los principales interesados. Con el pretexto de ratificar un acuerdo relativo a las relaciones de comercio transfronterizo, en realidad el tratado en cuestión, como subraya precisamente Roland Barraux, presentaba todos los aspectos de un «acto de capitulación y de protectorado: preveía una indemnización de siete millones de libras, que el Tíbet tendría que

abonar en setenta y cinco pagos anuales empezando el 1 de enero de 1906; a modo de garantía de ejecución, el gobierno británico ocuparía el valle de Chumbi. El Tíbet se comprometía a desmantelar toda fortificación y a retirar todo armamento desde la frontera hasta Gyantsé y Lhassa; a no modificar los aranceles aduaneros sin consulta mutua previa; y, sobre todo, a no acordar ninguna concesión, instalación de representación o arrendamiento de ingresos a una potencia extranjera».[23]

Más allá de este «seudotratado», que en realidad no tenía otro valor más que el de ser un pretexto para la expoliación de los derechos y los bienes de los tibetanos —lo que el gobierno británico reconocería implícitamente a posteriori, bajo la presión de su opinión pública, asombrada por las exacciones cometidas por la misión de Younghusband—, fue, sobre todo, el sentido simbólico de esta intrusión occidental en el Tíbet lo que constituyó un problema. Porque en realidad, en lugar de someterse al invasor y avalar una intrusión totalmente ilegítima, el Dalai Lama prefirió el exilio, mostrando, sin duda, su rechazo a pactar con potencias extranjeras, pero dejando también a su país sin guía espiritual ni temporal... ¡lo cual no se había producido en siglos!

Con sólo veintinueve años y plena conciencia de las implicaciones que comportaba, Thubten Gyatso había tomado la decisión más difícil y valiente que un Dalai Lama podía tomar, rompiendo así con una de las costumbres más fuertemente arraigadas en la tradición tibetana.

Cuando en el pasado los mongoles y los chinos habían aplastado los derechos de los tibetanos, habían adoptado una autoridad que les era ilegítima, sin duda, pero al menos habían respetado la cultura y la religión tibetanas, por el simple hecho de que también ellos eran originariamente actores en ese universo de Asia central. Sin embargo, el caso de los occidentales era muy diferente, porque sus políticos se apoyaban en tradiciones que hacían referencia a otras fuentes culturales y filosóficas.

Mientras se alejaba de Lhassa, en un viaje hacia Mongolia que duró casi cuatro meses, Thubten Gyatso tuvo la sensación de que se estaba dibujando un mundo nuevo, en el que el Tíbet ya no ocupaba el lugar que había tenido hasta entonces. Si bien el Dalai Lama conservó su integridad y fue acogido con los honores debidos a su rango a su llegada a Urga en noviembre de 1904, no por ello dejó de sentirse muy afectado por la situación que vivía.

Las noticias que recibía regularmente de Lhassa no eran buenas. Su marcha había provocado una situación molesta entre los diferentes actores extranjeros implicados en el asunto. Los británicos no se conformaban con su ausencia, mientras que a los chinos no les gustaba haber perdido prestigio y que se pusiera en duda tan abiertamente su supremacía en el Tíbet. Los primeros insistían para que el Dalai Lama fuera destituido oficialmente y el poder espiritual fuera confiado al panchen lama, pero este no respondería jamás a este deseo; además, la población se encargaba de dar a entender que no era cuestión de que nadie reemplazara al guía espiritual tibetano. En cuanto a los chinos, Pequín empezaba a estar harto de las «gesticulaciones» occidentales en una tierra que los emperadores chinos habían acaparado desde hacía ya mucho tiempo, sospechando que los rusos querían reemplazarlos.

En el terreno, sorprendidos también de no ver ninguna reacción por parte de los chinos ante la intrusión de la expedición británica, los tibetanos se atrevían a pensar que el poder imperial era débil e incapaz de reaccionar. El ambiente se calentaba, tanto en los monasterios como entre la población, hasta el punto de que a principios de 1905 algunos se enfrentaron abierta y violentamente a los representantes chinos en suelo tibetano, civiles o militares, en lo que parecía un inicio de insurrección.

Esto fue demasiado para el emperador chino, que decidió barrer de un solo golpe todas las ambigüedades. El general Tchao Erfeng, desplazado sobre el terreno, reprimió el inicio de levantamiento tibetano con una barbarie sin nombre, sitiando las lamaserías, matando y decapitando a los monjes, destruyendo los monasterios y los templos, quemando miles de textos sagrados..., en una acción salvaje inigualable, con un acento terrible de eliminación sistemática.

Consternados por el relato de esta violencia inaudita, los tibetanos se dieron cuenta de que, desde ese momento, nada volvería a ser como antes. Una nueva etapa acababa de comenzar en sus relaciones con Pequín, que hasta entonces nunca se había permitido tales atrevimientos y siempre había procurado respetar las instituciones y el gobierno tibetanos. Se había acabado ese respeto mutuo que durante tanto tiempo había permitido mantener un equilibrio relativo en la alta meseta tibetana; ahora, la nueva orientación era evidente: la fuerza, al igual que la represión pura y dura, tenía la palabra, sin preocupación alguna por herir la susceptibilidad de los dirigentes tibetanos.

Lo mismo ocurriría con las negociaciones entre Pequín y Londres acerca de la

expedición británica, ya que en ningún momento se dio la palabra a los tibetanos. Sin embargo, las negociaciones durarían más de dieciocho meses antes de que se llegara a un acuerdo, según el cual se entregaba finalmente a China su dominio en el Tíbet, al precio del pago por parte del emperador chino al gobierno británico del tributo que inicialmente debía ser cumplido por Lhassa.

Consternado por tanto desprecio hacia el Tíbet y su cultura, el Dalai Lama durante un tiempo, con el propósito de oponerse a los acuerdos entre británicos y chinos, se planteó reforzar sus vínculos con los rusos, pero estos perdieron la guerra contra Japón y salieron debilitados del conflicto, por lo que sus intenciones en lo referente a Asia central se vieron afectadas. Al final —por no decir «actuando a la desesperada»—, Thubten Gyatso comprendió que no le quedaba otra solución que la de renovar el contacto con Pequín y, finalmente, anunció que iba a regresar a Lhassa.

Retomando la ruta de los monasterios hacia el sur, el decimotercer Dalai Lama tardó varios meses en llegar a la capital tibetana, ya que se tomó su tiempo para meditar extensamente, en cada una de las etapas de su periplo, tanto sobre el destino del Tíbet como sobre su propia trayectoria espiritual. Así pues, hizo un alto de casi un año en el monasterio de Kumbum, con el objetivo de preparar mejor su regreso al frente del poder temporal y espiritual de su país, si bien era plenamente consciente de que estas funciones ya no tenían más que un valor simbólico.

Thubten Gyatso aprovechó su estatus recuperado de líder temporal garantizando al regente toda su confianza y restableciendo luego en sus funciones gubernamentales a los tres ministros que en el pasado había encarcelado. Al enterarse de la noticia del inminente regreso del Dalai Lama, las altas instancias de Lhassa multiplicaron los mensajeros, exhortándole a retomar sus funciones en el Potala lo antes posible.

Sin embargo, al mismo tiempo le llegó al Dalai Lama otra orden formal: la de Pequín, que reclamaba su presencia en China, en la corte imperial, en breve plazo. El Dalai Lama no sentía demasiados deseos de someterse a esta invitación tan particular, que podía conceder a los chinos una nueva ocasión para tratar al líder espiritual como un vasallo. Pero, al mismo tiempo, el emperador también había «convocado» al panchen lama, de manera que Thubten Gyatso finalmente decidió aceptar la invitación.

Al término de un largo viaje con una escolta de doscientas cincuenta personas y un trayecto en tren, el Dalai Lama llegó a Pequín el 28 de septiembre de 1908. Después de solucionar, no sin dificultades, unas cuestiones de protocolo —Thubten Gyatso se negaba a postrarse ante el emperador, como apuntaba la tradición—, el Dalai Lama fue recibido en audiencia, primero por el emperador Kuang Siu y después por la noble emperatriz viuda Tse Hsi. Una vez cumplido el ceremonial, al día siguiente las cosas tomaron un cariz diferente y el Dalai Lama se dio cuenta de que había sido invitado para que le comunicaran oficialmente las nuevas relaciones que Pequín deseaba instaurar con el Tíbet.

En efecto, se publicó un edicto imperial que no dejaba lugar a ninguna ambigüedad acerca de la política china, que ahora sería más autoritaria y exclusiva, ya que contaba con asentarse con todo su peso sobre el pueblo de la alta meseta tibetana y esperaba señales de deferencia por parte del poder temporal y espiritual de Lhassa.

Para Thubten Gyatso ya no quedaba la menor duda: el periodo favorable en el que el líder espiritual tibetano era reconocido y honrado por su «protector» político chino había terminado. El edicto imperial enunciaba claramente las bases de una nueva jerarquía, que situaba resueltamente al Tíbet bajo la férula china.

Al encontrarse ante un hecho ya consumado, el Dalai Lama no vio otra opción que la de recibir en audiencia, durante los días siguientes, a un determinado número de representantes extranjeros destinados o presentes en Pequín durante su estancia en la ciudad. Así, multiplicó las entrevistas y los contactos, actuando como hábil diplomático que tal vez pudiera hacer uso de la atención de las naciones occidentales en el futuro para contener tanto la fuerte presión china como las veleidades agresivas de los británicos.

Entonces fue cuando la dinastía manchú en el poder en Pequín conoció, a su vez, las asperezas del dolor. Uno tras otro, el emperador Kuang Siu y la emperatriz Tse Hsi fallecieron en un intervalo de veinticuatro horas, el 14 y el 15 de noviembre de 1908, respectivamente. Puesto que el emperador Xuan Tong,[24] heredero del trono, sólo tenía dos años, fue el príncipe Chun quien se convirtió en regente. Después de celebrar en persona los funerales imperiales según los ritos en vigor en la corte, el Dalai Lama abandonó finalmente Pequín el 21 de diciembre.

Un largo viaje lo llevó hasta Lhassa, donde llegó en agosto de 1909. Mientras tanto, Thubten se fue deteniendo de nuevo en los numerosos monasterios y se tomó su tiempo para meditar extensamente sobre los últimos acontecimientos. Como hombre que quería avanzar resueltamente al ritmo de su época, comprendió que las evoluciones del mundo moderno eran ineludibles y que el Tíbet debía encontrar la fuerza y la energía necesarias para adaptarse a ese nuevo orden mundial que trastocaba la mayoría de las tradiciones ancestrales. Entonces se dio cuenta de que debido a su rango, en calidad de guía espiritual y temporal heredero del linaje de los Dalai Lamas, su papel iba a consistir, a partir de ese momento, en llevar a su país por la vía de la evolución y de la modernización, incluso cuando muchos de sus compatriotas no estaban listos para enfrentarse a ello.

Cuando Thubten Gyatso entró de nuevo en la capital Lhassa, a pesar de la cálida acogida, llena de respeto y gratitud, del pueblo tibetano, el rostro del Tíbet que descubrió el Dalai Lama lo sumió en la más profunda perplejidad.

Los chinos estaban por todas partes. Se habían anexionado la mayoría de las regiones de la alta meseta, y sus efectivos militares —casi treinta mil hombres, según algunos testimonios— constituían ya un verdadero ejército de ocupación. Todo esto hacía que surgieran problemas a diario en una población tibetana cuya naturaleza intrínseca no estaba habituada a la sumisión. De manera que los choques incesantes oponían una resistencia larvada a unas fuerzas militares chinas que no tenían piedad, multiplicaban los asaltos y las destrucciones de monasterios, así como las torturas —hubo testigos que hablaban de cuerpos cortados en rodajas, desollados, descuartizados, abrasados...— y las ejecuciones sumarias entre los monjes y una población aterrorizada.

Los intercambios comerciales y las transacciones de todo tipo también eran controlados por Pequín, que anuló los acuerdos pasados del Tíbet con sus principales vecinos y con los británicos.

Pero, por encima de todo, lo que parecía más grave y preocupante a los ojos de Thubten Gyatso era la situación política. Los amban chinos destinados en Lhassa, rompiendo con una tradición de neutralidad y flexibilidad que había caracterizado durante mucho tiempo a sus predecesores, aprovechando la ausencia del maestro espiritual y temporal del país, se habían hecho pura y llanamente con el poder y habían destituido a los kalon que el Dalai Lama había puesto de nuevo al frente del gobierno tibetano. Todos los puestos jerárquicos y

de decisión, desde las altas instancias hasta los pequeños funcionarios, estaban ocupados ahora por chinos, que, poco a poco, estaban «poniendo el país a raya».

Thubten Gyatso, evidentemente, no podía aceptar una situación así y no reaccionar. Inició una protesta oficial y regular ante Pequín, denunciando los excesos de poder cometidos por los amban; al mismo tiempo, creó una Oficina de Asuntos Externos, por medio de la cual reanudó los contactos con otros países, teniendo siempre la esperanza de que acudirían en su ayuda cuando llegara el momento.

Sin embargo, en Pequín el regente Chun no estaba dispuesto a hacer ninguna concesión. Por toda respuesta, y de forma exagerada, envió al general Tchao Erfeng a Lhassa al mando de un ejército de veinte mil hombres. En los días siguientes, la tensión aumentó considerablemente. Británicos y nepaleses intentaron sucesivamente una mediación, pero no sirvió de nada. El 12 de febrero de 1910 la vanguardia del ejército chino penetró en Lhassa.

La noche anterior, el Dalai Lama evitó lo peor huyendo del Potala con una pequeña escolta. Cuando los chinos se dieron cuenta, se lanzaron en su persecución, pero muy pronto su avance se vio retrasado por los asaltos desesperados de soldados tibetanos que querían proteger la huida de su guía espiritual. Al final, gracias a que el clima empeoró bruscamente, Thubten Gyatso pudo cruzar la frontera. Empezaba así un nuevo exilio.

Mientras el Dalai Lama era recibido en la India con los honores dignos de su rango y reemprendía de inmediato sus contactos con los representantes extranjeros, en la capital tibetana el proceso de pacificación se aceleraba. A finales de febrero los chinos anunciaron la destitución de Thubten Gyatso, pero esta fue rechazada y respondida con fuerza por la población, que hacía desaparecer o manchaba con excrementos los avisos oficiales colgados en los muros de la ciudad. Propuesto por Pequín como heredero del poder, puesto que los tres ministros del gobierno habían seguido al Dalai Lama en su exilio, el panchen lama declinó la oferta y la Asamblea Nacional emitió sus más intensas reservas sobre lo que acababa de producirse, rechazando todo compromiso con los invasores.

Sin embargo, las relaciones entre el Dalai Lama y Pequín no se habían roto. Visiblemente en un punto muerto sobre el terreno, los chinos hacían el esfuerzo de mantener las negociaciones a fin de permitir el regreso de Thubten Gyatso al

Tíbet, pero este último deseaba el arbitraje de los británicos, lo cual era inconcebible para el emperador.

Fueron necesarios los terribles alborotos políticos en China en 1912 para que la situación realmente llegara a evolucionar. En efecto, el Imperio del Medio vivió también un giro en su historia: consumida por una agitación creciente y las incesantes luchas de influencia internas, la última dinastía imperial acabó cayendo, dando paso a una república dirigida por el general Yuan-Che-Kai, que se convirtió en presidente.

La desorganización que se derivó alcanzó rápidamente al Tíbet, donde las guarniciones chinas literalmente se desmembraron; algunos soldados regresaron a su hogar y otros se convirtieron en asaltadores y saqueadores. Satisfecho por el debilitamiento notorio del ocupante, el pueblo tibetano se dedicó entonces a soñar con una nueva libertad e inició una revolución, acabando con varias guarniciones chinas y obligando a las fuerzas de Pequín a reagruparse y buscar una salida negociada al conflicto.

No obstante, el nuevo régimen chino reafirmó muy pronto su intención de mantener la política establecida por sus predecesores, sobre todo con respecto al Tíbet, que oficialmente era considerado una parte de China, al mismo nivel que otras provincias. Entonces fue enviado un texto oficial al Dalai Lama, en el que se le indicaba que era considerado una persona «fiel y sometida y profundamente vinculada a la patria» china.

Por supuesto, este comunicado no gustó a Thubten Gyatso, que se apresuró a informar oficialmente a los nuevos dirigentes chinos de que él no sabría invocar cualquier rango subalterno en las esferas de poder de Pequín y seguía siendo el señor espiritual y temporal del Tíbet, que pensaba dirigir con este título.[25] Una vez hecho esto, se puso de camino a Lhassa, donde fue recibido en enero de 1913 por un alborozo popular sin precedentes.

A lo largo del mes siguiente, el Dalai Lama asentó las bases del nuevo gobierno tibetano y precisó sus orientaciones futuras, en una declaración formal que desde ese momento sería considerada la principal referencia en materia de autodeterminación del pueblo tibetano. En ella se hace referencia a la conservación de la fe budista y las tradiciones e instituciones tibetanas, así como a nuevas medidas fiscales, jurídicas y comerciales.

Al mismo tiempo, Thubten Gyatso trabajó sin descanso con el propósito de imponer la independencia de su país con relación a las potencias extranjeras. Con este fin, elaboró el texto de un tratado con Mongolia, firmado muy pronto, en enero de 1913, según el cual cada uno de los países reconocía la independencia del otro y ambos aceptaban el principio de una cooperación militar y económica.

Más allá de este reconocimiento de independencia totalmente simbólica, en la realidad Pequín se negaba a ratificar un texto en la redacción del cual su gobierno no había habido intervenido. Como consecuencia, el Dalai Lama fue consciente de que tenía que hallar otra solución para validar su voluntad de asumir su autoridad con relación al destino del Tíbet. Una vez más, fue de los británicos de quienes procedió la propuesta de intercesión, que esta vez desembocó en un primer contacto efectivo entre los representantes tibetanos y chinos, en Simla, una pequeña ciudad situada a trescientos kilómetros de Nueva Delhi.

Las conversaciones duraron varios meses, superando poco a poco las primeras posiciones inconciliables para llegar pronto a un acuerdo en varios puntos. El resultado fue que, efectivamente, el Tíbet estaba «integrado» en China, pero ni Pequín ni Londres podían anexionárselo. La administración tibetana era autorizada a encargarse de los asuntos internos del Tíbet, pero todo lo relativo a relaciones exteriores seguía siendo una prerrogativa china. Por último, la designación del Dalai Lama seguía estando bajo la autoridad tibetana, y Pequín sólo podía confirmar la decisión que se tomara en este sentido.

Por desgracia, hábilmente conducidos por los británicos, los intercambios habían ido demasiado lejos para Pequín, que, desautorizando a su representante, se negó a ratificar el punto relativo a la designación del Dalai Lama. La convención de Simla, si bien a partir de entonces constituiría para los tibetanos la principal referencia en todo diálogo oficial, nunca sería reconocida por la república china. Esto no impidió a Thubten Gyatso ver en ella un avance significativo y emprender las reformas que consideraba indispensables para su país. Así pues, empezó por reorganizar y estructurar al ejército y crear un cuerpo de policía, una oficina postal, redes de telegrafía conectadas a las redes angloindias, un sistema de producción económico orientado hacia la autosuficiencia y un banco con una moneda tibetana destinada a reemplazar a la moneda china.

Todas estas medidas, evidentemente imprescindibles en un contexto

internacional en plena evolución, no siempre hallaron un eco favorable entre la población tibetana, tan vinculada a las tradiciones. El enrolamiento de los jóvenes en una nueva fuerza armada contraria a los monasterios significaba que estos últimos veían cómo se reducían sus efectivos; entre los nobles tibetanos también preocupaba el aumento de las deducciones fiscales del Estado, porque iban a sufrir directamente sus efectos, ya que anteriormente, por lo general, dichas sumas les eran destinadas.

Todas estas eran las dificultades que debía afrontar el Dalai Lama, que hacía todo lo posible por hacer comprender a unos y a otros que la modernización de su país podía convertirse en un factor esencial de reconocimiento del Tíbet en el contexto internacional y, por tanto, en la garantía de cierta autonomía.

Al mismo tiempo, los sobresaltos se multiplicaban en el exterior del país. A mediados de la década de 1910, la situación internacional se degradó, sumiendo a las naciones en un conflicto mundial de un alcance inigualable. Según toda lógica, el Dalai Lama esperaba que las consecuencias también se hicieran sentir en Asia central. Por consiguiente, concentró las nuevas tropas de su ejército en las fronteras definidas por la convención de Simla.

Como era lógico, los chinos, que no tenían en cuenta esta convención, intentaron nuevas incursiones en territorio tibetano. No obstante, esta vez, los tibetanos, fortalecidos por su nueva organización militar y por los equipamientos modernos proporcionados por los británicos, fueron capaces de rechazar su ataque. Despechados por esta derrota y seguros de no recibir ningún apoyo suplementario por parte de Pequín, los chinos optaron por una tregua, que fue finalmente firmada por unos portavoces y ante un mediador británico[26] designado por el Dalai Lama, en Rongbatsa, en el año 1918. En las semanas siguientes, Pequín envió a un emisario para intentar resolver definitivamente los problemas territoriales, pero Thubten Gyatso se remitiría siempre a la convención de Simla, que el emperador chino nunca ratificaría.

Una vez recuperada la calma entre Lhassa y la frontera, además de en sus trabajos espirituales, el Dalai Lama pudo concentrarse de nuevo en la situación interna del Tíbet. En los hechos, en la vida diaria, las reformas emprendidas, aunque indispensables, tenían a menudo dificultades para implantarse entre una población muy vinculada a las costumbres ancestrales. Lo más difícil, sin duda, era adaptar las reformas a las instituciones budistas, principalmente en el ámbito fiscal y de las contribuciones financieras exigidas por el Estado tibetano a los

monasterios.

Así fue como muy pronto surgió un conflicto más importante que los anteriores entre el Dalai Lama y el panchen lama, ya que este último se oponía a que los monasterios participaran en los gastos de la guerra de 1912-1913 con China (como había ocurrido en la guerra contra Nepal en el año 1791), llegando incluso a intentar hacer intervenir a un británico como mediador. Ante la negativa de este último a inmiscuirse en los asuntos tibetanos, y siguiendo los consejos de un entorno fuertemente opuesto al gobierno, el panchen lama rechazó toda concesión y decidió abandonar el monasterio de Tashilhunpo; lo hizo de noche, con una mínima escolta, el 15 de noviembre de 1923, y tomó la ruta de Mongolia. Sin embargo, por deferencia hacia el líder espiritual del Tíbet, Chokyi Nyima informó al Dalai Lama de su deseo de evitar todo conflicto interno en el Tíbet, por lo que prefería dejar el país durante un tiempo (con el pretexto de ir a visitar otros monasterios).

Lo que a los ojos de los dirigentes tibetanos parecía un auténtico desgarramiento paradójicamente tendría un mejor efecto entre los enviados de Pequín, que adoptaban cada vez más su estrategia de siempre, es decir, enfrentar a los dos altos dignatarios tibetanos, el panchen lama y el Dalai Lama. Aun cuando expresaría el deseo de regresar a su país, Chokyi Nyima no lo conseguiría nunca y fallecería en 1937 sin haber vuelto a pisar suelo tibetano.

De hecho, dos concepciones del mundo se oponían ahora en el Tíbet. Por una parte, la de una sociedad tradicional, de costumbres y rituales arraigados durante siglos, que tenía dificultades para evolucionar; por la otra, la de un Dalai Lama que quería resueltamente ir al ritmo de su época, aunque para ello tuviera que alterar las mentalidades con una modernidad un poco agresiva. Ahí radicaba el problema: ¿cómo hacer que una sociedad tribal y artesanal pasara de los principios ancestrales del feudalismo a los radicalmente diferentes del siglo XX y de otro «orden del mundo»?

Thubten Gyatso se dedicó a ello con toda su energía, multiplicando las iniciativas y velando de manera estricta por la independencia de su país, pero al mismo tiempo proporcionó muchas razones a los tradicionalistas para combatirla y oponerse a una transformación política y económica del Tíbet. Sin duda, no se podía hablar todavía de corrientes políticas distintas, pero ya emergían orientaciones diferentes, y cada cual tenía su percepción de la evolución en curso.

Los religiosos (abades y lamas de los principales monasterios) consideraban que el Tíbet debía seguir siendo, ante todo, una entidad religiosa, antes de pretender ser una nación, y rechazar cualquier idea que no estuviera incluida en los principios fundamentales del budismo tibetano.

La generación joven, por su parte, en especial la procedente de la nobleza, se mostraba ávida de la modernidad que descubría en sus contactos con el extranjero, en el que veía principalmente la posibilidad de acabar con el control —algunos hablaban de «dictadura»— de la religión en el país.

Y, por último, estaban los que se mostraban cercanos al gobierno tibetano, en su mayoría conservadores que se situaban, a la vez, como garantes de las instituciones religiosas, pero aun así abiertos a una prudente modernidad, preocupados sobre todo por impedir que la omnipresencia religiosa fuera reemplazada por un control idéntico por parte de militares.

Thubten Gyatso debía demostrar constantemente la mayor diplomacia de cara a estas distintas «corrientes» que pedían sucesivamente cuentas, afirmaban sus exigencias, hacían presión en cualquier asunto para conseguir ventajas. Así ocurría, sobre todo, con los militares, celosos de las prerrogativas y la proximidad al Dalai Lama de que gozaban los religiosos; pronto exhortaron al líder supremo tibetano a que redujera las atribuciones de estos últimos. En otros lugares, eran los monjes quienes hacían sus reivindicaciones, hasta el punto de conducir al jefe supremo del Tíbet a destituir de sus funciones a varios abades de Drepung que habían caldeado los ánimos hasta casi lograr una insurrección.

A pesar de estos sobresaltos internos, que por otra parte subrayaban la diversidad de matices en el seno de la sociedad tibetana, el Dalai Lama mantenía el rumbo y proseguía con su obra de renovación. Se construyó una central hidroeléctrica en Lhassa, se emprendieron estudios geológicos, se reorganizaron las fuerzas policiales; como anécdota, cabe decir que aparecieron los tres primeros automóviles, así como la proyección de películas de cine para la alta nobleza.

Normalmente los problemas más importantes surgían en las fronteras, como siempre había ocurrido y seguiría ocurriendo. Así, lo que al principio no fue más que un incidente de vecindad muy pronto llevó al inicio de un nuevo enfrentamiento entre el Tíbet y Nepal. Luego le tocó a Pequín —entonces víctima de las veleidades de independencia de los señores de la guerra y de la aparición en 1925 de la corriente comunista dirigida por Mao Tse-Tung—

recordar las buenas atenciones de Thubten Gyatso y, al término de unos enfrentamientos militares, alegar, por boca de su líder Tchang Kai-Chek, la voluntad de acabar con las diferencias entre China y el Tíbet. Sin embargo, el Dalai Lama aguantó y reafirmó su voluntad de ver respetada la convención de Simla y, sobre todo, de que se tuviera en cuenta la autonomía real de la nación tibetana.

Por último, los británicos quedaron definitivamente apartados de las relaciones entre Pequín y Lhassa, y la Oficina de Asuntos externos tibetanos abrió delegaciones permanentes en China (en Ta-Chien-Lu, Nankin y Pequín). El emperador chino intentó poner de nuevo al Dalai Lama contra el panchen lama, otorgando a este último el pomposo título de Gran Maestro de infinita sabiduría, Defensor de la nación y Propagador de la fe, así como una paga anual sustanciosa... ¡que Thubten Gyatso se apresuró a rechazar, afirmando que el panchen lama no podía, en ningún caso, hacerse con los poderes temporales y seculares!

Nuevos incidentes en la provincia del Kham y altercados internos agitaron las más altas esferas tibetanas. El Dalai Lama hacía todo lo posible por encontrar soluciones y compromisos que garantizaran al máximo la identidad nacional del Tíbet. Durante mucho tiempo estuvo afectado por la discordia surgida entre él y el panchen lama, ya que sentía que esta separación de los dos «poderes» no llevaba a nada bueno y sentaba un precedente doloroso y peligroso, aun cuando el ausente fue reemplazado por un administrador de muy alto nivel, Dzasa Lama.

Cuando en noviembre de 1933 se resfrió y murió poco después, el 17 de diciembre, Thubten Gyatso dejó un Tíbet en plena transformación. Surgió la hipótesis de un envenenamiento, pero nada la confirmó.

De repente, todas las facciones presentes en el pueblo tibetano se dieron cuenta de lo astuto que había sido su guía espiritual y lo compleja que había sido la tarea que había asumido. En el seno del gobierno y en el recinto de los grandes monasterios, incluso entre la nobleza dorada de Lhassa, se instaló la perplejidad y el miedo, y todos se sintieron súbitamente huérfanos.

Como de costumbre, hubo un periodo de vacilación a lo largo del cual el consejero de Thubten Gyatso, Dorjé Tsegyal, se creyó investido de una tarea gubernamental. Finalmente, la regencia fue confiada a un lama de Reting, lo cual no impidió a las intrigas minar de nuevo las sendas del poder temporal, con la

oposición entre ministros y religiosos que creaban altercados en las más altas esferas.

Preocupados por esta fragilidad nuevamente instalada en la dirección del Tíbet, chinos y británicos enviaron delegaciones al lugar, a fin de asegurarse de que la transición al frente del Estado tibetano se hiciera sin crisis importantes que pudieran repercutir en sus respectivas prerroga tivas. Los británicos llegaron a la capital tibetana en mayo de 1934 y los chinos, tres meses más tarde.

Tras entrevistarse con los responsables tibetanos nombrados para recibirlas, finalmente las dos delegaciones obtuvieron el derecho a abrir una estación de radio para comunicarse cada una con sus gobiernos respectivos. Los chinos, por su parte, intentaron hacer firmar a los tibetanos un acuerdo que reconociera el Tíbet como provincia china, pero estos últimos se remitieron de nuevo a los acuerdos de Simla de 1914.

Cuando finalmente las dos delegaciones se volvieron a sus respectivos países, pareció recuperarse un equilibrio precario, que todos esperaban que durara unos años, y el Tíbet aprovechó para persistir en la vía de los esfuerzos de modernización instaurada por Thubten Gyatso.

Jampel Ngawang Lobsang Yeshe Tenzin Gyatso, el decimocuarto Dalai Lama

Tras la muerte del decimotercer Dalai Lama, le fue atribuido al regente Reting Rinpoché el deber de asumir la transición del poder. Y consiguió hacerlo para satisfacción de la mayoría de los tibetanos durante más de diez años.

Gracias a una visión que tuvo el regente en 1935 las investigaciones de los lamas para encontrar una reencarnación de Thubten Gyatso se dirigieron hacia el Amdo. Varios niños parecían responder a los criterios de selección, pero finalmente, un año más tarde, se identificó a un crío nacido en 1935 en el pueblo de Taktser.

Muy pronto empezaron a acumularse las señales positivas: los lugares en que vivía se parecían a los aparecidos en la visión del regente; el niño reconoció una caña, un tambor y una sarta de mantras que habían pertenecido a Thubten Gyatso; se expresaba en el dialecto de Lhassa y recitaba mantras sin que nunca le hubieran enseñado ninguno. Todos estos detalles corroboraron rápidamente la convicción de los investigadores de tener ante ellos a la reencarnación del decimotercer Dalai Lama.

Cuando la delegación abandonó su pueblo, el niño lloró y suplicó que lo llevaran con ellos. De regreso, unas semanas más tarde, los lamas habían hecho su elección y esta vez no tenían ninguna duda: estaban convencidos de hallarse en presencia del decimocuarto Dalai Lama. Entonces se proyectó llevarlo a Lhassa.

Sin embargo, el Amdo era una amplia región entonces controlada por un gobernador chino de obediencia musulmana, llamado Ma-Bufang, a quien, como señor de la guerra, le gustaba creerse independiente y soberano sobre las tierras en las que imponía su ley. El gobernador fue informado del descubrimiento del niño elegido, ya que la delegación solicitaba su ayuda para llevar al pequeño con escolta hasta la capital tibetana. Sin dudarlo, y habiendo comprendido la ventaja que podría sacar de la situación, Ma-Bufang impuso a los tibetanos una contrapartida financiera para dejar que el joven Dalai Lama saliera de «su» territorio.

En realidad, el nuevo Dalai Lama fue considerado como un rehén y se pedía por él un rescate de cien mil monedas de plata, una suma muy considerable para la época. Las negociaciones duraron meses; a pesar de la intervención de los tibetanos ante el gobierno chino para que hiciera ceder a Ma-Bufang, los infructuosos intentos muy pronto llevaron al jefe de la guerra a pedir el triple de la suma inicial por el niño.

Finalmente, en abril de 1939, se llegó a un acuerdo con el gobierno de Lhassa: unos ricos mercaderes musulmanes que iban de camino a La Meca aceptaron pagar el tributo solicitado (trescientas mil monedas de plata), contra reembolso, por parte del gobierno tibetano, en rupias indias.

El 21 de julio la delegación pudo, al fin, ponerse en camino. Dos meses más tarde, el niño quedó libre de toda obligación con los chinos y fue reconocido abiertamente por la Asamblea Nacional tibetana como el decimocuarto Dalai Lama. Su entronización oficial tuvo lugar unos meses más tarde, en febrero de 1940, en presencia del presidente de Asuntos mongoles y tibetanos en Kumintang, Wu Chung-Tsin, y del representante británico en Sikkim, Sir Basil Gould.

Durante las semanas siguientes, comenzó la formación del joven Dalai Lama, según un proceso y unos rituales ahora ya consagrados que combinaban aprendizajes múltiples destinados a nutrir una cultura espiritual y general y a la estructuración de un carácter y una voluntad para forjar una identidad. A fin de que los años que trascurrirían en este austero marco no carecieran del equilibrio y la armonía que necesita un niño, su familia lo acompañó, y su hermano mayor Lobsang Samten realizó sus mismos estudios. De este modo podía ver con frecuencia a su madre, cuando su empleo del tiempo, tan cargado, le dejaba la posibilidad de hacerlo.

El regente, por su parte, velaba por el estricto respeto de las reglas impuestas por la tradición tibetana en lo referente a la instrucción que recibía el futuro líder espiritual de su país. Reting Rinpoché estaba tan preocupado por la ética que, al regresar de un viaje al monasterio de Samyé, en los primeros días de 1941, anunció oficialmente que deseaba retirarse de la vida pública. Aunque no ofreció abiertamente ningún motivo para este retiro, todos en las altas esferas sabían que en realidad no podía aceptar el haber roto desde hacía un tiempo el voto de celibato. Finalmente fue el segundo preceptor del Dalai Lama, Tadga Rinpoché, quien, tras consultar al joven muchacho y por decisión de la Asamblea Nacional,

fue designado para reemplazarlo.

Entonces llegó la hora de que el decimocuarto Dalai Lama pronunciara sus primeros votos de novicio. Y era el momento de que recibiera su nombre definitivo: a partir de entonces se llamaría Jampel Ngawang Lobsang Yeshe Tenzin Gyatso.

El fervor propio a esta entronización del joven elegido para un escalón superior de su iniciación espiritual, si bien daba al Tíbet un nuevo impulso en términos de armonización y vuelta a sus tradiciones más antiguas, no lograba ocultar, sin embargo, una situación internacional catastrófica. El mundo era sacudido por los enfrentamientos y los horrores de un nuevo conflicto de gran alcance, en el que estaban implicados numerosos países. Y el enclave de la alta meseta tibetana no conseguiría escapar a los trastornos provocados por este terrible estallido de violencia.

En esta región del mundo, los japoneses principalmente constituyeron un problema de relieve. Pequín estudiaba entonces con Gran Bretaña la posibilidad de avituallar sus tropas con armamento desde la India, pasando por el Tíbet. Pero los dirigentes de Lhassa no estaban de acuerdo y se negaron a que hubiera ningún tráfico de armas en su territorio. Tuvieron que aumentar las presiones internacionales y acompañarse por ventajas comerciales en materia de exportaciones tibetanas hacia China, para que finalmente el gobierno tibetano cediera y se pusiera así del bando de los «aliados».

En realidad, la Asamblea Nacional tibetana no temía tanto a los japoneses como a un eventual uso de las armas proporcionadas por los británicos a los chinos contra la población tibetana. La afirmación del poder chino no dejaba de aumentar, y la mala voluntad de las autoridades de Pequín ante las de Lhassa era notable, hasta el punto de que las relaciones se habían vuelto muy tensas y las tropas armadas se acumulaban a ambos lados de la frontera.

También fue la desconfianza hacia China la que hizo entrever en los intentos de contacto por parte de Estados Unidos con Lhassa la perspectiva de una nueva apertura del Tíbet hacia el exterior. En efecto, un emisario de Washington entregó al Dalai Lama una carta del presidente F. D. Roosevelt en la que daba a entender claramente que cuando acabara la segunda guerra mundial el Tíbet podría ser representado oficialmente en una Conferencia de Paz.

No obstante, sobre el terreno todo iba por un camino distinto. Los chinos eran los señores y, sin ambigüedades, mostraban a los británicos que, ciertamente, el Tíbet gozaba de una autonomía relativa, pero siempre bajo la soberanía de China, sobre todo en cuanto a la determinación de los límites fronterizos entre la India y la alta meseta tibetana.

Al mismo tiempo, la situación se degradaba al frente del Estado tibetano. Mientras algunas personas del entorno del Dalai Lama apostaban por una apertura al exterior que les parecía saludable, el regente Tagda, por su parte, manifestaba un conservadurismo que algunos juzgaban de retrógrado, puesto que llegó incluso a cerrar la escuela inglesa abierta hacía poco.

La oposición era tal que pronto se llegó a extremos catastróficos: en abril de 1947, después de que un paquete bomba le explotara al secretario del regente, los partidarios del ex regente Reting fueron acusados de ser los autores de dicho acto y, finalmente, Reting fue detenido. Como consecuencia hubo enfrentamientos de una violencia extrema entre los monjes de Sera que apoyaban a Reting y las fuerzas de la Asamblea Nacional, con un resultado de más de doscientos muertos. Reting murió en prisión al mes siguiente, probablemente envenenado.

En las altas esferas espirituales del Tíbet, muchos pensaban que estas tensiones internas no auguraban nada bueno de cara al futuro. Y, durante cierto tiempo, algunas señales inquietaron a quienes interrogaban a la naturaleza y consultaban los oráculos, especialmente un cometa visible en el cielo tibetano durante varias semanas.

El Dalai Lama, por su parte, todavía no estaba directamente implicado en lo que se preparaba. De momento se dedicaba por completo a la formación intensiva que seguía y se familiarizaba con los textos sagrados, las técnicas de meditación y la historia de la evolución del mundo. Y precisamente al salir de ese nuevo conflicto mundial, el mundo cambió: India accedió a su independencia, mientras que el ejército de liberación popular chino alcanzó una a una las plazas fuertes de Kumingtang, de modo que el gobierno nacionalista se vio obligado muy pronto a replegarse en Formosa.

Al mismo tiempo, una delegación de emisarios tibetanos se dirigió a Estados Unidos y Gran Bretaña, buscando un apoyo significativo en términos de reconocimiento de la identidad y de la nacionalidad tibetanas en el futuro.

Los tibetanos, testigos privilegiados de la profunda transformación que sacudía China, al ver cómo el gobierno nacionalista se debilitaba considerablemente bajo los ataques bruscos y violentos de los comunistas, se envalentonaron y muy pronto pusieron en duda las relaciones de soberano-vasallo heredadas de una época imperial china entonces ya finalizada. Lhassa emitió así una decisión de expulsión de los representantes de Pequín de la capital tibetana y, por extensión, de todos los residentes chinos, fuera cual fuera su profesión.

Había que aprovechar la oportunidad, pero la situación del Tíbet en realidad era muy diferente. Concretamente, el ejército tibetano, que contaba, en el mejor de los casos, con unos pocos miles de hombres y una cincuentena de cañones, no podía presumir de tener ningún peso frente a la máquina de guerra china. Ahora bien, más allá de los altercados internos que tenían lugar dentro del antiguo Imperio del Medio, había algo que los comunistas, que poco a poco se estaban haciendo con el poder, tenían muy claro: el Tíbet había sido y seguía siendo una «provincia» china.

Las altas esferas tibetanas, en última instancia, para afirmar la nacionalidad y la independencia tibetanas, costara lo que costara, pasaron entonces a considerar que había llegado el momento de entronizar al Dalai Lama en sus responsabilidades espirituales y temporales al mando del Tíbet. La ceremonia oficial tuvo lugar el 17 de noviembre de 1950, en el respeto de los rituales y las tradiciones del budismo tibetano más auténtico.

Apenas instalado en sus nuevas funciones, Tenzin Gyatso se dispuso a designar a dos personajes de alto rango con los que estaba seguro que podía contar para dirigir el gobierno tibetano: el lama Lobsang Tashi y un laico llamado Lukhangwa.

Sin embargo, las tropas chinas ya habían penetrado en el Ambo y multiplicaban las exacciones. El Dalai Lama envió a toda prisa emisarios a China y Nepal para intentar mitigar la crisis, pero también a Occidente con la esperanza de encontrar apoyo en Gran Bretaña y Estados Unidos.

Menos de un mes después de su entronización, el 11 de diciembre, Tenzin Gyatso dirigió una petición a las Naciones Unidas en la que solicitaba el nombramiento de una comisión de investigación sobre los hechos ocurridos en el Amdo. La propuesta sería rechazada, como consecuencia de la intervención de Taiwán, que argumentaba que el tema tibetano era únicamente incumbencia de

China.

Así pues, quedaba claro que el Tíbet estaba más aislado de lo que había estado nunca. Conscientes de que había que ver en ello el anuncio de días todavía más sombríos, los dirigentes tibetanos decidieron alejar al Dalai Lama del Potala. En los días siguientes, después de abandonar Lhassa de noche, Tenzin Gyatso y su séquito llegaron al monasterio de Dungkhar, a trescientos kilómetros de la capital, no lejos de la frontera del Sikkim, después de más de diez días de camino.

Augurando dificultades todavía mayores, algunos fieles del Dalai Lama enterraron, por si acaso, un «tesoro de guerra», compuesto por polvo de oro y lingotes de plata, en un escondrijo que sería celosamente guardado en secreto. En realidad, unos años más tarde, esta precaución resultaría ser de una extrema importancia, ya que desempeñaría un papel capital para el futuro del Tíbet.

Sin embargo, de momento había que hacer frente a una situación cada vez más crítica. A esas alturas era evidente que no llegaría ninguna ayuda del exterior, porque todos los interlocutores de Tenzin Gyatso se mantenían prudentes ante la potencia china y el levantamiento de la revolución comunista de Mao Tse-Tung. La poca información que llegaba al Dalai Lama daba a entender claramente que los chinos habían decidido «poner a raya» al Tíbet y no se detenían ante nada.

Algunos deseaban batirse costara lo que costara y otros eran partidarios de la negociación, argumentando que una invasión china en la alta meseta tibetana iba a ser catastrófica. Finalmente, como hombre de diálogo que apostaba siempre por la conciliación en lugar de por el enfrentamiento, el Dalai Lama eligió la segunda opción y envió al gobernador de Chamdo, Ngabo Ngawang Jigmé, a Pequín.

A los chinos les bastó apenas un mes de entrevistas para redactar una resolución con diecisiete puntos, que entregaron a la delegación tibetana y que el representante del Dalai Lama, prácticamente limitado al papel de simple observador, no tuvo más remedio que firmar, el 23 de mayo del año 1951.

La situación era grave, ya que era el estatuto del Tíbet, definido hasta entonces por un tratado elaborado y ratificado en el año 821 —es decir, más de once siglos antes—, lo que se ponía en duda. La identidad espiritual y cultural del Tíbet, que había forjado su nación a lo largo de los siglos, era pura y llanamente

relegada a un segundo plano, detrás del (seudo)hecho de que la meseta tibetana era y había sido siempre una provincia china y que en el presente debía volver al seno de la «madre patria»:

La suerte estaba echada. La oficialización del texto de diecisiete puntos por parte de los chinos les abría la puerta del Tíbet. A partir de ese momento se instalarían allí como amos y señores. Menos de dos meses después de la firma, el general Chiang Ching-Wu llegó al monasterio de Dungkhar y pidió audiencia al Dalai Lama. Era portador de misivas de parte del gobierno chino: una copia del acuerdo de diecisiete puntos y recomendaciones militares y de advertencia apenas velada para el caso de que Tenzin Gyatso se planteara la posibilidad de abandonar el Tíbet.

[...] Punto 1: El pueblo tibetano se unirá para expulsar del Tíbet a las fuerzas de agresión imperialistas: el Tíbet regresará a la gran familia de la Patria, la República Popular China.

Punto 2: El gobierno local del Tíbet contribuirá activamente a la entrada en el Tíbet del ejército popular de Liberación y a la consolidación de la defensa nacional. [...]

En realidad, los chinos deseaban que el Dalai Lama regresara a Lhassa, donde su presencia sería considerada una validación de las nuevas disposiciones de Pequín para con el Tíbet. Por su parte, el líder espiritual tibetano veía su retorno más bien como la afirmación de la identidad religiosa y cultural de su país frente a lo que desde entonces había que considerar, más que nunca, un «invasor».

Cuando entró de nuevo en la capital tibetana, el 17 de agosto de 1951, el pueblo le reservaba una acogida de lo más cálida, dando claramente a entender que ponía en el Dalai Lama todas sus esperanzas. Reunida en sesión extraordinaria el 28 de septiembre, la Asamblea Nacional tibetana examinó con detenimiento las potenciales consecuencias de la ratificación del acuerdo de diecisiete puntos; las

reticencias eran muchas y los participantes emitieron toda una serie de protestas, pero en última instancia los religiosos consideraron que lo más importante estaba protegido, puesto que los chinos afirmaban en el «punto 7» que «las creencias religiosas, las costumbres y los usos del pueblo tibetano serán respetados, y las comunidades de lamas serán protegidas». Como consecuencia de ello, la Asamblea emitió un dictamen positivo a fin de que el Dalai Lama comunicara a Pequín su consentimiento con relación a la firma agregada al documento por su representante el 23 de mayo.

Lo que los tibetanos no habían constatado todavía era que acaban de avalar un procedimiento que ponía radicalmente en duda no sólo las bases de su identidad, sino también su concepción del mundo. Y es que, más allá de las simples disposiciones prácticas, lo que quería imponer Pequín era nada más y nada menos que otra definición de la naturaleza humana, del papel del individuo en la sociedad y en un entorno dado... en el que la espiritualidad no tenía cabida alguna.

Ahora bien, la historia del Tíbet demuestra constantemente que este pueblo no existe más que a través de una espiritualidad fuerte y radiante, eminentemente «nutritiva» a todos los niveles de la sociedad, superando el simple materialismo para elevar la existencia humana hacia planos de conciencia superiores. En este sentido, no resulta sorprendente que los problemas empezaran a surgir y que rápidamente fueran multiplicándose y agravándose.

Para empezar, encontramos la introducción en el Tíbet de una fuerza armada china que superó los veinte mil hombres en pocas semanas —más de tres mil en la capital, Lhassa— y comportó reacciones de desaprobación notorias por parte de la población tibetana. A esto se añadió el problema crucial del avituallamiento de estas tropas, ya que los chinos reclamaban veinte mil toneladas de cebada... ¡de las que los tibetanos simplemente no disponían, habida cuenta de sus capacidades de producción! Por último, surgía la dificultad evidente de integrar las fuerzas militares tibetanas en el ejército popular de Pequín, hecho simplemente inconcebible para los primeros afectados, que se negaban por principios a servir bajo la bandera china.

Particularmente irritado por este último punto, el gobierno de Pequín pidió y obtuvo la dimisión de los dos ministros nombrados por Tenzin Gyatso al frente del ejecutivo tibetano, considerados «reaccionarios» por los chinos. La situación se volvía cada vez más inestable en la cumbre del Estado tibetano, pero el Dalai

Lama asumió plenamente sus responsabilidades y consiguió mantener durante un tiempo un precario equilibrio.

Al tiempo que asumía su cargo y establecía algunas reformas, Tenzin Gyatso proseguía con su búsqueda religiosa, alternando sus trabajos de búsqueda personal con la transmisión de las enseñanzas que empezaba a ofrecer. En 1954 accedió, al fin, al rango de sacerdote y fue ordenado en el templo de Jokhang.

Así mismo, en esta época fue invitado oficialmente a China. Muchos de sus allegados y consejeros, muy poco partidarios de que aceptara la invitación, debido a la influencia de Pequín en la vida tibetana, no veían con buenos ojos dicho viaje y argumentaban que toda propuesta procedente de los chinos podía ocultar un potencial peligro. Sin embargo, al decimocuarto Dalai Lama, hombre de diálogo y conciliación, le gustaba pensar que el intercambio y la comunicación siempre podían ayudar a hallar soluciones aceptables para cada una de las partes presentes. Así pues, consiguió convencer a los dirigentes tibetanos de que su viaje a Pequín podía ser útil a la causa tibetana y, finalmente, emprendió el camino hacia China con su familia y un séquito; realizaron el viaje, de casi tres mil kilómetros, en bote, mula, avión y un tren especial que, finalmente, les llevó a la estación de Pequín.

Acogido por Chou En-Lai, durante los días siguientes Tenzin Gyatso se vio en varias ocasiones con Mao Tse-Tung. Este último parecía querer templar algo las disposiciones del acuerdo de diecisiete puntos, hasta el punto de que el Dalai Lama llegó a plantearse seriamente que las relaciones entre su país y el gobierno de la República Popular China podían ser más cordiales y mutuamente respetuosas.

Aprovechando la ocasión que se le presentaba con su salida del Tíbet, el decimocuarto Dalai Lama se entrevistó en Pequín con varios jefes de Estado, como Nehru y Khruchtchev, y muchos diplomáticos occidentales que le permitieron tejer relaciones que el Dalai Lama esperaba que fueran útiles a la causa tibetana. Así mismo, viajó durante varios meses por las provincias chinas, conociendo a budistas y haciéndose una idea más precisa de la sociedad china.

Sin embargo, durante la última entrevista con Mao, este último no pudo evitar evocar lo que consideraba el «veneno de la religión». Detrás de todas las sonrisas de buen tono y de las recepciones oficiales teñidas de forzada amabilidad surgió, de repente, una realidad muy diferente: los dirigentes chinos

no habían pensado ni un solo instante en hacer la mínima concesión al líder espiritual y temporal del Tíbet y, finalmente, todo indicaba que las cosas no iban a solucionarse.

De hecho, de regreso a su país, Tenzin Gyatso no tardó en constatar que la situación se estaba degradando; en muchos casos las relaciones entre tibetanos y chinos se envenenaban. El control de Pequín sobre las tierras y las propiedades tibetanas era cada vez mayor, ya que se multiplicaban las confiscaciones y reorganizaciones, que la población no comprendía y aceptaba mal. Una gran parte de estas medidas consideradas discriminatorias iban destinadas a los monasterios y quienes los habitaban, y monjes y monjas se convirtieron en el blanco de todo tipo de imposiciones y trabajos.

Se superó una nueva etapa cuando los chinos se ensañaron con algunas de las tradiciones más antiguas del Tíbet, como el modo de vida de los nómadas, acostumbrados a desplazarse de provincia en provincia, viviendo de la ganadería y la caza. Cuando Pequín decretó que había que desposeerlos de sus armas, la reacción no se hizo esperar: grupos de insumisos, principalmente khampas, atacaron a los representantes de Pequín, destruyendo carreteras y puentes para complicar al máximo sus conexiones y su avituallamiento.

Por desgracia, en cierto modo esta era la ocasión que esperaba Pequín. La reacción militar fue de una violencia inaudita, causó numerosas víctimas y puso fin a la revolución con sangre, obligando a numerosos tibetanos a refugiarse fuera de su provincia de origen. Los testimonios que fueron recogidos posteriormente hablaron de las peores exacciones de las que pudiera culparse a un ejército de ocupación, de todo tipo de humillaciones y negaciones del individuo, como violaciones, torturas, ejecuciones públicas, decapitación sistemática de los sublevados —llamados «reaccionarios»— y exposición de sus cabezas mediante fotografías en los periódicos: «... los monjes eran obligados a romper sus votos de castidad y los niños a pegar a sus padres. Los monasterios de Lithang y Bathang, de los que se sospechaba que eran nidos de resistencia, fueron bombardeados».[27]

Por supuesto, esta represión desenfrenada, cuyos terribles ecos recorrieron los campos, no hizo más que envenenar los ánimos, de manera que nuevas provincias se revolucionaron a su vez. La situación empeoró de tal modo que Pequín decidió enviar como refuerzo a un contingente de cuarenta mil hombres para acabar con la revuelta.

Por su parte, el Dalai Lama emprendió todos los trámites oficiales ante los representantes chinos en Lhassa, multiplicando las cartas enviadas a Pequín, pero sin resultado alguno. Muy pronto se hizo evidente a los ojos de cualquier observador, por poco objetivo que fuera, que una terrible máquina se había puesto en marcha y que día tras día laminaba literalmente al pueblo tibetano y sumía al Tíbet en el horror.

Tenzin Gyatso no perdía la esperanza de encontrar apoyo fuera de su país. En parte esta fue la razón por la que aceptó responder favorablemente a la invitación del maharajá Kumar de Sikkim de acudir a las fiestas de celebración del dos mil quinientos aniversario del nacimiento del Buda Shakyamuni. Después de meses de titubeos por parte de las autoridades chinas, se autorizó al fin al Dalai Lama a abandonar el Tíbet a finales de noviembre de 1956 en compañía del panchen lama.

Una vez en la India, Tenzin Gyatso intentó desesperadamente obtener el apoyo de Nehru, pero este último, que pretendía mantener buenas relaciones con su imponente vecino chino, le respondió con una denegación de demanda; simplemente propició un encuentro con Chou En-Lai, precisamente de visita en el país. Como de costumbre, de estas entrevistas no salió nada positivo, ya que los chinos no avanzaron más que un supuesto compromiso de Mao de no emprender la menor reforma en el Tíbet antes de, al menos, cinco años.

Puesto que no parecía posible ninguna solución aceptable, en el entorno del decimocuarto Dalai Lama se evocó una cuestión mayor, esto es, si el líder espiritual del Tíbet, que disponía de un estrecho margen de maniobra, debía o no regresar a su país. En otras palabras: sus allegados temían por su seguridad y tenían miedo de que los chinos, llegando al extremo de su lógica guerrera y destructora, pusieran fin a sus días. Pero Tenzin Gyatso no quiso abandonar a su pueblo; decidió hacer todo lo posible por encontrar una vía de pacificación con Pequín y eligió regresar a Lhassa, a pesar de los rumores que hablaban de un posible atentado contra su persona.

En la capital tibetana, la situación estaba lejos de solucionarse. Por el contrario, a pesar de algunas medidas vagamente diplomáticas destinadas al Dalai Lama, la represión estaba en pleno apogeo. En abril de 1958, una nueva operación de la policía china causó cientos de víctimas y provocó la salida de Lhassa de miles de refugiados hambrientos, muchos de los cuales, de los más jóvenes, se apresuraron a unirse a la resistencia, que poco a poco se organizaba en el país.

En la sombra, pronto se habló de un apoyo oficioso de Estados Unidos para hacer oposición a los comunistas de Mao Tse-Tung, y de hecho se multiplicaron los golpes de mano contra las fuerzas chinas.

Tenzin Gyatso fue invitado entonces a ir a Pequín; sin embargo, consiguió eludir durante un tiempo esta «invitación» bajo el pretexto de estar en un retiro espiritual ineludible. No obstante, era evidente que la presión se intensificaba, y la tregua duraría poco; mientras, el Dalai Lama se negaba a lanzar las tropas tibetanas contra quienes los chinos calificaban como «rebeldes». Para el líder espiritual tibetano cada vez estaba más claro que debía imponerse una decisión de importancia.

La situación era en esos momentos tan inestable que la visita de Nehru a Lhassa, prevista desde hacía tiempo, fue anulada. Finalmente, en marzo de 1959, todo se estremeció. Un día después del festival anual de Monlam, que había reunido en febrero a miles de tibetanos religiosos y laicos procedentes de todos los rincones del Tíbet, cuando Tenzin Gyatso acababa de recibir el título de doctor en estudios búdicos, una multitud considerable se reunió alrededor del Norbulingha, la residencia del Dalai Lama, con gritos alarmantes sobre un posible rapto de Tenzin Gyatso por parte de los chinos.

Los ánimos se calentaron muy rápido. Un tibetano sospechoso de ser un espía de Pequín fue linchado. Ahora eran ya varios miles de personas (más de treinta mil, según algunos testimonios) las que se agolpaban alrededor del palacio, disponiéndose como escudos humanos para proteger a su líder espiritual. Los chinos pidieron expresamente al Dalai Lama, por motivos de seguridad, que se refugiara en su campamento. El día 17, la tensión aumentó cuando dos obuses cayeron en el jardín del Palacio de Verano.

Mientras los rumores más pesimistas corrían entre la muchedumbre, sin que nadie supiera realmente qué ocurría, Tenzin Gyatso decidió consultar el oráculo oficial, que en muchas ocasiones le había aconsejado en el pasado y le había ordenado siempre que contemporizara e hiciera todo lo posible por solucionar las cosas. Esta vez, la respuesta lacónica fue de lo más directa: «¡Vete, vete!», le dijo el hombre sin la menor duda, horrorizado por la visión que acababa de tener.

Unas horas más tarde, en plena noche, después de una última meditación en el santuario de Mahakala y de algunas plegarias, el decimocuarto Dalai Lama se resignó a emprender la huida, vestido como un simple tibetano y acompañado de

una reducida escolta que lo condujo en secreto fuera de Lhassa.

Al día siguiente, los chinos hicieron correr el rumor de que el Dalai Lama había sido raptado y luego bombardearon Lhassa, destruyendo una gran cantidad de edificios, la escuela de medicina y el monasterio de Sera. Unos días después, el 28 de marzo, Pequín disolvió el gobierno tibetano y ordenó a las autoridades que reprimieran la rebelión, presentando una lista de «traidores», entre los cuales figuraban Tenzin Gyatso, sus allegados y el decimosexto karmapa. El panchen lama fue designado para asumir el poder.

El 30 de marzo de 1959, tras un largo y arriesgado viaje, y después de que varios sublevados del Kham hubieran retrasado a sus perseguidores chinos, el Dalai Lama cruzó la frontera del Assam y pidió asilo político a la India. Un telegrama de Nehru lo acogió calurosamente, pero el dirigente indio no varió ni un ápice la posición que ya había expresado anteriormente, es decir, se negó a condenar a China y, por tanto, a entrar en conflicto con ella, por el simple hecho de que, en los acuerdos que firmaron ambos países en 1954, India había reconocido que el Tíbet formaba parte de la República Popular China. Una parte de la opinión india se negaba a admitir esta condescendiente neutralidad hacia el invasor chino, pero no sirvió de nada.

El 20 de junio, Tenzin Gyatso dio una conferencia de prensa que fue cubierta a escala mundial por un centenar de periodistas extranjeros; denunció con firmeza el acuerdo de diecisiete puntos impuesto por Pequín y pronunció una frase que se haría célebre: «Esté yo donde esté, acompañado de mi gobierno, el pueblo tibetano nos reconoce como su gobierno».

El gobierno indio no podía permitirse reconocer al gobierno en el exilio del Dalai Lama, pero sí le permitió actuar como le pareciera en su suelo, lo cual, en definitiva, dejaba cierta libertad de movimientos a Tenzin Gyatso.

Sin demora, este último emprendió un nuevo trámite ante las Naciones Unidas, para que se reconociera el hecho tibetano y para que los Estados miembros condenaran la invasión china. El 21 de octubre de 1959 el resultado de estos debates fue una resolución —la número 1.353, aprobada por 46 votos a favor, 9 en contra y 26 abstenciones—,[28] que apelaba al «respeto de los derechos humanos y de la particularidad cultural y religiosa del Tíbet», pero no se hacía ninguna mención a China, de manera que su impacto quedó muy atenuado.

Sin el apoyo real de sus vecinos más próximos, teniendo que conformarse con una resolución internacional sin gran efecto, el decimocuarto Dalai Lama comprendió que su país entraba en uno de los periodos más oscuros de su historia. El Tíbet que él había conocido y amado tanto ya no era el remanso de paz y espiritualidad del pasado; ahora era la tierra devastada de un pueblo herido. Y los acontecimientos futuros iban a demostrar, desdichadamente, que la cosa no había hecho más que empezar.

Durante los meses siguientes, Tenzin Gyatso no se resignó a aceptar la situación. Después de haberse recogido en los lugares que vieron aparecer al Buda histórico, mandó desenterrar el valioso tesoro que habían ocultado sus fieles en la frontera de Sikkim en 1950, y luego, con ayuda del gobierno indio, instaló en 1960 su gobierno en el exilio en Dharamsala, donde pronto se unieron a él los expatriados tibetanos, hasta alcanzar rápidamente una cifra superior a cien mil personas.

En pocos meses, el Dalai Lama, sin escatimar medios, asentó las bases de un gobierno democrático en el exilio; instauró una comisión de diputados compuesta por representantes de las provincias tibetanas; reservó respetuosamente un sitio a los partidarios de la antigua religión bon; y creó departamentos encargados de la educación, la información y los asuntos económicos. Por supuesto, conforme a las prácticas más antiguas del Tíbet, el espacio reservado a la religión fue preponderante y Tenzin Gyatso reagrupó a más de mil quinientos monjes muy eruditos —entre los aproximadamente seis mil que habían salido ya del Tíbet— para que velaran por la conservación de los ritos y las tradiciones.

Durante ese tiempo, en Lhassa, la situación se degradó rápidamente. Eran incontables los monasterios y los pueblos destruidos y los cultivos abandonados por la falta de campesinos. La sociedad tibetana, eminentemente pacifista, había dejado paso a una dictadura militar fuerte, con más de ciento ochenta mil hombres dotados de armamento pesado. Las persecuciones políticas y religiosas diarias causaban muertos por centenas y provocaban la huida despavorida de la población por las pistas del Himalaya para escapar del régimen chino. Más tarde se calcularía que únicamente el diez por ciento de las personas que lo intentaron consiguieron vencer las malas jugadas del clima y los rigores de la montaña, así como a sus verdugos chinos, y escapar del Tíbet. Entre 1960 y 1965, más de ochenta mil tibetanos —hombres, mujeres y niños— arriesgaron sus vidas en numerosas ocasiones, en viajes que duraban a menudo varias semanas en

condiciones extremas entre los cinco mil y los seis mil metros de altitud, para unirse al Dalai Lama.

La India y la comunidad internacional (en especial Suiza, que acogió a muchísimos niños huérfanos) se conmovieron al ver a esos repatriados acudir en masa y se ocuparon de una parte de ellos. Para federar esta ayuda, más que necesaria, muy pronto el gobierno tibetano en el exilio abrió oficinas de representación en el extranjero —primero en Nepal y luego en Nueva York, Zurich, Tokio, Londres y Washington—, tejiendo vínculos que se consideraban necesarios para la supervivencia del Tíbet.

En numerosas ocasiones, el panchen lama intentó alertar a Pequín de las exacciones de las tropas destinadas en el Tíbet, principalmente en una memoria sin concesiones presentada en 1962, pero sin el mínimo efecto. Así pues, en 1964, decidió condenar abiertamente la dictadura china, en un discurso pronunciado en el festival anual de Monlam. Inmediatamente fue arrestado, junto con varios monjes, y luego exiliado a China a fin de ser «reeducado».

Fueron necesarios los enfrentamientos fronterizos con China en 1962 y luego la guerra entre la India y Pakistán de 1965-1966, así como que Indira Gandhi sucediera a Lal Bahadur Shastri, para que, al fin, la India se posicionara en el bando de los países indignados por la actitud china en el Tíbet y votara a favor de una nueva resolución de las Naciones Unidas que condenaba la ocupación de la alta meseta tibetana por las fuerzas militares de Pequín.

La situación también era dramática sobre el terreno. Los efectos de la Revolución Cultural llegaron hasta Lhassa y numerosas provincias tibetanas. La resistencia intentaba hacer frente con sus escasos medios, pero la represión era terrible y las exacciones incomparables a las que los tibetanos habían vivido hasta entonces.

Contra viento y marea, y a pesar de las aterradoras noticias que le llegaban de su país, el Dalai Lama prosiguió su obra de reconstrucción «exterior» de un Tíbet libre. Emprendió una serie de viajes por el mundo, que dieron a la causa tibetana un aura nunca antes igualada. A finales de 1967 y luego durante varias semanas en 1973, Tenzin Gyatso visitó sucesivamente Tailandia, Japón y once países de la Europa occidental y del Norte; incluso se entrevistó con el papa Pablo VI en Roma.

Hubo que esperar a la muerte de Mao Tse-Tung en 1976 para que Pequín reconociera algunos excesos cometidos por las tropas de ocupación chinas en el Tíbet. Se manifestó también la voluntad de liberar a algunos prisioneros y, sobre todo, de ver regresar al Dalai Lama a su país, porque en muchos ámbitos la sociedad tibetana parecía incontrolable sin una autoridad moral que federase las actuaciones de la población. En el reconocimiento oficial de China por parte de Estados Unidos, en febrero de 1979, el panchen lama reapareció al fin, supuestamente «reeducado», para emitir un llamamiento al Dalai Lama, en el que le animaba a regresar a Lhassa.

Sin embargo, Tenzin Gyatso no podía tomar una decisión tan radical. Simplemente aceptó enviar al Tíbet una delegación dirigida por su hermano mayor Gyalo Thondrup. El viaje por las provincias tibetanas duró casi cuatro meses, durante los cuales descubrieron con espanto una verdad más allá de todo lo imaginable: templos y monasterios habían sido destruidos o transformados en almacenes; los bienes budistas habían sido profanados en la mayoría de los lugares sagrados; penurias y hambre habían diezmado a la población; se calculaba que habían sido talados más de cincuenta millones de árboles; un pastoreo intensivo había hecho desaparecer cientos de especies animales y vegetales; el cultivo del trigo, que supuestamente debía sustituir al de la cebada, había sufrido un fracaso punzante, etc.

Sin embargo, por encima de todo, la población tibetana reservó a la delegación una acogida fabulosa, ávida de noticias del Dalai Lama, dejando entrever cómo ansiaba desesperadamente su regreso.

Otras delegaciones acudieron al Tíbet para estudiar la situación en 1980 y la constatación siempre fue la misma, la de una situación en constante degradación para una población exangüe, esclavizada o deportada, según las regiones, con una cultura negada en todos los sectores de la vida diaria y la llegada en trenes llenos de colonos chinos dispuestos a implantar sus propios hábitos en un territorio que les había sido presentado como un «El Dorado» virgen de toda tradición.

En lo referente a la apertura de Pequín respecto a la cuestión tibetana, finalmente se hizo evidente que China sólo estaba interesada en el regreso del Dalai Lama para que calmase los ánimos en el lugar y asegurase la paz civil en un país que consideraba, más que nunca, una de sus provincias.

En cuanto al Dalai Lama, multiplicó sus viajes al extranjero, sobre todo a Occidente, para dar a conocer y reconocer la causa tibetana y aportar información de gran valor para el establecimiento de numerosos informes relativos a los derechos humanos, pisoteados en el Tíbet, pero sin obtener nunca un cambio real en la posición de las autoridades chinas. La benevolente comprensión de la mayoría de los Estados no consiguió tampoco iniciar un proceso de mejora en suelo tibetano, aun cuando las exhortaciones de los dirigentes occidentales se hicieron cada vez más frecuentes.

Nuevos actos de violencia —algunos testimonios hablarían de masacres— ensombrecieron todavía más la historia tibetana a finales de la década de 1980, pero tras los hechos, sólo la voz inagotable del Dalai Lama osará elevarse siempre y cada vez con más fuerza contra la aniquilación progresiva de un país entero.

En su exilio de Dharamsala, desde ese momento Tenzin Gyatso no podrá hacer más que proseguir con su tarea de protección de la cultura tibetana, acogiendo sin cesar a nuevos refugiados, pero reuniendo también más de cuarenta mil volúmenes originales salvados in extremis de los autos de fe chinos.

Su incesante obra de restauración de la dignidad tibetana, ardientemente sostenida por la ONU, la Comunidad Europea y organizaciones como Amnistía Internacional, le valdría al decimocuarto Dalai Lama la concesión en 1989 del premio Nobel de la Paz.

Durante las últimas décadas del siglo XX, la situación del Tíbet no dejó de empeorar: los prisioneros políticos seguían siendo muy numerosos; los testigos de torturas, corrientes; los desplazamientos de población, frecuentes, y la colonización china de las tierras tibetanas estuvo más que nunca a la orden del día. Al mismo tiempo, la situación económica y ecológica del Tíbet era más que preocupante, ya que las riquezas forestales y mineras de la alta meseta tibetana habían sido literalmente «saqueadas» por el ocupante, con más del 45 % de la superficie de bosque desaparecida y un temible fenómeno de desertización acelerado, todo ello con consecuencias catastróficas para el clima de las regiones del entorno, puesto que el Tíbet es, recordemos, la fuente de algunos de los mayores ríos del planeta. Y, para acabar de empeorar las cosas, las inmensas extensiones del Tíbet eran utilizadas también por los chinos para almacenar sus residuos radioactivos, lo cual ayudó a sobrecargar una situación ya preocupante por la contaminación debida a los fertilizantes y a los desechos industriales.

Sin embargo, sin duda ha sido en el plano humano donde las consecuencias de la invasión china han sido más perjudiciales para los tibetanos: una población privada de sus derechos más elementales, desarraigada y poco a poco reemplazada por colonos chinos, que ve sus raíces tradicionales y culturales pisoteadas, «arrancadas» una a una; sus lugares de culto, cerrados y abandonados; sus rituales, prohibidos; la vida monástica, condenada; las reencarnaciones de los grandes iniciados, impugnadas hasta el punto de que algunos han sido secuestrados, llevados a China y no han vuelto a aparecer —o bien han sido reemplazados por otros nombrados arbitrariamente por Pequín.

Con la entrada en el siglo XXI, aflora la cuestión de la supervivencia, no sólo de un pueblo y de sus costumbres ancestrales, sino también de todo un país.

Negados en su identidad, violados en sus derechos, despojados de sus bienes, expoliados de sus tierras, los tibetanos, ahora más que nunca, tanto si permanecen en su país como si llevan años en el exilio, tienen todas sus esperanzas puestas en el único guía espiritual que les queda y que nunca ha traicionado su fervor espiritual: el heredero del más prestigioso linaje nacido en la alta meseta tibetana, Jampel Ngawang Lobsang Yeshe Tenzin Gyatso, el decimocuarto Dalai Lama.

Conclusión

Pase lo que pase en el futuro, la fabulosa historia del linaje de los Dalai Lamas permanecerá en la memoria de la humanidad como una epopeya sin igual.

Durante siglos ha alimentado la fe y las esperanzas de todo un pueblo, ha iluminado los espíritus y los actos de decenas de generaciones, ha hecho brillar en el firmamento de la espiritualidad una concepción del hombre y de la humanidad que ha trascendido a una parte del mundo.

Sus principales actores, representantes todos de una única identidad que han contribuido a perpetuar a lo largo del tiempo, habrán estado más o menos presentes y activos en su época, pero siempre han sido portadores de esa gracia indescriptible, de esa grandeza innata que sólo los más altos iniciados conocen.

Estos catorce seres de excepción, de orígenes diversos y, sin embargo, iluminados por una misma llama de autenticidad indiscutible, por sus palabras y sus actos, pero también, y sobre todo, por su sola presencia, han forjado el alma de un pueblo único, del que no hay que sorprenderse si vive más cerca del cielo que todos los demás.

Al parecer, en las tierras ingratas de la alta meseta tibetana, azotadas por todos los vientos, una riqueza de otro tipo ha encontrado su lugar predilecto, ofreciendo a las almas que viven allí una profundidad y una grandeza desconocidas por tantas otras.

El linaje de los Dalai Lamas nos entrega hoy los tesoros de su historia, que paradójicamente parece marchitarse en su propia tierra —hasta el punto de tender hacia una aniquilación y una desaparición que algunos anuncian— y, al mismo tiempo, por motivos idénticos, se ve divulgada por todo el mundo.

Hasta el punto de que uno se pregunta si el terrible destino reservado a los tibetanos, a la luminosa grandeza de su espiritualidad, a las reencarnaciones que han iluminado su camino, no ha sido el precio que había que pagar para que el pensamiento tibetano ofreciera al mundo la riqueza de sus virtudes de amor y compasión, en un sacrificio absoluto que asegurara el más hermoso de los dones

a una humanidad que ha encontrado así, en la espiritualidad tibetana, más allá de las angustias de un modernismo galopante y de una pérdida de identidad individual, la fuerza para afrontar los retos del futuro.

Cronología de los Dalai Lamas

1. Gendun Drub (1391-1475)

2. Gyalwa Gendun Gyatso (1475-1542/1543)

3. Gyalwa Sonam Gyatso (1543-1588)

4. Yonten Gyatso (1589-1617)

5. Ngawang Lobsang Gyatso (1617-1682)

6. Rigdzin Tsangyang Gyatso (1683-1706)

7. Lobsang Kelsang Gyatso (1708-1757)

8. Jampel Gyatso (1758-1804)

9. Lungtok Gyatso (1806-1815)

10. Lobsang Tsultrim Gyatso (1816-1837)

11. Lobsang Khedrup Gyatso (1838-1856)

12. Lobsang Trinley Gyatso (1856-1875)

13. Lobsang Thubten Gyatso (1875-1933)

14. Jampel Ngawang Lobsang Yeshe Tenzin Gyatso (6 de julio de 1935)

Bibliografía

BARRAUX, Roland, Histoire des Dalaï-Lamas, col. «Espaces libres», Albin Michel, 1993.

BAUDOUIN, Bernard, Le Chamanisme, une médiation entre les mondes, Ed. De Vecchi, 1999.

— Le Confucianisme, une conception morale de la vie, Ed. De Vecchi, 1997.

— Le Taoïsme, un principe d’harmonie, Ed. De Vecchi, 1997.

DESHAYES, Laurent, Histoire du Tibet, Fayard, 1997.

Notas

---

[1] La transmisión de los cargos de nobleza seguiría siendo hereditaria hasta el siglo XVIII, y a mediados del XX se contarían todavía más de doscientas familias en la nobleza tibetana.

[2] Véase Bernard Baudouin, Le Chamanisme, une médiation entre les mondes, Éditions De Vecchi, 1999.

[3] Véase Bernard Baudouin, Le Confucianisme, une conception morale de la vie, Éditions De Vecchi, 1995, y Le Taoïsme, un principe d'harmonie, Éditions De Vecchi, 1997.

[4] Laurent Deshayes, Histoire du Tibet, Fayard, 1997.

[5] «Según los textos canónicos, el estado de Buda es un estado en que el espíritu está "más allá de la existencia condicionada (samsara) y de la extinción de todos los sufrimientos (nirvana)". Los budistas distinguen en él tres aspectos, denominados "tres cuerpos" (trikaya): el primero, el "cuerpo absoluto" (dharmakaya), designa la vacuidad del espíritu; el segundo, o "cuerpo de goce" (samboghakaya), corresponde a su luminosidad intrínseca; el tercer cuerpo, el "cuerpo de emanación" (nirmanakaya), o tulku en tibetano, constituye su dimensión altruista, abierta a cualquier manifestación, sin discriminaciones. Los grandes maestros espirituales del Tíbet enseguida fueron percibidos como tulku, cuya única presencia se suponía que manifestaba una de las facetas del espíritu llegado a su plena pureza» (Laurent Deshayes, op. cit.).

[6] Diferencias en las fechas, relativas a las diferencias de trascripción con el calendario tibetano, llevan a algunos a decidirse más bien por finales de 1474.

[7] Roland Barraux, op. cit.

[8] Roland Barraux, op. cit.

[9] También denominado «La Montaña de la Alegría», fue fundado en el año 1409 por Tsongkhapa.

[10] Roland Barraux. op. cit.

[11] Principalmente, el hecho de asistir en persona a los oficios dentro del recinto del templo de Jokhang.

[12] Con excepción de Rigdzin Tsangyang Gyatso, el sexto Dalai Lama, cuyo rastro se perdería en 1706 en la región del lago de Kokonor y que carecería de sepultura.

[13] Probablemente, abreviación de Pandita-Chenpo, que significa «Gran Sabio Erudito».

[14] Roland Barraux, op. cit.

[15] Roland Barraux, op. cit.

[16] En 1654 o 1655, según las fuentes más o menos oficiales.

[17] Bagathur, el más joven, debía reinar en la región del lago Kokonor; Dayan Khan, por su parte, se convertía en el nuevo protector del Tíbet.

[18] Roland Barraux, op. cit.

[19] Roland Barraux, op. cit.

[20] Phola Teji, para los chinos.

[21] Roland Barraux, op. cit.

[22] En 1910 crearía un Departamento de Asuntos Exteriores y luego representaría al Dalai Lama en Berlín, Roma, Viena y París.

[23] Roland Barraux, op. cit.

[24] También conocido con el nombre de Pu Yi, sería el último emperador de la

dinastía manchú y nunca llegaría a reinar en China.

[25] En el futuro, los tibetanos se remitirían con frecuencia a este texto, considerando que en cierto modo se trataba de la profesión de fe que definía la independencia del Tíbet.

[26] Eric Teichman, agente del servicio consular en China.

[27] Roland Barraux, op. cit.

[28] Estados Unidos apoyó la resolución, pero la India y Gran Bretaña se abstuvieron.